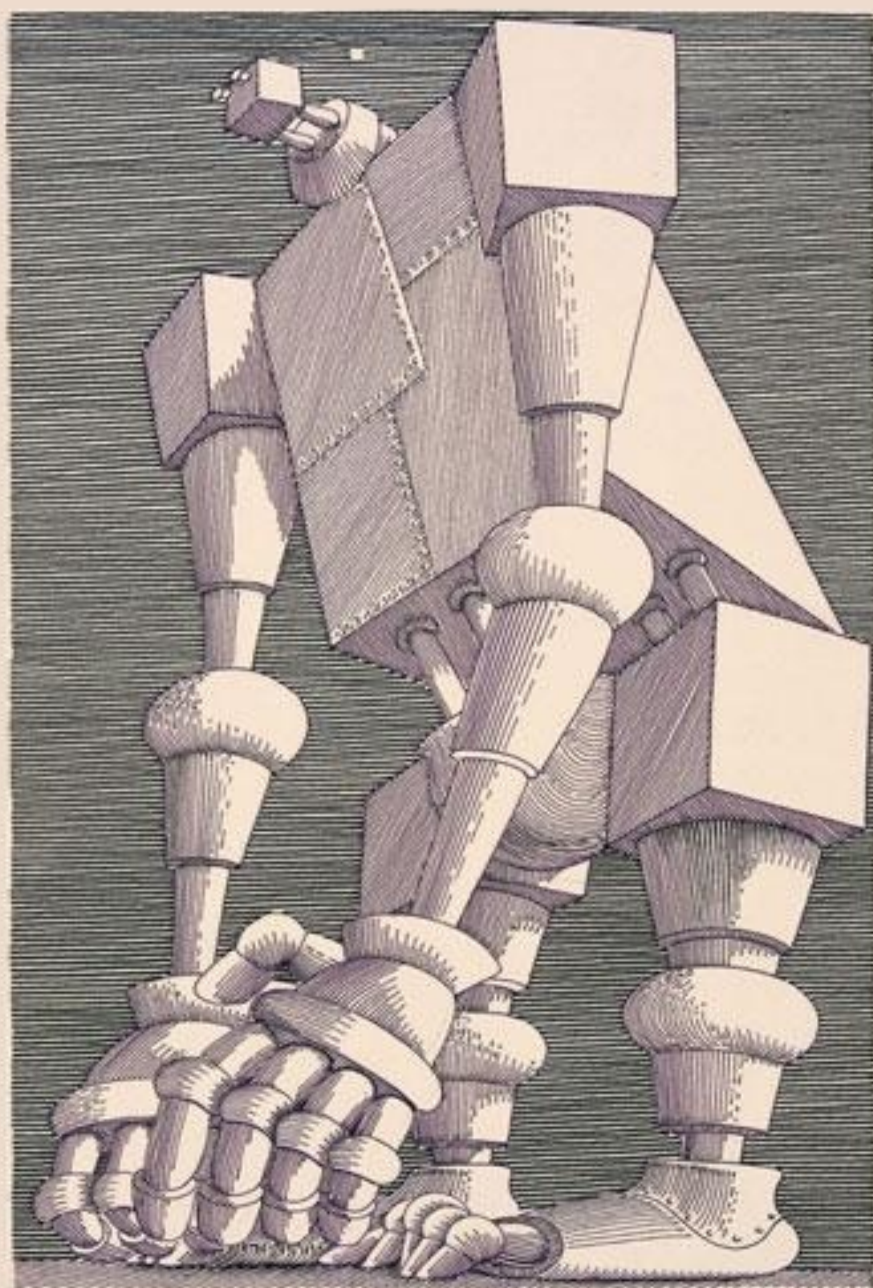


Stanislaw Lem

Fábulas de robots



Lectulandia

Quince relatos que, bajo la forma de fábulas, no sólo tienen como personajes principales a robots, sino que todo gira en torno a ellos. Planetas poblados enteramente por autómatas, sin un solo ser humano en años luz de distancia; afortunadamente, ya que su presencia no es bienvenida.

Como en las fábulas tradicionales y los cuentos de hadas, encontramos aquí reyes, princesas y héroes, también magos, pero que adoptan el aspecto de científicos y técnicos, todos ellos robots. Tampoco están ausentes las aventuras, los peligros de destrucción de planetas, las intrigas palaciegas, los experimentos fallidos ni los oportunistas buscadores de fama y fortuna, guiados por la fría lógica de los impulsos eléctricos.

Lectulandia

Stanislaw Lem

Fábulas de robots

ePUB v2.1

jugaor 07.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Bajki robotów*
Stanisław Lem, 1964.
Traducción: Maurizio Jadwiga
Ilustración: Daniel Mróz
Diseño de portada: Jano Perplejo

Editor original: jugaor
ePub base v2.0

Los tres electroguerreros

Érase una vez un inventor que continuamente ideaba y construía extraordinarios aparatos. Construyó una máquina pequeñísima que cantaba maravillosamente y a la que dio el nombre de pajarolezna. Se hizo un sello con un corazón y ponía esta marca a cada átomo que salía de sus manos, para asombro de los sabios que luego, en sus análisis espectrales atómicos, descubrieron aquel reluciente corazoncito.

Este gran inventor construyó muchas máquinas muy útiles, grandes y pequeñas, y hasta se le ocurrió la idea realmente insólita de asociar en una sola cosa la muerte y la vida para así conseguir lo inalcanzable. Decidió crear unos seres racionales a partir del agua, pero nada de espantosos cuerpos blandos y húmedos. Lo que deseaba era crear con el agua unos seres realmente hermosos e inteligentes, es decir, cristalinos.

Buscó un planeta, muy alejado de todos los soles, de cuyo helado océano extrajo unos enormes bloques de hielo con los cuales esculpió a los Criónidas, los nuevos seres por él imaginados.

Pero estos seres solamente podían existir en el frío más espantoso y en el vacío sin sol. Los Criónidas no tardaron en edificar ciudades y palacios de hielo, pero el más mínimo calor representaba su perdición, de manera que se las arreglaron para atrapar las auroras boreales, meterlas en unos utensilios transparentes e iluminar con ellas sus viviendas. Cuanto más poderosos eran los Criónidas, tenían más auroras boreales amarillas y plateadas, y vivían muy felices con sus luces y sus famosas joyas, extraídas de los gases congelados. Adornaban con sus vivos colores su noche eterna en la que, al igual que espíritus-cautivos, aquellas joyas resplandecían bajo la tenue luz de las auroras boreales como mágicas nebulosas en bloques de cristal.

Muchos del cosmos codiciaban aquel tesoro, pues Crionia podía divisarse desde una distancia enorme, centelleante como una joya girando lentamente sobre un oscuro terciopelo.

Así que varios aventureros llegaron a Crionia para probar fortuna. El primero fue el electroguerrero Cupricio. Comenzó a caminar y sus pasos resonaban sobre el hielo como campanadas, pero al instante el hielo se derritió bajo sus plantas, cayó al océano glacial y las olas se lo tragaron. Y desde entonces sigue Cupricio en el fondo de los mares de Crionia, encerrado como un gusano de seda en su capullo, en su tumba de hielo.

Sin embargo, el fracaso de Cupricio no desanimó a otros osados conquistadores. Tras él llegó a Crionia el electroguerrero Ferricio. Se llenó de helio líquido, que borboteaba dentro de su cuerpo de acero, y la escarcha, al formarse sobre su armadura, lo hacía parecer un enorme copo de nieve. Pero al volar sobre la superficie del planeta, se inflamó debido al rozamiento con la capa atmosférica, el helio líquido se evaporó y se le escapó del cuerpo y Ferricio, reluciente como una flecha al rojo,

cayó sobre las rocas heladas, que se abrieron de pronto. Salió de allí en medio de nubes de vapor, como de un géiser hirviente; pero todo cuanto tocaba se convertía en una nube blanca de la que caía la nieve. Así que se sentó y esperó hasta enfriarse y tan pronto como los copos de nieve dejaron de derretirse sobre los guardabrazos de su armadura, quiso levantarse y lanzarse al combate, pero la grasa de sus articulaciones se había endurecido y no podía ni siquiera enderezarse. Así quedó Ferricio hasta nuestros días y la nieve lo ha convertido en un monte blanco del que sólo asoma la aguda punta de su yelmo. El monte se llama desde entonces Monte de Ferricio.

El tercero de los electroguerreros, Cuarciano, se enteró del destino de los otros dos. De día se parecía Cuarciano a una lente pulida, mientras que de noche semejaba el reflejo de una estrella. Este atrevido conquistador no temía que el aceite que lubricaba sus miembros se helara, puesto que no tenía, ni que el hielo se rompiera bajo sus plantas, ya que podía permanecer tan frío como quisiera. Solamente debía evitar una cosa: pensar frenéticamente, pues ello recalentaba su cerebro de cuarzo y podía ser su perdición. Sin embargo, decidió intentarlo, seguro de salvar la vida y triunfar de los Criónidas.

Voló hasta el planeta a través de la eterna noche helada de las galaxias, mientras los meteoros metálicos que durante su vuelo rozaban su pecho estallaban en pedazos, sonando como el vidrio. Llegó por fin sobre las blancas nieves de Crionia, bajo su velo negrísimo.

Cuarciano reflexionó sobre lo que iba a hacer pero la nieve empezó a derretirse a su alrededor.

—¡Vaya, vaya —dijo para sí Cuarciano—, esto no me gusta! Bien, con tal de no pensar, todo irá bien.

Y el electroguerrero decidió repetir esa frase por si acaso, puesto que no requería ningún esfuerzo mental, y, gracias a ello, no se recalentaría su cerebro. Cuarciano empezó a marchar por el desierto nevado, sin pensar en nada para conservarse totalmente frío. Caminó largo rato hasta llegar a las murallas de hielo de Frigidia, la capital de los Criónidas. Sin pensárselo dos veces, se lanzó de cabeza contra las blancas almenas, hasta que la gente escondida se mostró, pero sin resultado.

—Probemos de otra manera —dijo para sí el electroguerrero, y pensó cuánto eran dos por dos. Tan pronto como se le ocurrió esta idea, su cabeza se calentó un poquito y por segunda vez embistió como un ariete contra las murallas refulgentes, pero así tampoco logró nada.

—No basta —se dijo Cuarciano—. Probemos con algo más difícil. ¿Cuánto son tres por tres?

Esta vez su cabeza se rodeó de una nube de chispas y con el calor de tan intenso pensamiento, la nieve se derritió en el acto. De manera que Cuarciano retrocedió para coger carrerilla, y se lanzó contra la muralla con tal fuerza que la traspasó, y tras ella

dos palacios y tres casas de los grafistas helados; fue a caer sobre unas grandes escalinatas, agarrándose a la baranda de carámbanos, pero los peldaños parecían una pista de patinaje. Se incorporó rápidamente, pues a su alrededor todo estaba derritiéndose y corría el riesgo de rodar hacia el fondo y hundirse en el abismo glacial, donde quedaría congelado por los siglos de los siglos.

«¡Calma, calma! Con tal de no pensar, todo saldrá bien —pensó el electroguerrero—. Dejaremos que las cosas se enfríen.»

Salió del túnel de hielo que se había abierto bajo su calor y se encontró en medio de una gran plaza, profusamente iluminada por auroras boreales, que parpadeaban con su luz esmeralda y plateada en lo alto de unas columnas de cristal.

Le salió al encuentro, centelleante como una estrella, un gigantesco caballero, llamado Bóreo, jefe de los Criónidas. Cuarciano, sin inmutarse, se lanzó al ataque, imitado por su adversario. Se oyó un estruendo espantoso, como cuando dos icebergs chocan en el Mar del Norte. La refulgente diestra de Bóreo rodó por el suelo, separada del tronco; pero no se amilanó éste; valientemente, siguió peleando y se volvió, presentando su pecho, tan ancho como un auténtico iceberg, al enemigo. Éste volvió a tomar carrerilla y nuevamente embistió como un ariete.

El cuarzo era mucho más duro y compacto que el hielo, de manera que Bóreo se desmoronó estrepitosamente, como un alud rodando por las rocas, y pulverizado, quedó tendido bajo la luz de las auroras boreales.

—¡Victoria! —gritó Cuarciano, y despojó a su enemigo de sus maravillosas joyas: anillos incrustados de hidrógeno, broches refulgentes, parecidos a los diamantes, pero tallados en tres gases nobles: argón, criptón y xenón. Pero ante aquellas joyas tan hermosas se inflamó de emoción y los brillantes, con un silbido, se le evaporaron entre los dedos, hasta que nada le quedó, salvo unas gotas de rocío, que a su vez muy pronto se volatizaron.

—¡Vaya! Está visto que tampoco hay que emocionarse. ¡Bueno, con tal de no calentarse la cabeza, todo saldrá bien!

El electroguerrero siguió adelante por el terreno conquistado. De pronto divisó a lo lejos una forma enorme. Era el general-mineral Albucio, cuyo ancho pecho estaba cubierto de varias hileras de condecoraciones parecidas a carámbanos, atravesadas por la glacial faja de la Gran Estrella de la Escarcha. El general, guardián de los tesoros reales, cerró el paso a Cuarciano, que se lanzó a su encuentro como un huracán, y los dos adversarios chocaron con estruendo de témpanos. Acudió en ayuda de Albucio el príncipe Asteroideo, que gobernaba el país del hielo negro.

Cuarciano no podía con este nuevo enemigo, pues el príncipe llevaba una costosa armadura nitrogenada templada en helio, y de ella salía tanto hielo que el ímpetu de Cuarciano se debilitó y las auroras boreales palidieron al reinar por doquier el cero absoluto.

Cuarciano se detuvo, pensando: «¡Socorro! ¿Qué pasa?»

A causa de su asombro, se le recalentó el cerebro, con lo que el cero absoluto dejó de existir al calentarse la atmósfera y el electroguerrero como el príncipe Asteroido empezaba a desmoronarse, en medio de un gran fragor, hasta que en el campo de batalla sólo quedó un mundo hielo negro del que el agua manaba como lágrimas.

«¡Bravo! —pensó Cuarciano—. Con tal de calentarse la cabeza solamente en caso de apuro, todo saldrá bien; mío es el triunfo...»

Y siguió adelante; sus pasos sonaban como si un gigantesco martillo golpeará el hielo cristalino; pisaba fuerte por las calles de Frigidia, y sus habitantes, angustiados, espiaban sus movimientos desde las ventanas bajo los niveos aleros. Iba Cuarciano volando por la Vía Láctea como un enfurecido meteoro cuando, de pronto, divisó a lo lejos una pequeña figura solitaria. Era la de Barión, el sabio más grande de Crionia, por todos conocido con el nombre de Hielodio.

Cuarciano se lanzó como un rayo para aplastarle de un golpe, pero el otro se limitó a dar un paso de lado y sin inmutarse no hizo más que un signo con dos dedos levantados hacia su enemigo. Éste, sin hacer caso de aquel signo que no entendía, se volvió y arremetió con más furia su adversario; pero nuevamente Hielodio se apartó, evitando el golpe del electroguerrero y rápidamente le hizo otra seña con un solo dedo levantado. Cuarciano se extrañó un poco esta vez, disminuyó su empuje, pero volvió a lanzarse al tiempo que reflexionaba sobre aquella aparición tan rara; al calentarse la cabeza, el agua comenzó a chorrear de los edificios más cercanos, pero no se dio cuenta de ello al fijarse en Hielodio, que ahora le mostraba un círculo formado con los dedos de una mano, mientras que con el pulgar de la otra atravesaba el círculo una y otra vez.

Tremendamente intrigado, Cuarciano estaba pensando y pensando en lo que esos gestos podían significar, y se hizo el vacío bajo sus plantas, un agua negra manó del abismo que acababa de abrirse y el electroguerrero cayó como una piedra, hundiéndose en las profundidades, pensando por última vez: «¡Con tal de no pensar, todo saldrá bien!» Pero su suerte ya estaba echada.

Luego, los Criónidas agradecidos le preguntaron a su salvador lo que significaban aquellas señales que le había hecho al terrible electroguerrero.

—La cosa no puede ser más sencilla —contestó el sabio Hielodio—. Los dos dedos levantados querían decir que éramos dos, él y yo. Un dedo solo significaba que de nosotros dos solamente iba a quedar uno. Luego le enseñé el círculo, con lo que le avisaba de que el hielo se abriría a su alrededor y el negro océano se lo tragaría para siempre. Pero nuestro enemigo no supo entender esta señal, lo mismo que no comprendió las otras dos.

—¡Qué gran sabio eres! —exclamaron los Criónidas estupefactos—. Pero ¿por qué hiciste esas señales al espantoso agresor? ¿Qué hubiera ocurrido si hubiese

comprendido y no se hubiera asombrado? Está claro que en tal caso no se hubiera calentado los sesos y no se hubiera abierto el abismo insondable bajo sus pies...

—¡Ja, ja! Sabía que eso no iba a ocurrir —contestó sonriendo el sabio Hielodio —, pues daba por supuesto que no iba a entender nada. Si nuestro enemigo hubiese tenido una pizca de inteligencia, no habría llegado hasta aquí. ¿Cómo puede venir a nosotros un ser que vive bajo el sol? ¿Qué podía hacer con joyas talladas congeladas y plateadas estrellas de hielo?

Quienes le escuchaban se asombraron del ingenio del sabio y se volvieron tranquilos a sus casas, donde les esperaba su querido hielo.

A partir de entonces, ya nadie intentó llegar a Crionia pues no había tales tontos en el cosmos, aunque hay quien asegura que todavía quedan bastantes, pero no conocen el camino.

Las orejas de uranio

Érase una vez un ingeniero cosmogónico que aclaraba las estrellas para poner fin a la oscuridad. Llegó a la nebulosa de Andrómeda, que todavía estaba llena de nubes negras. Se puso a darle vueltas y en cuanto la nebulosa se movió, utilizó sus rayos. Tenía tres rayos: rojos, violetas e invisibles. Cogió el primer rayo y lo dirigió a un gran globo estelar, que inmediatamente se convirtió en una gigantesca estrella roja, pero dentro de la nebulosa no se hizo la luz. Entonces, agarró otra estrella y le introdujo el segundo rayo, el violeta, hasta que se blanqueó. Luego, le dijo a su discípulo:

—Vigila esa estrella, mientras voy a encender las otras.

El discípulo estuvo esperando mil años y luego otros mil, pero el ingeniero no volvía. Se aburrió de tanto esperar. Agarró una estrella, la retorció y de blanca se volvió azul. Eso le gustó y pensó que ya lo sabía todo.

Trató de retorcer otra estrella, pero esta vez se quemó. Rebuscó en la caja que había dejado el ingeniero cosmogónico, pero no encontró nada en ella, nada de nada. Entonces observó que ni siquiera tenía fondo. Supuso que allí estaría el rayo invisible; entonces se le ocurrió meterlo en una estrella, pero no sabía cómo. Agarró la caja y la tiró al fuego. En ese instante, todas las nubes de Andrómeda se iluminaron como si miles de soles brillaran de pronto y en toda la nebulosa parecía pleno día. El discípulo se alegró mucho, pero no duró su regocijo, pues la estrella estalló.

Al ver aquel desastre, el ingeniero cosmogónico acudió volando, y como no quería perder nada, agarró las llamas y con ellas hizo unos planetas: el primero de gas, el segundo de carbón y para el tercero solamente le quedaban los metales más pesados, de los que salió el planeta Actinuria.

El ingeniero cosmogónico, tras abrazar a su creación, reemprendió su vuelo diciendo:

—Regresaré dentro de cien millones de años. Ya veremos lo que sale de todo esto. —Y se fue en busca de su discípulo, que había escapado lleno de espanto.

En Actinuria, surgió el gran Estado de los platinidas. Estos soles eran tan pesados que sólo por Actinuria podían caminar, puesto que en los demás planetas el suelo se hubiese hundido bajo sus pies, y cuando gritaban, los montes se derrumbaban. Sin embargo, en sus casas no hacían ruido, ni se atrevían a levantar la voz, pues su rey, Argitorio, era el más cruel de los tiranos.

Argitorio vivía en un palacio labrado en una montaña de platino en el que había seiscientas salas enormes, en cada una de las cuales descansaba la palma de una de sus manos. No podía salir del palacio, pero sus espías andaban por todas partes. El rey Argitorio era muy desconfiado y atormentaba a sus súbditos.

Los platinidas no necesitaban lámparas ni fuego alguno por la noche, puesto que

todos los montes de su planeta eran radiactivos y daban luz más que suficiente. De día, cuando el sol pegaba fuerte, dormían en el interior de sus montes y solamente por las noches salían a los valles metálicos. Pero el cruel Argitorio los mandó a todos a trabajar en los hornos, donde metían bloques de uranio procedentes de todo el país y fundían platino.

Cada platinida debía presentarse en el palacio real, donde tomaban las medidas de su armadura, compuesta por los guardabrazos, los guantelet, los quijotes, la visera y el yelmo, todo ello autorreluciente, pues las piezas eran de chapa de uranio, y lo que más les relucía eran las orejas.

A partir de entonces, los platinidas ya no pudieron reunirse, puesto que si se juntaban demasiado, el grupo estallaba. De manera que no tuvieron más remedio que vivir en solitario, saludándose de lejos y siempre con miedo a provocar una reacción en cadena, mientras que Argitorio se frotaba las manos al verlos tan tristes y los cargaba con más impuestos. El tesoro del rey, escondido en el interior de la montaña, estaba compuesto por monedas de plomo, pues este metal era el que menos abundaba en Actinuria y su valor era superior al de todos los demás.

Bajo la tiranía de Argitorio los habitantes de Actinuria sufrían mucho. Algunos deseaban sublevarse contra él y pronto se pusieron de acuerdo para acabar con el cruel monarca; pero la conjura fracasó por culpa de los menos inteligentes, que siempre se acercaban a los demás preguntando de qué se trataba, y a causa de su necesidad, la conspiración se descubrió enseguida.

En Actinuria había un joven inventor llamado Pirón, que, entre otras cosas, sabía fabricar unos hilos de platino tan finos que con ellos se podía tejer una red en la que las propias nubes quedaban prendidas. Pirón inventó el telégrafo de hilo y luego llegó a estirarlo tanto, que el hilo dejó de existir y así nació el telégrafo sin hilo. Este invento entusiasmó a los habitantes de Actinuria, pues pensaron que gracias a él podrían conspirar sin miedo; pero el astuto Argitorio escuchaba todas las conversaciones gracias a sus seiscientos receptores de platino, y en cuanto oía la palabra «motín» o «rebelión», lanzaba un rayo que fulminaba a los conspiradores.

Entonces, Pirón decidió engañar al tirano. Al hablar con sus amigos, en lugar de «motín» decía «zapatos», y en vez de «conspirar» decía «fundir», y así fue preparando la insurrección.

Argitorio nada recelaba al escuchar las conversaciones de sus súbditos y se preguntaba qué manía les había entrado de repente con tanta zapatería; pero no sabía que cuando hablaban de «ponerse las botas», significaba «condenar a la hoguera», y que los «zapatos estrechos» eran su tiranía.

Sin embargo, aquellos a quienes Pirón se dirigía no siempre le entendían, puesto que no podía comunicar sus planes a no ser que comprendieran el lenguaje zapateril. Se esforzaba en hacerse entender como podía, pero, para los más obtusos, tuvo la

imprudencia de telegrafiar la frase «desgarrar la correa de plutonio» en lugar de decir «la suela de cuero». El tirano se alarmó al oír esas palabras, pues el plutonio es el elemento que más se aproxima al uranio y el uranio al torio, y en su propio nombre estaba incluida la palabra «torio»... Mandó en el acto a su guardia blindada a que detuviera a Pirón; le arrastraron hasta el palacio real y le tiraron sobre el suelo de plomo a los pies del rey. Pirón nada confesó, pero Argitorio mandó encerrarlo.

Los platinidas, enterados de la detención de Pirón, perdieron toda esperanza de ser libres. Pero el millón de siglos ya había transcurrido y el ingeniero cosmogónico que había creado el tercer planeta estaba a punto de regresar a Actinuria, tal y como había prometido.

Desde el espacio, se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo en el planeta y pensó que así no podían seguir las cosas. Tomó las radiaciones más pesadas y duras, metió en ellas su propio cuerpo como si fuera dentro de un capullo de gusano de seda, para recobrarlo a su regreso, y, disfrazándose de vagabundo, llegó a Actinuria.

Al oscurecer, cuando solamente las cumbres nevadas de los montes lejanos iluminaban el platinado valle, el ingeniero cosmogónico trató de acercarse a los súbditos de Argitorio, pero éstos se apartaron de él llenos de espanto, temiendo una explosión de uranio. En vano iba detrás de unos y otros; todos rehuían de él, y el ingeniero cosmogónico no alcanzaba a comprender el porqué. Así que anduvo por las colinas, semejantes a escudos de guerreros, y sus pisadas resonaban como campanas sobre el durísimo suelo. Llegó al pie del bastión dentro del cual Argitorio tenía encadenado al pobre Pirón; éste le vio a través de las rejas de su prisión y le pareció que se trataba del ingeniero cosmogónico, pero bajo la figura de un modesto robot, muy distinto de los demás platinidas, puesto que no resplandecía en lo más mínimo, por la simple razón de que su armadura no era de uranio.

Pirón quiso gritar, pero tenía la boca atornillada y solamente pudo hacer saltar una chispa de su cabeza golpeándosela contra el muro.

Al divisar aquel relámpago, el ingeniero cosmogónico se acercó al bastión y miró por las rejas de la ventana. Pirón, aunque no podía hablar, hizo sonar unas: cadenas, y así le explicó la situación al ingeniero cosmogónico.

—Ten paciencia que todo saldrá bien —le aseguró éste.

El ingeniero cosmogónico fue a las montañas más salvajes de Actinuria, donde se pasó tres días buscando cristales de cadmio, y luego los convirtió en chapa con ayuda de unas rocas de paladio. Con aquella chapa de cadmio fabricó un montón de orejeras que fue depositando a su regreso en el umbral de cada casa. Al encontrar aquellas orejeras, los platinidas, muy asombrados, se las pusieron, pues hacía mucho frío.

Esa misma noche, el ingeniero cosmogónico se deslizó entre las platinidas y con una varita inflamada trazó con gran rapidez unas líneas de fuego, escribiendo en la oscuridad las siguientes palabras: «Podéis acercaros unos a otros sin temor, pues el

cadmio evitará la explosión del uranio».

Pero los platinidas pensaron que se trataba de un esbirro del rey y no le creyeron. Enfurecido al ver que no le hacían caso, el ingeniero cosmogónico fue a las montañas y recogió mineral de uranio, del que obtuvo un metal plateado, con el cual acuñó unas monedas resplandecientes, en una de cuyas caras se veía el perfil de Argitorio y en la otra sus seiscientas manos.

Cargado con sus monedas de uranio, el ingeniero cosmogónico regresó al valle y las lanzó una tras otra lejos de sí, hasta formar una pila y, al lanzar otra moneda, el aire se estremeció, surgió un resplandor de la pila de monedas, que se transformó en una esfera de llamas blancas, y cuando el viento disipó la humareda, sólo se vio un cráter abierto en la roca.

Acto seguido, el ingeniero cosmogónico, volvió a sacar monedas de su saco y a lanzarlas, pero esta vez, antes de lanzarla, recubría cada moneda con una hoja de cadmio, y aunque la pila llegó a ser seis veces mayor que la primera, no pasó nada. Entonces los platinidas le creyeron y, agrupándose sin miedo, organizaron una conjura contra el odiado Argitorio. Querían derrocar al monarca, pero no sabían cómo hacerlo, pues el palacio real estaba rodeado de murallas irradiantes y el puente levadizo estaba defendido por un verdugo automático, y al que no daba la consigna le cortaba la cabeza.

Casualmente, se acercaba el día de la recaudación correspondiente al nuevo impuesto que Argitorio acababa de imponer.

El ingeniero cosmogónico repartió sus monedas de uranio entre los súbditos del rey para que con ellas pagaran el impuesto.

Y así lo hicieron todos.

El rey se alegró al ver la cantidad de monedas que iban a engrosar su tesoro, pero no sabía que eran de uranio y no de plomo, como las que él mandaba acuñar.

Aquella misma noche, el ingeniero cosmogónico fundió las rejas de la celda de Pirón y lo liberó de sus cadenas. Cuando en silencio iban por el valle bajo la luz de los montes radiactivos, de repente, como si el anillo lunar hubiera caído envolviendo el horizonte, se produjo un tremendo resplandor: la pila de monedas del tesoro del rey había crecido demasiado, desatando con ello una reacción en cadena. La explosión destrozó el palacio y el cuerpo metálico de Argitorio y su fuerza fue tal que las seiscientas manos del tirano volaron al espacio.

En Actinuria reinaba la alegría; Pirón fue elegido rey y gobernó con justicia, mientras que el ingeniero cosmogónico recobró su cuerpo del capullo irradiante y volvió a su tarea de encender las estrellas.

Las seiscientas manos plateadas de Argitorio siguen girando alrededor del planeta, formando anillo similar al de Saturno, iluminándolo todo con su magnífico resplandor, cien veces más potente que la luz de los montes radiactivos.

De cómo Erg Autoexcitador venció a Paliducho

El poderoso rey Boludar era muy aficionado a toda clase de curiosidades y se pasaba la vida coleccionándolas, lo que a menudo le llevaba a descuidar las cuestiones de Estado. Tenía una colección de relojes muy raros, entre los cuales había un reloj-danza, un reloj-aurora boreal y, finalmente, un reloj-nube. Poseía también toda una serie de criaturas disecadas procedentes de los lugares más alejados del universo, y en una de las salas de su palacio había, bajo una campana de cristal, un rarísimo espécimen, denominado Homo Antropos, sorprendentemente pálido, con dos piernas y dos ojos, aunque vacíos, en vista de lo cual el rey mandó encajar en sus cuencas dos grandes rubíes para que el Homo tuviese una mirada roja. En ocasiones especiales, el rey Boludar invita a sus huéspedes más queridos a visitar aquella sala y les enseña a su monstruo.

En cierta ocasión, el rey invitó a la corte a un electrosabio tan anciano que en los cristales de su raciocinio a veces se mezclaban los conceptos, pues aunque su sabiduría era enorme ya era viejísimo. Se llamaba Halazonio y era depositario de todo el saber de la galaxia. Aseguraban que el electrosabio Halazonio podía reducir los fotones a filamentos, con los cuales era posible construir unos aparatitos luminosos; decían también que sabía cómo capturar a un Homo vivo. Conocedor de su debilidad, el rey mandó abrir las bodegas de palacio; el electrosabio no rechazó la invitación, pues ansiaba echar mano a las botellas de Leyden. Mientras miles de corrientes se extendían por todo su cuerpo, Halazonio prometió al rey que le capturaría un Homo que era jefe de cierta tribu centroestelar. A cambio, el electrosabio pidió una recompensa elevadísima: una cantidad de brillantes, grandes como el puño, equivalente al peso del Homo; pero el rey accedió sin pestañear.

Halazonio se marchó mientras el rey se ufanaba ante el Consejo del Trono de su adquisición, cosa que de todos modos no podía ocultar, pues ya había ordenado construir una jaula con gruesos barrotes de hierro en el parque de palacio, donde crecían los más maravillosos cristales.

Cundió la alarma entre los cortesanos. Ante la obstinación del rey, llamaron a dos sabios homólogos, que fueron recibidos muy cordialmente por él, pues sentía gran curiosidad por saber si los sabios, llamados Salamidio y Taladonio, le dirían algo que él aún no supiera sobre aquella pálida criatura.

—¿Es cierto —preguntó el rey tan pronto como los dos sabios hubieron terminado su reverencia— que el Homo es más blando que la cera?

—Efectivamente, majestad, así es —contestaron ambos.

—¿Es cierto que por esa rendija que tiene en la parte inferior de la cara puede emitir sonidos?

—Así es, majestad; y también es cierto que el Homo se mete en ese mismo orificio distintas cosas y luego mueve la parte inferior de la cabeza, que está sujeta a la parte superior con bisagras, para triturar esas cosas, que seguidamente se traga.

—Desde luego —observó el rey—, es una costumbre muy rara. Pero ¿podríais decirme, queridos sabios, por qué lo hace?

—Sobre ese punto hay cuatro teorías, majestad —contestaron los homólogos—. Según la primera, el Homo hace eso para eliminar el exceso de venenos (pues es tremendamente venenoso). Según otra teoría, lo hace por instinto de destrucción, que en él es el más poderoso. En tercer lugar, se dice que lo hace por avidez, pues si pudiera se tragaría todo lo que tiene a su alcance, y la cuarta teoría...

—¡Bien, bien! —exclamó el rey—. ¿Es cierto que es un ser nacido del agua y, sin embargo, tan opaco como el que tengo disecado?

—También es cierto. Pues esa criatura tiene en su interior un gran número de tubos por los cuales circulan líquidos; dichos líquidos son de color amarillo y perla, pero en su mayoría son rojos y transportan un veneno terrible al que llaman oxígeno; dicho gas transforma en herrumbre o en llamas todo lo que toca. Por eso mismo se vuelve de color perla, amarillo y rojo. Suplicamos a su majestad que renuncie a su idea de traer un Homo vivo, pues se trata de la criatura más peligrosa y dañina que existe.

—Habrán de exponerme todo eso muy detalladamente —dijo el rey, fingiéndose dispuesto a seguir los consejos de los sabios, aunque en realidad lo que deseaba era satisfacer su curiosidad.

—El Homo pertenece a una clase de seres llamados traqueantes, divididos en silicónidos y proteínidos; los primeros tienen una consistencia más compacta y densa, por lo que se denominan acalcitados o aljibicitados; a los segundos, mucho más raros, los distintos autores dan diversos nombres tales como: tilios o tilicios, según Polomedero; fangosos o viscosos, según Tricéfalo Arboridisco; traqueosalivadores víscidos, según Analcimandrio...

—¿Es cierto que el Homo tiene incluso los ojos viscosos? —preguntó el rey Boludar.

—Efectivamente, majestad. Esas criaturas, de apariencia débil y vulnerable, que ojalá cayeran todas desde la mayor altura y todas se convirtieran en un charco rojo, representan por su astucia un peligro mucho mayor que todos los vórtices y escollos del Anillo de Astridio. Así que os suplicamos que, teniendo en cuenta el bien del país...

—Está bien, está bien, queridos sabios —dijo el rey—. No os preocupéis, que tomaré una decisión con la debida prudencia.

Los sabios homólogos se inclinaron respetuosamente ante el rey y se marcharon muy preocupados, puesto que tenían la impresión de que éste no había renunciado ni

mucho menos a su peligrosa idea.

Efectivamente, al poco tiempo apareció una noche una astronave con un enorme paquete, que descargaron y transportaron inmediatamente a los jardines reales. Pronto se abrieron las doradas puertas del parque para los súbditos del rey Boludar; entre los setos de brillantes, la glorieta de jaspe tallado y los monstruos de mármol, vieron en la jaula de hierro una criatura pálida y débil sentada en un pequeño barril, ante un recipiente lleno de una cosa extraña, cuyo olor recordaba al aceite, pero estropeado tras haberlo quemado en el fuego y, por lo tanto, inservible.

Sin embargo, aquella criatura metía con toda naturalidad en el pequeño recipiente una especie de palita con la que se llevaba aquella sustancia aceitosa y repugnante al orificio que tenía en la parte inferior de la cara.

El público se horrorizó al leer lo que ponía en el letrero de la jaula y al enterarse de que se trataba del Paliducho Homo Antropos vivo. El público empezó a molestarle e irritarle, y el Homo se levantó, agarró algo que tenía dentro del barril y roció a la multitud con el agua mortal. Mientras los unos huían, los otros agarraron piedras para lapidar al monstruo, pero los guardias los dispersaron rápidamente.

La hija del rey, Electrina, se enteró de aquello. La princesa, deseosa de contemplar aquel fenómeno, no vaciló en acercarse a la jaula dentro de la cual aquella extraña criatura se pasaba las horas rascándose o tragando cantidad de agua y de aceite estropeado que hubiese matado en el acto a cien súbditos del rey.

El Paliducho aprendió pronto a expresarse inteligiblemente y empezó a dialogar con Electrina.

Un día la princesa le preguntó qué eran las cosas blancas que le relucían en la boca.

—Se llaman dientes —dijo el Homo.

—¡Dame uno a través de las rejas! —rogó la princesa.

—Y tú, ¿qué me darás?

—Te dejaré mi llave de oro, pero sólo un momento.

—¿Qué llave es ésa?

—Es mi llave personal con la que cada noche doy cuerda a mi entendimiento. Supongo que tú también tienes una llave parecida —dijo la princesa.

—Mi llave es muy distinta —contestó Paliducho riéndose—. ¿Y dónde la guardas?

—Aquí mismo, en el pecho, debajo de la válvula de oro.

—Déjamela.

—¿Y me darás el diente?

—Sí.

La princesa aflojó el tornillo de oro, abrió la válvula, sacó la llave de oro y se la entregó a través de las rejas. Paliducho la agarró rápidamente y corrió a meterse en el

fondo de la jaula.

La princesa le suplicó que le devolviera la llave, pero en vano.

Temerosa de confesar lo que acababa de hacer, Electriona se encerró con el corazón angustiado en su habitación. Había obrado atolondradamente, pues aún era casi una niña. Al día siguiente, su servidumbre la encontró sin sentido en su lecho de cristal de roca. Acudieron sus padres y todos los cortesanos y la encontraron tendida en el lecho como si durmiera, pero no pudieron despertarla. El rey mandó llamar a los electroconsejeros de la corte y a los electromédicos, y éstos, al examinar a la princesa, se dieron cuenta de que la válvula estaba abierta y faltaba el tornillo y la llave de oro. En el palacio reinaba la alarma y la confusión, todos corrían buscando la llave, pero no daban con ella.

Al día siguiente, informaron al desventurado rey que Paliducho deseaba hablar con él sobre el asunto de la llave perdida. El rey fue inmediatamente al parque y el monstruo le dijo que él sabía dónde estaba la llave de la princesa, pero que únicamente lo diría si el rey le daba su palabra de honor de suministrarle una astronave para que regresara a su tribu.

El rey se hizo rogar mucho; mandó buscar por todo el parque, pero finalmente aceptó las condiciones de Paliducho. Prepararon la astronave y sacaron bajo guardia a Paliducho de su jaula.

El rey estuvo esperando junto a la nave, puesto que el Homo le había prometido decirle dónde se encontraba la llave en cuanto estuviera a bordo de la nave.

Pero tan pronto como se encontró en ella, sacó la cabeza por el tragaluz y, mostrando la reluciente llave, gritó:

—¡Aquí está la llave! Me la llevo para que tu hija jamás se despierte, y así me vengaré por la humillación de convertirme en el hazmerreír de tus súbditos al encerrarme en la jaula de hierro.

Surgió una llamarada de la popa de la nave, que se elevó en el cielo ante el asombro de todos. El rey ordenó inmediatamente que saliera en persecución de Paliducho la flota de draganubes de acero y de helinaves; pero regresaron con las manos vacías, pues el astuto Paliducho había tenido buen cuidado en borrar sus huellas y evitar la persecución.

Entonces el rey Boludar comprendió cuán torpe había sido al no seguir los prudentes consejos de los sabios homólogos. Los electricistas cerrajeros intentaron hacer otra llave; los escultores y armeros reales, conocedores de todos los secretos del oro y el acero, los artistas cibergrabadores, todos acudieron para probar su habilidad y destreza, pero en vano.

Finalmente, el rey mandó recuperar la llave robada por Paliducho, ya que de lo contrario la princesa seguiría sumida eternamente en las tinieblas de su falta de entendimiento.

Mandó publicar un bando explicando detalladamente cómo el Paliducho Homo Antropos había robado la llave de oro, y prometiendo que quien lo capturara o simplemente lograra recuperar la llave para devolver la vida a la princesa obtendría en premio la mano de su hija y subiría al trono.

Pronto se presentó ante el palacio una multitud de aventureros de todo tipo. Entre ellos estaban los más prestigiosos electroguerreros, los estafadores, los astroladrones, los cazaestrellas... Y también se presentó el famoso esgrimidor-oscilador Rapacio Megawatio, que disponía de un acoplamiento de ida y vuelta que le permitía permanecer sólo en el campo de batalla; acudieron candidatos de los países más lejanos, como dos automacistas que habían probado su valor en cien combates; el famoso constructor Protesio, que nunca salía sin sus dos magnetotragadores, uno negro y el otro plateado; llegó Arbitronio Cosmosófico, maravilloso ser construido con paracristales, y el electrón Palibaba, quien sobre cuarenta robots con ochenta cajas trajo una antigua máquina calculadora con las ideas oxidadas, pero que no dejaba de ser un poderoso artefacto. Acudieron igualmente tres representantes de la tribu de los Seléctritos: Díodo, Tríodo y Héptodo, quienes en la cabeza tenían un vacío tan perfecto que sus ideas eran tan negras como una noche sin estrellas. Llegó Perpetuano, totalmente hecho con una armadura de Leyden, con su colector cubierto de cardenillo tras más de trescientas batallas; y Matricio Perforado, que de día no salía a cazar para que nadie le abrazara, pues era famosísimo; Matricio llegó al palacio junto con un valeroso siberiano, llamado Calambrazo. Cuando el patio real estuvo lleno hasta los topes, trajeron un barril que depositaron en el umbral y, como una gran gota de mercurio, de él surgió Erg Autoexcitador que podía cobrar cualquier forma a su capricho.

Aquellos héroes celebraron un banquete, diseminados por las salas del palacio, cuyos techos de mármol estaban iluminados de rosa como el crepúsculo, y luego todos se marcharon, cada cual por su camino, para buscar a Paliducho, desafiarle y recobrar la llave con la que desposar a la princesa y subir al trono de Boludar.

Rapacio Megawatio fue hacia Coldea, donde vivía la tribu de los Galaretas, pues allí pensaba conseguir información. El esgrimidor-oscilador se sumió en sus mares de alquitrán, abriéndose camino con su espada teledirigida, pero no consiguió combatir porque tan pronto como se recalentó, su sistema de refrigeración estalló y Rapacio Megawatio, el famoso esgrimidor, encontró la muerte entre extraños y su valeroso cátodo se lo tragaron las sucias olas bituminosas de los Galaretas.

Los dos automacistas llegaron al país de los radomantes; que edifican con gases luminosos y son tan avaros que todas las tardes cuentan los átomos de su planeta.

Los radomantes recibieron muy mal a los automacistas, pues les enseñaron una sima llena de ónices, malaquita y limonita, y cuando los electroguerreros se quedaron estupefactos ante aquellas joyas, los lapidaron, aplastándolos bajo un alud de piedras

preciosas; cuando esto ocurrió, una enorme claridad iluminó los alrededores como tras la caída de un cometa. Pues los radomantes eran los secretos aliados de los paliduchos, cosa que nadie sabía.

El tercero, el construccionista Protesio, consiguió llegar, tras un larguísimo viaje a través del crepúsculo centroestelar, hasta el país de los Algonquinos, de donde salen una infinidad de meteoros. La nave de Protesio embistió vanamente contra sus murallas y, con el timón destrozado, vagó por las profundidades estelares y al acercarse a los lejanos soles, el desdichado anduvo para siempre a tientas, cegado por la luz.

El cuarto, Arbitronio Cosmosófico, tuvo más suerte al principio. Llegó hasta el estrecho de Andrómeda, atravesó los cuatro torbellinos en espiral de Arestia, y llegó al tranquilo vacío, navegando favorablemente; dejando tras de sí una radiante estela, llegó al planeta Maestricia, donde entre las rocas meteoríticas halló el destrozado casco de la nave de Protesio. Sepultó el cuerpo del construccionista, poderoso, reluciente y frío como cuando estaba en vida, debajo de un túmulo de basalto, pero le quitó ambos magnetotragadores, el negro y el plateado, para que le sirvieran de escudos y continuó su camino. Maestricia era un planeta montañoso y salvaje por el que los aludes de piedras rugían y caían los verdosos y plateados rayos de las nubes sobre los precipicios.

El electroguerrero llegó al país de los barrancos, donde los palindromianos lo agredieron en un verde desfiladero de malaquita. Lo atacaron desde lo alto del barranco con centellas que él rechazaba con su escudo magnetotragador; pero luego llevaron un volcán cuyo cráter instalaron a su espalda, escupiendo fuego en su dirección. Cayó el guerrero y la lava incandescente penetró en su cuerpo, del cual escapó toda la plata.

El quinto, el eléctrico Palibaba, no fue a ninguna parte: se quedó en las fronteras del reino de Boludar, puso sus robots a pastar en los pastizales estelares y él mismo se ocupó de conectar la máquina, regularla y programarla, y no hacía más que correr de una a otra de sus ochenta cajas. Cuando los robots se llenaron de corriente y empezaron a cobrar entendimiento, Palibaba fue formulándole a la máquina unas preguntas muy concretas: ¿Dónde vive Paliducho? ¿Cómo encontrar el camino que lleva hasta él? ¿Cómo engañarlo? ¿Cómo capturarlo para que devuelva la llave?

Pero las respuestas eran ininteligibles y evasivas. Palibaba se enfadó y maltrató la máquina hasta que el cobre recalentado comenzó a apestar; la fustigó gritando: «¡Dime la verdad, maldita máquina!», hasta que se fundieron las conexiones y de la pobre calculadora empezaron a manar lágrimas de plateado estaño y, con gran estrépito, los tubos recalentados reventaron y Palibaba se encontró enfurecido y frustrado ante un montón de chatarra.

Regresó a casa avergonzado. Y encargó una nueva máquina, pero no la recibiría

antes de cuatrocientos años.

La sexta expedición fue la de los Seléctritos: Díodo, Tríodo y Héptodo, quienes obraron de muy distinta manera. Los tres electroguerreros poseían unas reservas inagotables de tritio y deuterio, y pensaban abrirse el duro camino hacia el país de los paliduchos a base de explosiones de hidrógeno pesado. Sin embargo, ignoraban dónde comenzaba dicho camino. Trataron de informarse en el país de los pies de fuego, pero éstos se encerraron en las murallas de su capital y se defendieron coceando llamas; los valientes Seléctritos combatieron duramente, sin escatimar ni su tritio. Las murallas de la capital de los pies de fuego resplandecían como el oro, pero en medio de las llamas mostraron su auténtica naturaleza, al transformarse en unos nubarrones amarillos de humo sulfuroso, puesto que aquellas murallas habían sido levantadas con piritas chisporroteantes.

Allí cayó Díodo aplastado por los pies de fuego y su cerebro estalló como un ramo de cristales multicolores, salpicando su armadura. Le enterraron en negra olivina y sus compungidos compañeros prosiguieron adelante hasta llegar a las fronteras del reino de Osmalatia, donde reinaba el conquistador de estrellas Astrocirio.

Este rey poseía un tesoro lleno de núcleos de fuego, tan pesados, que solamente la tremenda fuerza de los imanes del palacio lo sujetaban impidiendo que se volatizaran en las profundidades planetarias. Quien llegaba a aquel planeta no podía moverse ni caminar, pues la enorme fuerza de gravitación lo mantenía atornillado y encadenado al suelo mejor que los más pesados grilletes. Tríodo y Héptodo vivieron allí una terrible aventura, pues al verlos llegar bajo los baluartes del castillo, el rey Astrocirio fue disparando uno tras otro sus blancos núcleos contra los dos guerreros. Sin embargo, triunfaron sobre su adversario y Astrocirio les dijo por dónde quedaba el camino de los paliduchos, aunque los engañó, puesto que ni él mismo lo sabía; solamente quería deshacerse de los temibles guerreros.

Partieron hacia el negro meollo de las tinieblas, donde alguien atacó a Tríodo con un arma antimateria; quizás fuera algún cazador de la tribu de los Quiberninos o tal vez un fusil ametrallador colocado en un cometa sin cola. El caso es que Tríodo desapareció y solamente tuvo tiempo de proferir su «¡Awruk!», grito de combate de su nación.

Héptodo logró resistir un poco más pero su destino fue más amargo. Su nave se metió entre dos torbellinos gravitacionales, llamados Bajrida y Centilia; el primero de estos torbellinos acelera el tiempo, mientras que Centilia lo retrasa, y entre ambos existe una zona de estancamiento en la que en ciertos momentos resulta imposible salir hacia adelante o retroceder. Allí se extravió Héptodo y allí continúa, junto con los innumerables galeones y fragatas de otros conquistadores de astros, piratas y cazasombras, sin envejecer ni un ápice, en medio del más silencioso y espantoso

aburrimiento que lleva por nombre Eternidad.

Al concluir de ese modo la aventura de los tres Seléctritos, el electroguerrero Perpetuano, ciberconde de Balamski, que debía partir en octava posición, tardó mucho en hacerlo. Pues el electroguerrero se preparó largamente para la batalla, ajustando ora un conductor más potente, ora sus magnetos, lanzabombas e impulsores; con mucha prudencia partió a la cabeza de sus fieles compañeros. Bajo su bandera se alistaron numerosos guerreros, pero en su mayoría se trataba de parados que al no tener ocupación deseaban dedicarse a guerrear. Con ellos, Perpetuano formó una hermosa caballería pesada y blindada que llevaba el nombre de Eslúsaes, y unos cuantos escuadrones ligeros con los más audaces y combativos. Pero con sólo pensar que habría de pasarse la vida en unos países desconocidos donde a lo mejor su cabeza se convertiría en un charco de mercurio, su barba de acero se erizó, y, presa de un miedo espantoso, regresó inmediatamente a casa, avergonzado, lleno de pesadumbre y llorando con lágrimas de topacio, pues era un señor poderoso con la mente llena de joyas.

Sin embargo, el penúltimo, Matricio Perforado, emprendió inteligentemente la misión. Había oído hablar del país de los pigmelianos, unos robots enanos, cuyo pueblo era obra de cierto constructor cuyo tiralíneas se le deslizó en la mesa de dibujo al proyectarlos, de modo que salieron todos de la matriz jorobados, diminutos y sin posibilidad de modificarlos, pues eso no se había calculado. Estos enanos atesoraban, como otros atesoran riquezas, el saber que sus cazadores denominan Absoluto.

Su ingenio no residía tanto en el hecho de atesorar el saber, sino en no utilizarlo. Perforado llegó hasta el país de los pigmelianos desarmado y a bordo de un galeón cuya cubierta se hundía bajo el peso de espléndidos regalos; pues deseaba ganar su amistad con unos trajes dotados de destructores de positrones y cortadores de lluvia de neutrones. Les ofreció un átomo de oro del tamaño de cuatro puños y un frasco borboteante de la más rara ionosfera. Pero los pigmelianos despreciaron incluso el vacío noble, las olas bordadas con un espléndido espectro astral y otras maravillas. El lugarteniente de Perforado, llamado Calambrazo, se enfureció y amenazó con entregarlos al verdugo eléctrico.

Por fin, los enanos les facilitaron un guía, pero como era un granuja con miles de manos, les enseñaba todas las direcciones a la vez.

Perforado lo despidió enseguida y mandó a Calambrazo sobre las huellas de los paliduchos; pero siguió una pista falsa, pues por aquella época corría por el cosmos un cometa calizo y el necio de Corrientazo confundió la calcita con la cal, que es el principal componente del esqueleto de los paliduchos. De modo que la expedición se extravió.

Perforado y su gente anduvieron errando a través de unos soles cada vez más oscuros, y llegaron hasta los lugares más antiguos del cosmos.

Perforado llegó ante un desfiladero de gigantescas moles purpúreas y se dio cuenta de que su nave, junto con un cortejo de estrellas silenciosas, se reflejaba como una espiral en un espejo de piel plateada. Se asombró y echó mano de su extintor supermoderno, que había comprado a los pigmelianos, y se refugió a toda prisa en la Vía Láctea. No sabía lo que estaba contemplando: se trataba ni más ni menos que del famoso nudo espacial cuya fuerza era de las más compactas y que desconocían los propios monoasterismos; solamente se sabía que quien llegaba hasta allí jamás volvía.

Nadie sabe lo qué fue de Matricio Perforado en aquel molino estelar; su fiel lugarteniente Calambrazo regresó a su casa, y sus ojos de zafiro habían contemplado tales horrores que nadie podía mirarlo sin echarse a temblar.

Y nadie supo ya ni de la nave ni del extintor ni de Matricio.

El último guerrero, Erg Autoexcitador, partió en solitario. Nadie lo vio durante todo un año y seis domingos. A su regreso no paraba de contar cosas sobre países desconocidos, como el de los periscopos, que con el veneno frío elaboran la fiebre; el planeta de los klaistrocos, que se derritieron ante él en una serie de enormes bloques, pues así suelen hacerlo en caso de necesidad, y él cortó dos de aquellos bloques hasta encontrar en ellos una roca caliza que constituía sus huesos; cuando venció a los mataespadas, se encontró ante unas caras gigantescas como la mitad del cielo y se lanzó hacia ellas para abrirse camino, y, bajo el fuego de su potente lanzallamas, su piel reventó, apareciendo unos tensos bosques de nervios.

Erg hablaba del planeta Abericio, formado de hielo transparente y que, semejante a una lente de diamante, capta el panorama del cosmos eterno; de Alumnia, donde solamente pudo contemplar la luz de las estrellas reflejada en la cima de los colgados heleros; contaba cosas increíbles del reino de los fluidos marmelóideos, que fabricaban magníficas joyas con la lava hirviente; de los electroneumáticos, que saben desviar el fuego del entendimiento con el vapor del metano, el ozono, el cloro y el humo de los volcanes, y además continúan atormentándose para crear un genio pensador con el gas. Erg contó asimismo que para entrar en el país de los paliduchos debía arrancar de sus goznes la puerta solar llamada Caput Medusae; tras haber levantado la puerta de sus goznes cromáticos, se internó a través del interior estelar, lleno de llamas de color lila y blanco azuladas hasta que su armadura se cuarteó bajo el calor. Contó cómo durante treinta días intentó emitir la palabra que pone en movimiento la elipse de Astroprosiano, ya que sólo a través de ella es posible entrar en el helado infierno de los seres tiritantes; cómo finalmente consiguió llegar hasta ellos y cómo intentaron cazarlo con un lazo viscoso, sacarle el mercurio de la cabeza y pasarlo por un cortocircuito; cómo lo engañaron mostrándole unas estrellas enfermas que no eran más que seudonebulosas, pues habían escondido por avaricia las verdaderas estrellas; cómo le torturaron para vengarse de él, pero al ver que todo

lo aguantaba, le encerraron en una roca de magnetita y dentro de ella comenzó a multiplicarse en una infinidad de Erg Autoexcitadores; cómo derribó la enorme tapa metálica y salió a la superficie, y cómo estuvo esperando el severo juicio de los paliduchos durante un mes y cinco días; cómo en un último esfuerzo los monstruos con orugas, llamados tancazos, arremetieron contra él, pero sin resultado, ya que lleno de ardor belicoso, pegando a diestra y siniestra, todos sus enemigos cayeron bajo sus golpes tremendos. Finalmente se encontró con Paliducho, el ladrón de llaves, que cayó muerto a sus pies. Erg le cortó la espantosa cabeza, le puso las tripas al aire y en ellas encontró una piedra preciosa llamada trijobezoar en la cual estaba grabada una inscripción en el feroz idioma de los paliduchos, diciendo dónde se encontraba la llave.

Erg reventó sesenta y siete soles blancos, azules y rojos como rubíes y dentro de uno de ellos encontró la llave salvadora.

De las aventuras que tuvo, de los combates que libró a su regreso a través del cosmos, no quería ni acordarse, pues añoraba muchísimo a la princesa y pronto se celebrarían los esponsales junto con la coronación.

Con gran regocijo lo llevaron hasta la habitación de la princesa Electrina, que sumida en su sueño no se enteraba de nada ni nada decía. Erg se inclinó sobre la válvula abierta, introdujo algo en ella, lo atornilló y, ante el asombro de la reina, el rey y los cortesanos, Electrina abrió los ojos y sonrió a su salvador. Erg cerró la válvula, la selló con una masilla para que no se abriera y entonces se dio cuenta de que el tornillo, que también había encontrado, se le había perdido durante el combate que sostuvo contra Poliandro Partobón, emperador de los jatapurgos. Pero nadie se fijó en eso; de lo contrario los reyes hubieran comprendido que Erg jamás había marchado a ninguna parte, sino que desde niño era un maestro en el arte de abrir cualquier cerradura y por eso pudo darle cuerda al entendimiento de la princesa Electrina.

Así que Erg no había realizado ni mucho menos ninguna de las hazañas que había contado, sino que se había limitado a esperar un año y seis domingos para no despertar sospechas y también para cerciorarse de que ninguno de sus rivales regresaba.

Sólo entonces se presentó en el palacio del rey Boludar, devolvió la vida a la princesa, se casó con ella y subió al trono, reinando muchos años en medio de la mayor felicidad y sin que nadie se enterase jamás de su artimaña. De esto se deduce que nosotros contamos la verdad, pues en los cuentos siempre triunfa la virtud.

Los dos monstruos

Hace muchísimo tiempo, en un lugar muy apartado, cerca del polo galáctico, existía un séxtuplo sistema astral; cinco de sus componentes eran soles, mientras que el último era un planeta de rocas ígneas y cielo jaspeado, en el que surgió el poderoso Estado llamado Argentio, o sea, de los plateados.

Entre las negras montañas, en una inmensa y blanca llanura, se levantaban las ciudades de Ilidar, Bizmalia y Sinalost; pero era mucho más hermosa su capital, llamada Eterna, que de día se parecía a un glaciar azul, mientras que de noche semejava una estrella cóncavo-convexa. Unas altas murallas colgantes y llenas de edificios de calcedonia brillantes como el oro, la defendían contra los meteoros. Sin embargo, lo más soberbio de Eterna era el Palacio Real, levantado de acuerdo con una arquitectura negativa, pues los constructores no querían limitar el panorama ni el pensamiento; se trataba de una construcción enteramente ilusoria y matemática, sin cimientos ni techos ni paredes. Desde el Palacio Real, la dinastía de los Energios imperaba sobre el planeta entero.

Bajo el rey Treops, los siderianos asmeicos invadieron desde el cielo el país de los Energios; con sus asteroides destruyeron la ciudad de Bizmalia y removieron su cementerio, infligiendo, una gran derrota a los plateados, hasta que el joven rey Iloraquio, Poliarca casi sabio universal, mandó llamar a los astrotécnicos más famosos para que rodearan todo el planeta de un sistema de torbellinos magnéticos y de fosos gravitacionales en los que el tiempo discurría de un modo tan vertiginoso que cuando un agresor llegaba hasta allí ya habían pasado cien millones de años o más y se convertía de puro viejo en polvo antes de poder siquiera contemplar el resplandor de las ciudades argentianas. Ese invisible abismo del tiempo y la red de torbellinos magnéticos defendían tan perfectamente los accesos al planeta, que los plateados pudieron pasar al ataque. Entonces se lanzaron contra sus enemigos los siderianos y bombardearon su territorio con las blancas radiaciones de su sol, hasta que todo el país ardió en un terrible incendio nuclear. Así desapareció el planeta de los siderianos.

Tras esa guerra, la paz, el orden y el bienestar reinaron a través de los siglos entre los habitantes de Argentio, sin que nunca se rompiera la continuidad de la dinastía reinante, y cada Energio, al acceder al trono, el día de la coronación entraba en el palacio subterráneo ilusorio y allí tomaba el cetro plateado de manos de su fallecido antecesor. Pues no se trataba ni mucho menos de un cetro normal y corriente, ya que desde hacía miles de años había grabada en él la siguiente inscripción:

«Si el monstruo es eterno, entonces no existe, puesto que son dos; y si esto en nada te ayuda, destrúyeme.»

En todo el Estado no había nadie, así como tampoco en la corte de los energios,

que supiera lo que esa inscripción significaba, pues el recuerdo de su creación se había perdido en la noche de los tiempos. Las cosas cambiaron tan sólo bajo el reinado del rey Inhistón.

En esa época apareció en el planeta una criatura desconocida y gigantesca que muy pronto se hizo famosa en los dos hemisferios por su espantoso aspecto. Nadie la había visto aún de cerca, pues quien a ello se hubiese atrevido jamás habría regresado vivo; se ignoraba por completo la procedencia de aquella horrorosa criatura; los ancianos afirmaban que se parecía a un gigantesco cangrejo y a una campana fundida en osmio y tántalo, y que había surgido tras la destrucción de Bizmalia, que no se había reconstruido.

Los ancianos aseguraban que ciertas fuerzas malévolas y sombrías duermen entre las antiguas rendijas magnéticas, y que en ella se esconden, en los metales, unas corrientes que, con sólo tocarlas, pueden desencadenar unas tormentas espantosas y entonces, en medio de un ruido chirriante de metal retorcido, en los cementerios surge de entre el mortal silencio de los huesos un ser inimaginable, ni vivo ni muerto, que solamente sabe hacer una cosa: sembrar la destrucción.

Otros ancianos afirmaban que la fuerza de la cual el monstruo nacía se reflejaba, al igual que en un espejo cóncavo, en el núcleo níquelado del planeta y, concentrándose en algún punto, espera hasta que, a tientas, los esqueletos metálicos y las carcasas decrepitas se arrastran hacia ella; entonces nace el monstruo.

Sin embargo, los sabios se burlaban de esas historias, que consideraban meros cuentos de viejas. En cualquier caso, el monstruo asolaba el planeta. Al principio evitaba las grandes ciudades y sólo atacaba las poblaciones aisladas, arrasándolas con sus llamas blancas y lila. Pero el monstruo iba envalentonándose cada vez más y pronto lo vieron desde las mismas torres de Eterna, asomando su espinazo en el horizonte, parecido a la cima de los montes, y reflejando los rayos del sol en sus gigantescos flancos de acero.

Una expedición salió al encuentro del monstruo, pero de un solo soplo éste convirtió a los guerreros en puro vapor.

Los habitantes de la capital estaban aterrados; el rey Inhistón mandó llamar a los sabios, que estuvieron meditando noche y día, juntando sus cerebros para mejor analizar el problema y éstos proclamaron que solamente con ingenio era posible aniquilar al monstruo. Así que el rey ordenó que el Gran Cibernador de la Corona, el Gran Aridinámico y el Gran Abstraccionista conjugaran sus conocimientos para elaborar los planes de un electroser capaz de lanzarse contra el monstruo.

Pero los tres especialistas no se ponían de acuerdo y cada uno defendía su propio concepto; por eso construyeron tres ingenios. El primero, de cobre, era grande como una montaña, hueco y pesado, lleno de inteligente maquinaria. Durante tres días llenaron de plata líquida sus condensadores de memoria; descansaba en medio de una

selva de andamios y la corriente silbaba dentro de él como cien cataratas.

El segundo, de mercurio, era un gigante dinámico; se lanzaba con una velocidad vertiginosa contra cualquier objetivo, con unas formas tan cambiantes como las de las nubes aspiradas por una tromba de aire.

El tercero, que había sido construido de noche por el sabio Abstraccionista según unos planos secretos, nadie logró verle siquiera.

En cuanto al Gran Cibernador de la Corona terminó su obra y cayeron los andamios, el gigante de cobre se estiró y los techos de cristal temblaron en toda la ciudad; poco a poco fue poniéndose de pie, enderezando sus rodillas y el suelo se estremeció, y cuando se incorporó totalmente, su cabeza quedó oculta más allá de las nubes; el gigante comenzó a recalentarse hasta que en medio de un tremendo silbido las nubes se despejaron y apareció reluciente como el oro rojo, y mientras caminaba sus pies hundían el pavimento de rocas de las calles. Bajo su visera, el gigante de cobre tenía dos ojos verdes y un tercero cerrado, que podía derretir las rocas sin más que entreabrir sus párpados-escudos. Con unos pocos pasos se perdió lejos de la capital, resplandeciente como una llama. Cuatrocientos argentinos, cogidos de la mano, apenas si podían dar la vuelta a una de sus huellas, semejantes a un barranco.

Desde las ventanas y las torres, a través de los cristales y desde las almenas de las murallas de Eterna, contemplaban cómo iba desapareciendo bajo la luz crepuscular, cada vez más pequeño hasta que sólo pareció del tamaño de un habitante corriente de Argentio, pero entonces solamente lo divisaron desde la cintura para arriba encima del horizonte, puesto que las piernas desaparecían de la vista en la convexidad planetaria.

Transcurrió una noche tensa y desasosegada, pues todos creían oír los ecos de la batalla y ver los rojos resplandores de la lucha, pero nada hubo de todo eso. Sólo al alba, el viento llevó hasta Eterna un ruido semejante al de una tormenta lejana. Y nuevamente reinó el silencio en el día soleado...

De pronto pareció que estallaban cien soles y sobre Eterna cayó una enorme cantidad de fragmentos ardientes; los palacios se desmoronaban, los muros saltaban a pedazos, sepultando a los desventurados que gritaban pidiendo auxilio.

Era el gigante de cobre, que volvía, pues el monstruo lo embistió y lo despedazó, lanzando sus restos a través de la atmósfera; así volvían sus restos derretidos, convirtiendo en cenizas la cuarta parte de Eterna.

Fue una derrota terrible, pues durante dos días y dos noches siguió cayendo del cielo una lluvia de cobre.

Entonces fue en pos del monstruo el veloz robot Testamercurio, que se creía indestructible, puesto que cuantos más golpes le daban, más duro se volvía. Los golpes no lo deterioraban en lo más mínimo, sino que por el contrario lo consolidaban. Por el desierto, llegó hasta la montaña del monstruo y al divisarlo se

lanzó contra él por la vertiente rocosa. El monstruo lo aguardó sin siquiera moverse. El fragor del combate estremecía el cielo y el suelo del planeta. El monstruo se transformó en una blanca muralla de fuego y el robot se convirtió inmediatamente en un negro abismo que se lo tragó. El monstruo lo atravesó de parte a parte y con sus aladas llamas se volvió y arremetió nuevamente, y otra vez atravesó a su adversario sin dañarlo.

Rayos violeta estremecían las nubes, pero era imposible escuchar su estruendo por el ruido ensordecedor de la batalla de los gigantes.

Al darse cuenta que así no conseguía nada, el monstruo se aplastó, convirtiéndose en un espejo de materia: cualquiera que se encontrase frente a él se veía, pero no en simple imagen, sino en realidad; Testamercurio se vio en aquel espejo y arremetió contra sí mismo, pero naturalmente le era imposible autovencerse. Así estuvo luchando tres días enteros, y tal era la potencia de sus golpes, que se volvió más denso que la piedra, que el metal y que todo lo que no sea el núcleo de una enana blanca, y luego, él y su imagen se hundieron en las profundidades, dejando únicamente entre las rocas, un cráter que inmediatamente comenzó a llenarse de roja y resplandeciente lava surgida del interior del planeta.

Nadie logró ver al tercer electroguerrero cuando salió para el combate. El Gran Abstraccionista y físico de la Corona al amanecer se lo llevó en la palma de la mano a las afueras de la capital y, abriendo su mano, sopló y su robot levantó el vuelo, rodeado únicamente por la inquietud acumulada en el aire, sin ruido, sin dejar la más pequeña sombra bajo el sol, como si no existiera.

En realidad, era menos que nada; pues no había surgido del mundo, sino del antimundo y no estaba formado de materia, sino de antimateria; de hecho, ni siquiera de ésta, sino de sus probabilidades, ocultas en ciertas fisuras espaciales, hasta el extremo de que los mismos átomos lo evitaban, igual que las montañas de hielo evitan las briznas marchitas que se mecen sobre las olas del océano.

Llevado por el aire, voló hasta dar con el reluciente cuerpo del monstruo, que caminaba como una larga cordillera de montañas de acero, con la espuma de las nubes chorreándole por el espinazo. Golpeó el duro y templado flanco del monstruo, abriendo en él un sol que se oscureció inmediatamente y se convirtió en la nada, extrayendo de la roca una nube de acero gaseoso; el guerrero la traspasó y volvió a lanzarse contra el monstruo, que empezó a estremecerse, lanzando unas llamas blanquecinas que se convirtieron inmediatamente en cenizas, quedando sólo el vacío. El monstruo trató de cubrirse con el espejo de la materia; pero el electroguerrero Antimat —que así se llamaba— lo atravesó y se apartó; entonces el monstruo, mostrando su cabeza, ya que en ella llevaba sus radiaciones más duras; pero así tampoco logró nada; el coloso se volvió a estremecer y destrozando las rocas, convirtiéndolas en nubes de blanco polvo de piedra, escapó en medio del estruendo

de una avalancha, dejando en su huida unas huellas de metal derretido, de escorias y gases volcánicos.

Así escapó el monstruo, pero no iba solo, pues Antimat lo alcanzó en los flancos, atacándolo con redoblado ímpetu, hasta que el aire se estremeció y la bestia se volatilizó en el horizonte y el viento dispersó sus vestigios.

Los habitantes de Argentio acogieron la noticia con gran alegría. Pero en ese mismo instante un ruido estremecedor comenzó a oírse en el cementerio de Bizmalia. En el recinto donde yacían las chapas comidas por la herrumbre, la chatarra de cadmio y de tantalio, allí donde hasta entonces el viento silbaba entre los montones de hierro retorcido, empezó a percibirse un tenue movimiento, semejante al de un hormiguero incesante: la superficie del metal mostraba un resplandor de llama azulada; los armazones comenzaban a enrojecer y ablandarse, como sacudidos por una fiebre interna; empezaban a unirse entre sí, injertándose, soldándose, y una masa chirriante surgió, dando forma a un nuevo monstruo similar al anterior. El monstruo, sembrando la destrucción, luchó con Antimat... y sucumbió. Pero ya estaban naciendo nuevos monstruos en el cementerio, y el pánico cundió entre los argentianos, pues ya sabían cuán terrible era el peligro que los amenazaba.

Entonces el rey Inhistón entendió el significado de la inscripción grabada en el cetro. Rompió el cetro plateado y de él escapó un trozo de cristal del peso de una aguja que comenzó a escribir con fuego por el aire.

Y aquella escritura incandescente reveló al rey y a su consejo el origen del monstruo.

En medio del resplandor del aire, el cristal escribió y les explicó que todos ellos eran los lejanos descendientes de un ser que hacía ya miles de siglos había engendrado el propio creador del monstruo. Y ese antiguo creador del monstruo no se parecía a las criaturas racionales de cristal, de acero o de oro ni a nada de lo que vive y está hecho de metal. Pues dicho ser y todos sus semejantes habían salido del océano y construyeron unas máquinas que por ironía llamaban corderos de hierro y que sumieron en la más espantosa esclavitud. Como carecían de la fuerza necesaria para rebelarse contra los hijos del océano, las criaturas metálicas volaron por el espacio, huyendo de la esclavitud hasta el archipiélago estelar más alejado. Argentio no era más que un grano de arena perdido en el desierto.

Pero sus antiguos amos no se olvidaron de los libertos, que llamaban insurrectos, y nunca dejaron de buscarlos a través del cosmos, recorriéndolo de este a oeste de la muralla galáctica y del polo norte al polo sur. Y dondequiera que descubren a los inocentes descendientes del primer cordero de hierro, en los soles oscuros o claros, en los planetas ardientes o helados, se valen de su maléfico poder para atormentarlos. ¡Así ha sido, así es y así será! Y para los desgraciados descendientes de aquellos antiguos y esclavos corderos de hierro no hay salvación ni perdón, ni pueden escapar

a la espantosa venganza que convierte sus ciudades en un desierto estéril a través de la despiadada furia destructora del monstruo.

Por fin se apagó la ardiente inscripción y los dignatarios se quedaron mirando al rey, pálido como un muerto; guardaron silencio largo rato, meditando, y luego tomaron la palabra diciendo:

—¡Rey de Eterna y de Erisfenia, señor de Ilidar, de Sinalost y de Arcapturia, guardián de los bancos de arena del Sol y la Luna, háblanos!

—Lo que necesitamos no son palabras, sino una acción definitiva —replicó el rey Inhistón.

Se estremecieron los miembros del consejo, pero contestaron a una voz:

—¡Tú lo has dicho!

—¡Que así sea! —dijo el rey—. Ahora que está decidido, nombren al ser que nos trajo a esto. Lo he oído al subir al trono. ¿Es este hombre?

—¡Tú lo has dicho! —respondieron los miembros del consejo.

Entonces, el rey Inhistón le dijo al Gran Abstraccionista:

—¡Cumple con tu obligación!

Y cumpliendo aquella orden, el Gran Abstraccionista pronunció la terrible palabra cuyas vibraciones llegaron hasta las honduras planetarias por las rendijas del aire, y entonces el cielo jaspeado se estremeció y las torres se vinieron al suelo; en las setenta y siete ciudades de Argentio se abrieron otros tantos cráteres blancos, y en los continentes destrozados, abrasados por las llamas, triturados por la tremenda vorágine de las negras fuerzas desencadenadas por la terrible palabra, murieron todos los plateados habitantes de Argentio y un gran sol iluminó no ya el planeta, sino un torbellino de negros nubarrones que fueron disipándose lentamente, arrastrados por la tormenta destructora. En el vacío, hendido por unos rayos más duros que las cosas, se aglutinó luego una tremenda y vibrante chispa y desapareció. Las ondas destructoras alcanzaron al cabo de siete días el lugar donde, negras como la noche, esperaban las naves que surcaban el vacío.

—¡Lo conseguimos! —dijo el creador de los monstruos a sus compañeros—. Dejó de existir el Estado de los plateados. Nada queda de Argentio. Ya podemos irnos.

En medio de las tinieblas, las popas de sus naves comenzaron a escupir llamas y huyeron por el camino de la venganza. El cosmos es infinito y sin fronteras, y tampoco tiene límites su odio, y cada día, cada hora, puede alcanzarnos.

La muerte blanca

Aragena era un planeta edificado en el interior, pues su rey, Metamérico, se extendía en un plano ecuatorial que abarcaba trescientos setenta grados y de ese modo rodeaba totalmente su Estado, siendo no sólo su señor, sino también su protección; con objeto de salvaguardar a sus súbditos, los enteritas, de las invasiones cósmicas, ordenó que nadie ni nada se moviera, ni siquiera un guijarro, sobre la superficie del globo. De manera que el territorio de Aragena parecía salvaje y muerto, y solamente los rayos recortaban el espinazo de silicio de los montes y los meteoros horadaban los continentes de cráteres.

Sin embargo, a diez millas por debajo de la superficie bullía la actividad de los enteritas; minando y socavando el planeta, llenaban sus amplias galerías con jardines de cristal y ciudades de oro y plata; levantaban las casas al revés, en forma de dodecaedros y de icosaedros, y construían unos palacios hiperbólicos en cuyas cúpulas deslumbrantes uno podía contemplarse, con su imagen multiplicada veinte mil veces, lo mismo que en un teatro de gigantes. Pues los enteritas eran muy aficionados a los reflejos y la geometría y tenían excelentes constructores.

Un sistema de tuberías llevaba la luz a las entrañas del planeta, filtrándola a través de las esmeraldas, diamantes o rubíes, y así disponían de una luz de alba, de mediodía de rosado crepúsculo; y estaban tan enamorados de sus propias formas que todo su mundo estaba lleno de espejos; tenían unos vehículos cristalinos, movidos por el hálito de gases ardientes, sin ventanas, pues eran totalmente transparentes y al viajar podían contemplarse reflejados en la cúspide de los palacios y los templos, con una imagen maravillosamente multiplicada y fugaz, tangencial e irisada. Parecían incluso su propio cielo, en el que prendidos de telarañas de molibdeno y vanadio relucían esplendorosamente los rubíes y cristales de roca que cultivaban en el fuego.

El rey Metamérico era hereditario y eterno a la vez, pues poseía un hermoso cuerpo de múltiples elementos, en el primero de los cuales se alojaba su entendimiento; cuando éste envejecía al cabo de miles de años, cuando ya se había desgastado la red cristalina de su mente, asumía el poder el siguiente elemento, y así sucesivamente, pues tenía diez mil millones de repuesto.

Metamérico era el descendiente de los aurígenos, que nunca llegó a conocer, y sólo sabía de ellos que cuando corrían el peligro de desaparecer a manos de ciertas criaturas espantosas aficionadas a la cosmonáutica que atacaron su planeta, los aurígenos encerraron todo su saber y su ansia de vivir en unos granos atómicos microscópicos, que fecundaron con la gleba rocosa de Aragena. Le dieron ese nombre porque les recordaba a sí mismos, pero no dejaron en sus rocas ninguna huella de armas para no atraer con ellas y poner sobre su pista a sus crueles perseguidores. Todos murieron, salvo uno, pero cayeron con el consuelo de saber que

sus enemigos, llamados blancos o paliduchos, no imaginaban que habían dejado con vida a una de sus víctimas, convencidos de haberlos aniquilado a todos.

Los enteritas que nacieron de Metamérico no compartían su conocimiento sobre el extraordinario origen de su raza, pues la historia del terrible final de los aurígenos y del comienzo de los enteritas estaba escrita en un antiquísimo y negro cristal volcánico escondido en el mismo núcleo del planeta.

En las profundidades del suelo rocoso y magnético que los valientes constructores excavaban, ampliando su reino subterráneo, Metamérico ordenó fabricar una serie de asteroides que lanzaron al espacio, describiendo un círculo infernal alrededor del planeta y defendiendo sus accesos. Los navegantes cósmicos evitaban así aquellos parajes denominados del Negro Rechinar, pues las gigantescas moles voladoras de basalto y de porfirio chocaban incesantemente entre sí, originando un enorme torrente de meteoros; de allí era de donde surgían todas las cabezas de cometas, todos los bólidos y asteroides rocosos que llenaban de polvo el sistema del Escorpión.

Los meteoros caían como avalanchas de piedra sobre la superficie de Aragená, bombardeándola, abriendo grandes surcos y manantiales ardientes que transformaban con sus erupciones las noches en días y los días en noches con sus nubes de polvo. Sin embargo, no llegaba el más mínimo temblor hasta el país de los enteritas.

El que se atrevía a acercarse al planeta contemplaba, si antes su nave no se estrellaba en un torbellino rocoso, un globo pedregoso semejante a un cráneo agujereado por los cráteres. Incluso la puerta que conducía al subsuelo había sido construida por los enteritas a semejanza de unas rocas resquebrajadas.

Durante miles de años nadie visitó el planeta; pero Metamérico no relajaba su severa vigilancia por un segundo.

Cierto día, un grupo de enteritas que había salido a la superficie descubrió algo parecido a una copa o un cáliz gigantesco, clavado en un montón de rocas y cuya destrozada concavidad, vuelta hacia el cielo, estaba agujereada en varios sitios. Inmediatamente se trasladaron al lugar los expertos en astronáutica, quienes dictaminaron que se trataba de los restos de una nave estelar extranjera de procedencia desconocida. La nave era muy grande. Al acercarse pudieron ver que tenía la forma alargada y esbelta de un cilindro, con la proa hundida en las rocas y toda ella recubierta de una capa de pintura y hollín; y su popa estaba construida de tal manera que recordaba, con su forma de copa o de cáliz, las bóvedas más grandes de los palacios subterráneos. Trajeron de debajo de la tierra unas máquinas provistas de enormes tenazas, que con gran cuidado extrajeron la misteriosa nave del lugar donde se había estrellado y la llevaron al subsuelo. Luego, un grupo de enteritas aplanó y niveló el cráter abierto por la proa de la nave para borrar toda huella del choque de la superficie del planeta, y volvieron a cerrar la puerta de basalto.

El casco de la nave, ennegrecido como si hubiera ardido en el carbón, yacía en la

sala principal de investigación, provista de gran cantidad de luces; los investigadores enfocaban sobre su superficie refulgente los más claros cristales y con un durísimo diamante perforaron la coraza exterior; debajo de ésta encontraron una segunda, de un raro blancor que los asustó un poco, y, después de haberse perforado esta segunda coraza con un taladro de carburo de silicio se encontraron con una tercera impenetrable y en la que había una puerta hermética que no supieron abrir.

El sabio más anciano, Afinor, examinó cuidadosamente la cerradura de la puerta y descubrió que para abrirla había que pronunciar cierta palabra. Pero no la conocían ni tenían forma de deducirla. Durante largo rato probaron con varias palabras, tales como «cosmos», «estrellas», «travesía», pero la puerta ni se estremeció.

—No sé si es correcto que tratemos de abrir esta nave sin saberlo el rey Metamérico —dijo por fin Afinor—. De niño escuché una leyenda sobre unos seres blancos que perseguían cualquier forma de vida nacida del metal por todo el Universo, sembrando el exterminio por venganza...

Afinor se interrumpió bruscamente y junto con los demás contempló con espanto la blanca coraza de la nave, pues al pronunciar la última palabra la puerta se estremeció de pronto y se abrió sobre sus goznes. La palabra que la había abierto era la de «venganza».

Los sabios llamaron a los guerreros, quienes tan pronto como llegaron apuntaron sus lanzachispas hacia las tenebrosas profundidades de la nave, iluminándola con sus cristales azules y blancos.

La maquinaria de la nave estaba casi totalmente destrozada; anduvieron largo tiempo entre las ruinas, buscando a la tripulación, pero sin encontrarla ni descubrir ninguna huella de la misma. Entonces consideraron los sabios que aquella nave no era ninguna criatura racional, aunque las había tan grandes y aún mayores, pues la reina de tales naves pensantes era mil veces mayor que la que estaban contemplando. Sin embargo, los nudos de la mente eléctrica que lograron descubrir eran muy simples y dispersos; por consiguiente, aquella nave extranjera no podía ser más que una máquina voladora y sin tripulación, tan inerte como una piedra.

En un rincón de la cubierta, junto a la pared acorazada, los investigadores encontraron un charco como de pintura que parecía roja y que manchó sus plateados dedos al tocarla; de dicho charco sacaron unos jirones de una desconocida vestimenta, húmeda y roja, así como unos fragmentos duros y calizos.

Sin saber por qué, todos los que allí se encontraban, en medio de las tinieblas taladradas por los cristales luminosos, sintieron un gran terror.

Pero el rey ya se había enterado del hecho; inmediatamente acudieron sus mensajeros con la orden tajante de destruir la nave extranjera con todo lo que contenía, y sobre todo el rey mandó entregar a los astronautas forasteros al fuego atómico.

Los investigadores replicaron que dentro de aquella nave no había nadie, sino sólo piezas destrozadas, entrañas de metal y unos restos polvorientos de pintura roja que manchaba. El mensajero del rey se estremeció y ordenó encender inmediatamente la hoguera atómica.

—¡En nombre del rey! —ordenó—. Ese color rojo que habéis encontrado es un presagio de la muerte blanca, que no conoce otra cosa más que la venganza sobre los inocentes por el solo hecho de existir.

—Si era la muerte blanca, ya no nos amenaza, pues la nave está muerta y con ella todos los que la tripulaban murieron en el cinturón de arrecifes protectores —replicaron los sabios.

—El poder de esos paliduchos es inmenso, pues cuando mueren suelen resucitar mucho más fuertes. —Y el mensajero del rey ordenó—: ¡Atomistas, cumplid con vuestro deber!

Al oír esas palabras, los sabios y los investigadores se espantaron. Pues no creían en la profecía de exterminio por antojárseles que aquello era realmente imposible. Así que extrajeron toda la nave del lugar, destrozándola en los yunques de platino, y cuando quedó descuartizada la sometieron a la dura irradiación que la convirtió en miríadas de átomos volátiles, que callan eternamente, puesto que los átomos no tienen ninguna historia al ser todos iguales, tanto los que proceden de las estrellas más poderosas como de los planetas muertos; o de los seres inteligentes, buenos o malos; pues la materia es una en todo el cosmos y no cabe asustarse ante ella.

Sin embargo, agarraron incluso aquellos átomos, los congelaron en un solo bloque, lo lanzaron hacia las estrellas y sólo entonces dijeron con alivio:

—Estamos salvados. Nada saldrá jamás de ahí.

Pero cuando los martillos de platino estaban golpeando la nave y ésta se deshacía, de un jirón de ropa manchado de sangre, un germen invisible cayó de una costura descosida; ese germen era tan diminuto que un solo grano de arena podía cubrir a cien como aquél. Y de ese germen se incubó en la noche, con el hollín y el polvo, un blanco cáliz en las cavernas rocosas; y de él surgieron el segundo, el tercero, centenares... y luego de ellos manó el oxígeno y la humedad, y la herrumbre se abatió sobre las refulgentes losas de las ciudades, y se entrelazaron los hilos impalpables incubados en las frías entrañas de los enteritas, de forma que cuando despertaron ya llevaban la muerte encima.

Antes de un año, todos yacían unos junto a otros. Las máquinas se detuvieron en las cavernas, se apagaron las llamas de cristal, una lepra parda cubrió las cúpulas relucientes y cuando el último calor atómico se volatilizó, cayeron las tinieblas por las que, atravesando los crujientes esqueletos, penetrando en los herrumbrosos cráneos, hormigueando en las apagadas órbitas, iba extendiéndose el moho velloso y húmedo de la muerte blanca.

De cómo Micromil y Gigaciano provocaron la fuga de las nebulosas

Los astrónomos nos enseñan que todo cuanto existe, las nebulosas, las galaxias y las estrellas, se alejan unas de otras en todas direcciones, y, como consecuencia de esa fuga continua, el Universo se viene ampliando sin cesar desde hace miles de millones de años.

Algunas personas, asombradas ante esa fuga universal, tratan de invertir la idea y llegan a la hipótesis de que hace muchísimo tiempo, en los tiempos más remotos, el cosmos entero estaba aglomerado en un solo punto, como una bola estelar que por una causa extraña y totalmente desconocida llegó a estallar, y que esa explosión sigue hasta nuestros días.

Al razonar de esa manera, sienten una enorme curiosidad acerca de lo que antiguamente pudo existir, pero son incapaces de aclarar ese misterio. En realidad, las cosas ocurrieron de esta manera:

En el Universo anterior vivían los constructores, maestros incomparables en el arte cosmogónico. No había cosa que ellos no supieran hacer, aunque es bien sabido que para construir cualquier cosa es preciso disponer antes de un plano de la misma y es necesario concebir dicho plano.

De manera que estos dos constructores, llamados Micromil y Gigaciano, se pasaban el tiempo discutiendo de qué manera era posible enterarse de las cosas que podrían construirse además de las que a ambos se les ocurrían.

—Puedo realizar todo lo que me pasa por la cabeza —afirmaba Micromil—, pero no todo se me ocurre. Esto no deja de limitarme lo mismo que a ti, pues no conseguimos imaginar todo lo imaginable y es muy posible que precisamente alguna otra cosa que no sea la que estamos imaginando y realizando merezca la pena de realizarse. ¿Qué te parece?

—Tienes toda la razón —asintió Gigaciano—, pero ¿qué podemos hacer?

—Pues me parece muy sencillo: todo lo que realizamos sale de la materia —dijo Micromil—, ya que en ella se encierran todas las posibilidades; si concebimos una casa, construimos una casa; si imaginamos un palacio de cristal, levantamos ese palacio; si se trata de una estrella pensadora o de una mente ardiente, también logramos fabricarlas. Sin embargo, dentro de la materia anidan muchas más posibilidades que en nuestras cabezas; por eso habría que ponerle a la materia una boca para que de esa manera pudiera decirnos lo que podría realizarse con ella aparte de lo que a nosotros se nos pueda ocurrir.

—Sí, claro, la boca es necesaria —dijo Gigaciano—, pero no basta, ya que la boca solamente es capaz de expresar lo que la mente concibe. Por lo tanto, a la materia no solamente hay que ponerle una boca, sino también inculcarle el

pensamiento, y entonces seguro que nos desvelará todos sus secretos.

—Es correcto lo que dices —convino Micromil—. Vale la pena plantearse esa tarea. A mi modo de ver, habría que proceder así; puesto que todo lo que existe es energía, es necesario construir la mente con ella, empezando por lo más diminuto, es decir, desde el cuanto; para lo cual es preciso encerrar la mente cuántica en una jaulita hecha con átomos de los más diminutos. Cuando tengamos cien millones de estos genios de bolsillo, habremos conseguido nuestro objetivo: esos genios se multiplicarán y entonces cualquier puñado de arena pensante nos dirá lo que hay que hacer y cómo hacerlo muchísimo mejor que un consejo formado por innumerables personas.

—No, no, así no es posible —replicó Gigaciano—. Hay que proceder a la inversa, ya que todo lo que existe es una masa. Con todas las masas del Universo hay que construir, por consiguiente, un cerebro inmenso y con toda su magnitud repleta de ideas. Y cuando le pregunte, me revelará todos los secretos del Universo. Tus polvos geniales no son más que un fenómeno desprovisto de toda eficacia, puesto que si cada grano pensante se pone a decir una cosa distinta, te harás un lío y no te enterarás de nada.

Así discutiendo, los dos constructores terminaron por enemistarse y no hubo manera de que emprendieran la tarea juntos. Así que se separaron, burlándose el uno del otro, y cada cual emprendió la tarea a su modo. Micromil comenzó por capturar los quanta y los metió en sus jaulitas atómicas, y como quiera que los más diminutos se hallaban en los cristales, dotó de mente a los diamantes, las calcedonias y los rubíes; las cosas le salieron estupendamente con los rubíes, hasta el extremo de que tanta energía racional metió en ellos que lanzaban chispas. Disponía también de otros minerales pensantes, tales como las esmeraldas, los prudentes zafiros y los sagaces topacios; pero los que mejor le salían desde el punto de vista de la mente eran los rojos rubíes.

Mientras Micromil se dedicaba a la gestación de sus cuerpos diminutos, Gigaciano se dedicaba a crear un gigante. Emprendió su tarea con los soles más grandes y siguió con todas las galaxias, que estuvo fundiendo, mezclando, soldando y ensamblando, arremangado hasta los codos, hasta que creó su ser cósmico, denominado Cosmolud, criatura enorme que todo lo abarcaba, hasta el punto de que prácticamente no quedaba nada aparte de él, salvo un pequeño reducto en el que Micromil estaba metido con sus joyas.

En cuanto ambos constructores hubieron terminado su obra, ya no se trataba de saber cuál de los dos ingenios creados por ellos suministraba más ideas, y revelaba más enigmas, sino sencillamente de quién de entre los dos constructores había tenido razón y elegido más acertadamente. De manera que decidieron competir.

Gigaciano estaba esperando a Micromil junto a su Cosmolud, que se extendía

sobre siglos y siglos luz en longitud, anchura y altura, pues su cuerpo estaba formado de oscuras nebulosas estelares, su sistema respiratorio lo componían una multitud de soles, las piernas y los brazos eran unas galaxias injertadas con la gravitación, la cabeza estaba formada de trillones de globos metálicos y, sobre ella, llevaba un gorro peludo de ardiente cabello soleado. Cuando Gigaciano estaba armando su Cosmolud, tenía que volar desde la oreja a la boca y cada uno de estos viajes le costaba seis meses. Por el contrario, Micromil llegó al campo de batalla solo y con las manos vacías; en su bolsillo llevaba al diminuto rubí que iba a enfrentarse con el coloso. Gigaciano se sonrió al verlo.

—¿Y qué dice esa nimiedad? —se mofó—. ¿Qué saber puede exhibir frente a este gigante galáctico y pozo de sapiencia, a su nebulosa comprensión, a cuyo sol los soles transmiten el pensamiento que refuerza su poderosa gravitación, al que las estrellas en explosión confieren el resplandor de los conceptos y las tinieblas interplanetarias agigantan la reflexión?

—¡Deja ya de jactarte de tu obra y de mofarte de mí, y vamos a los hechos! —replicó Micromil, quien añadió—: ¿Sabes qué te digo? ¿Por qué habríamos de preguntarles a nuestras criaturas? ¡Dejemos que ellas mismas compitan en sus discursos! ¡Que mi microscópico genio rivalice con tu ser estelar en el marco de este torneo en el que el escudo es la inteligencia y la espada la prudente razón!

—¡Pues que así sea! —asintió Gigaciano.

Entonces se apartaron ambos de sus creaciones para que permanecieran solas en el campo. El rojo y diminuto rubí se puso a dar vueltas, girando a través de las tinieblas del vacío cósmico surcado por las estrellas, por encima del cuerpo iluminado e inconmensurable de su rival, y dijo con una voz de pajarillo:

—¡Eh, tú, grandullón, desmesurado! ¿Acaso eres capaz de pensar?

Estas palabras tardaron un año en llegar al cerebro del coloso, cuyos firmamentos armónica y artísticamente concebidos comenzaron a moverse, y entonces se asombró el coloso de aquellas atrevidas palabras y quiso ver quién era el osado que así le hablaba.

Empezó a mover la cabeza en aquella dirección, pero antes de terminar su rotación ya habían transcurrido dos años. Miró con sus claros ojos galácticos a través de las tinieblas, pero no pudo ver nada, puesto que el rubí ya hacía tiempo que se había marchado piando a su espalda:

—¡Menudo patán, vaya sol peludo y vago redomado! ¡En lugar de mover la cabeza, sol melenudo, a ver si puedes decirme cuánto hacen dos y dos antes de que la mitad de esos gigantes azules ardan en tu cerebro y se consuman de puro viejos!

Enfurecido por las pullas del diminuto rubí, el Cosmolud empezó a girar nuevamente la cabeza lo más rápidamente que pudo, pero ya le estaban hablando otra vez a su espalda; entonces trató de girar cada vez más deprisa y alrededor del eje de

su cuerpo se arremolinaban las vías lácteas y los miembros hasta entonces rectos de las galaxias se enroscaron en forma de espiral, las nebulosas estelares giraron vertiginosamente, con lo que todo aquello se convirtió en una bola y todos los soles y los planetas se desprendieron con tal velocidad que parecían peonzas; pero antes de que el coloso pudiera encarar a su adversario, éste ya estaba mofándose a su espalda.

El atrevido ingenio de Micromil escapaba cada vez más deprisa, mientras que el Cosmolud no hacía más que girar y girar, pero sin poder alcanzarle, a pesar de dar más vueltas que una gigantesca peonza; y tanto giró y con tanta velocidad que se relajaron las cadenas de la gravitación, hasta el punto de alcanzar el límite de su resistencia, reventando con ello los puntos de atracción eléctrica y, con terrible potencia centrífuga, de pronto estalló el gigante y, hecho pedazos, salió disparado por el vacío, desparramando sus ardientes espirales galácticas, y así comenzó la fuga de las nebulosas.

Micromil afirmó tras aquella catástrofe que el triunfo era suyo, puesto que el Cosmolud de Gigaciano se había volatilizado antes de pronunciar una sola frase racional; sin embargo, Gigaciano replicó que el objeto de la competición no consistía en medir la fuerza, sino la comprensión, o sea, cuál de las dos creaciones era más inteligente y no cuál aguantaba más, y puesto que lo ocurrido nada tenía que ver con el objeto del desafío, afirmaba que Micromil le había engañado vergonzosamente.

Desde entonces, Micromil anda buscando su rubí, que se perdió durante la catástrofe, pero sin poder encontrarlo, ya que en cuanto divisa una luz roja, allí acude corriendo, pero se encuentra con que se trata de la luz de una nebulosa huyendo sonrojada de la vejez, y vuelve a buscar nuevamente, pero siempre en vano. A su vez, Gigaciano se dedica, con ayuda de cuerdas gravitantes y de hilos irradianes, a coser los fragmentos dispersos de su Cosmolud, utilizando como aguja la radiación más dura. Pero todo lo que cose se rompe instantáneamente, de tan enorme que es la fuerza de las nebulosas tan pronto como emprenden la huida. Así que ni uno ni otro lograron descubrir los misterios de la materia, a pesar de haberla dotado de una mente y haberle puesto una boca; pero en el momento decisivo de la conversación, ésta resultó tan pobre que se la califica de irrazonable y tonta por su ignorancia.

Pero hay un hecho cierto y es que el gigante Cosmolud de Gigaciano se rompió en una infinidad de pedazos por culpa del rubí de Micromil y todos esos fragmentos siguen volando hasta hoy en todas direcciones. Y si alguien no lo cree, que pregunte a los sabios si no es cierto que todo lo que existe en el cosmos gira incesantemente alrededor de su eje como una peonza; pues todo empezó con esa vertiginosa rotación.

Leyenda de la calculadora que luchó contra el dragón

El rey Poliandro Partobonio, señor de Ciberia, era un gran guerrero. Experto en los más modernos métodos estratégicos, nada le interesaba tanto como la cibernética aplicada a la guerra. Su reino estaba plagado de una multitud de máquinas pensadoras, pues Poliandro las instalaba en todos los lugares donde podía, y no sólo en los observatorios astronómicos y los colegios y escuelas, sino que mandó convertir los mojones de las carreteras en aparatos eléctricos, cuyos altavoces advertían a los transeúntes para que no tropezasen con ellos; también los había en los muros y los postes, en los árboles y columnas, para que el caminante pudiera siempre preguntar la dirección correcta. Colgó máquinas de las nubes para que anunciaran la lluvia de antemano; las distribuyó por los montes y los valles; en una palabra, no había lugar en todo el reino de Ciberia donde no existiera una de aquellas eficientes máquinas.

El rey no sólo mandó perfeccionar a base de la cibernética todo lo que ya existía, sino que difundió por todas partes magníficos aparatos.

Fabricaron cibercangrejos y ciberavispa bordoneantes e incluso cibermoscas que atrapaban mecánicamente a las arañas, que proliferaban terriblemente en el reino. Por todo el planeta podía escucharse a los cibergansos y cibergallos, cantaban los cibergrillos y los ciberpájaros, y además de todos estos mecanismos civiles y pacíficos pululaban en toda la superficie de Ciberia dos veces más ingenios militares, ya que el rey Poliandro Partobonio era un famoso guerrero.

Poseía en sus palacios subterráneos una infinidad de máquinas, entre las cuales figuraba una calculadora estratégica, que era de lo más valiente y arrojada. Tenía asimismo una infinidad de robots más pequeños, sin contar una división de ciberametralladoras, una formación de cibertanques enormes y un enjambre de armas de todo tipo, así como una clase de polvos sumamente mortíferos.

Pero el rey Partobón estaba muy triste al no tener con quién combatir, ya que ningún enemigo, por valiente o cruel que fuera, se atrevía a invadir su reino, pues temían enfrentarse con sus poderosísimas fuerzas y su invencible estrategia respaldada por aquellas ciberarmas famosas en todo el cosmos.

Al carecer de enemigos e invasores verdaderos, el rey Poliandro ordenó a sus ingenieros que le fabricaran unos ejércitos enemigos artificiales, para poder luchar contra ellos y batirlos. Y así tuvieron lugar las batallas más encarnizadas, que muy pronto asolaron todo el reino de Ciberia. Los súbditos comenzaron a murmurar al ver que una masa de ciberenemigos devastaba sus cosechas y sus casas con sus ciberlanzallamas; y la gente llegó a expresar abiertamente su descontento cuando el rey, en su furia perseguidora de las huestes invasoras, empezó a arrasar cuanto se interponía en su victorioso camino. Aquellos súbditos desagradecidos protestaban

aunque todo aquello se hiciera por su liberación.

Pero el rey Poliandro ya estaba aburrido de guerrear artificialmente en su propio planeta y soñaba con salir de su reino y combatir y avanzar victoriosamente en todo el cosmos. El planeta Ciberia tenía una gran luna totalmente desierta y salvaje. El rey Poliandro cargó de impuestos a sus súbditos para reunir los fondos necesarios para crear en dicho satélite un poderoso ejército y con él guerrear nuevamente.

La población de Ciberia pagó los impuestos de buen grado pensando que su rey ya no se ensañaría con sus cibercañones y sus contingentes de ciberguerreros en sus haciendas y sus vidas. De manera que los ingenieros del reino construyeron en el satélite una extraordinaria máquina calculadora, que a su vez debía crear toda clase de ejércitos y armas automáticas. Y el rey Poliandro comenzó a probar una y otra vez la capacidad de su nueva máquina: le ordenó telegráficamente que realizara un electrosalto, pues sentía gran curiosidad por saber si cuanto sus ingenieros le habían dicho era cierto y si aquella máquina podía hacer cualquier cosa (si lo sabe hacer todo —pensó el rey—, pues que salte), y bastaron tres telegramas para que lo hiciera, realizando luego cualquier maniobra que se le ordenase. Finalmente, el rey ordenó a la máquina que creara un electrodragón, y así lo hizo.

El rey estaba dirigiendo por entonces una nueva campaña para liberar una de las provincias de su reino conquistada por los cibergranaderos y se olvidó totalmente de la orden impartida a la calculadora lunar, cuando desde el satélite comenzaron a caer sobre el reino de Ciberia unas rocas gigantescas. El rey se quedó asombrado al ver que una de aquellas rocas, al caer sobre una de las alas de su palacio, le había aplastado toda una serie de enanos a reacción, y, lleno de ira, telegrafió inmediatamente a la máquina lunar preguntándole cómo se atrevía a hacer tales barbaridades. Pero la máquina se quedó muda, pues ya había dejado de existir al tragársela el dragón que ella misma había creado, y ahora sólo le servía de rabo al desagradecido ciberdragón.

Entonces el rey Poliandro mandó al satélite una expedición armada, encabezada por una nueva calculadora, muy valiente, para que aniquilase al dragón; pero apenas tuvo tiempo de acercársele y entablar combate, pues quedó destrozada con sólo unas dentelladas del monstruo, y con ella toda la expedición militar; evidentemente, el electrodragón tenía las más negras intenciones con respecto al reino de Ciberia y su rey.

Ante el fracaso de la primera expedición, Poliandro mandó al satélite a sus mejores cibergenerales, capitaneados por un cibernetísimo, pero tampoco éste tuvo suerte, salvo que la batalla duró un poco más bajo la mirada asombrada del rey, que con sus gemelos de largo alcance asistía a ella desde la terraza de su palacio.

El dragón seguía creciendo y la luna le quedaba más pequeña, ya que el monstruo se la iba comiendo a pedazos, con lo que el cuerpo se agigantaba. Al percatarse el rey

Poliandro y sus súbditos que las cosas empeoraban, puesto que tan pronto como acabara de tragarse el satélite el monstruo se lanzaría contra ellos y su planeta, todos empezaron a temblar y no sabían qué hacer: si malo era mandar a combatir a las máquinas, peor sería lanzarse uno mismo contra la gigantesca bestia, pues equivaldría a ir a una muerte segura y sin gloria.

Todos en Ciberia estaban perplejos y desorientados, cuando una noche oscura el rey oyó que el telégrafo que tenía en su habitación empezaba a traquetear en medio del silencio. El aparato real estaba hecho de oro y brillantes y conectado con la luna; el rey se levantó de la cama y corrió hacia el telégrafo, que seguía emitiendo su mensaje: tac, tac-tac, tac-tac... Poliandro descifró el siguiente mensaje: «El electrodragón telegrafía que Poliandro Partobonio debe marcharse y cederle su trono.»

El rey se enfureció terriblemente, y tal como estaba, en camisón y zapatillas, fue corriendo, escaleras abajo, hacia los sótanos del palacio, donde estaba su máquina estratégica, muy vieja y muy inteligente. No le había pedido consejo hasta entonces, porque antes del surgimiento del electrodragón lunar había discutido con ella sobre cierta operación militar; pero esta vez al rey le iban las cosas muy mal y quería salvar el trono y la vida a toda costa.

Conectó la vieja máquina y apenas empezaba a calentarse cuando le suplicó:

—Calculadora mía, querida calculadora, estoy en un terrible apuro: el electrodragón me quiere quitar el trono y echarme del reino. ¡Sálvame y dime qué debo hacer para vencerlo!

—De acuerdo —dijo la vieja calculadora—, pero antes has de reconocer que yo tenía razón acerca de aquel asunto y además exijo que me concedas el título de Gran Atamán Calculador, con lo que habrás de dirigirte a mí como Su Excelencia Ferromagnética.

—Bien, bien, te nombro Gran Atamán y todo lo que quieras, pero sálvame...

La vieja máquina emitió unos sonidos, silbó, se estremeció y dijo:

—La cosa es muy sencilla. Es preciso construir un electrodragón más poderoso que el de la luna. El nuestro derrotará al dragón enemigo, le romperá todos sus huesos eléctricos y así conseguiremos nuestro objetivo.

—Me parece una magnífica idea —dijo el rey—. ¿Puedes suministrarme el plano de ese nuevo electrodragón más poderoso?

—Será un superdragón —dijo la vieja máquina—. Y no sólo sé hacer el plano, sino que puedo construirlo yo misma; ahora mismo lo hago, espera un momento.

Y la vieja máquina comenzó a crecer y a silbar, iluminándose toda y componiendo cosas en su interior, y de pronto una especie de zarpas enormes, eléctricas y ardientes, le salieron por los costados, hasta que el rey gritó:

—¡Vieja máquina calculadora, basta ya!

—¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera? ¡Soy el Gran Atamán Calculador!

—¡Cierto, cierto! —asintió el rey—. Excelencia Ferromagnética, puesto que el electrodragón que estás creando ha de derrotar al que está en nuestro satélite y ocupar su puesto, ¿cómo haremos para echarle a su vez?

—Muy sencillo: fabricaremos otro dragón aún más poderoso, y luego otro para matar a éste y así sucesivamente —explicó la vieja máquina calculadora.

—¡Eso no puede ser! Te ordeno que lo dejes todo como está —dijo el rey—. De ese modo, en la luna habrá unos dragones cada vez más tremendos cuando yo lo que quiero es que no exista ninguno.

—Eso es otra cuestión —replicó la vieja máquina—. ¿Por qué no me lo has dicho de entrada? ¿No ves de qué modo tan falto de lógica te expresas? Bien, espera un momento.

La vieja calculadora se puso a silbar y trepidar hasta que por fin dijo:

—Es preciso construir una antiluna y un antidragón y colocarlos en órbita alrededor de la luna (dentro de la vieja calculadora algo crujió) y pegar golpes y cantar: «Soy un joven robot, el agua no temo, pues adonde hay agua yo me zambullo, nada temo, desde la noche a la mañana, tralalá-tralalá».

—¿Qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loca, vieja máquina? —gritó el rey—. ¿Qué tiene que ver esa canción sobre el joven robot con la antiluna?

—¿A qué robot te refieres? Ah, bueno, bueno, me parece que me he despistado; tengo la impresión de que algo se rompió en mi interior, algo se me debió quemar, seguro... —contestó la vieja calculadora.

El rey empezó a buscar en el interior de su vieja máquina hasta que encontró una válvula quemada; la cambió por una nueva y le volvió a preguntar a la calculadora qué iban a hacer con lo de la antiluna.

—¿De qué antiluna me estás hablando? —preguntó la vieja máquina, que ya se había olvidado de lo que acababa de decir—. No sé nada de esa antiluna... Espera, voy a pensarlo.

La vieja calculadora emitió unos silbidos, se estremeció y dijo:

—Hay que elaborar una teoría general para luchar contra los electrodragones, de la cual el dragón lunar será un caso específico y muy fácil de solucionar.

—De acuerdo, elabora esa teoría —dijo el monarca.

—Pero antes he de construir varios electrodragones para experimentar.

—¡De ninguna manera! —gritó el rey—. El dragón quiere arrebatarme el trono y ¿qué pasará si creas varios?

—Claro, claro, hemos de buscar otra solución. Vamos a utilizar una variante estratégica mediante el método de las aproximaciones sucesivas. Telegráfale al dragón que le cederás el trono a condición de que efectúe tres operaciones matemáticas muy sencillas...

Poliandro telegrafió al dragón y éste aceptó la proposición. El rey volvió junto a la vieja calculadora, que dijo:

—Ahora dile al dragón que efectúe la primera operación: que se divida por sí mismo.

Así lo hizo el rey. El electrodragón se dividió por sí mismo, pero como él era la unidad de los electrodragones quedó un electrodragón y continuó en la luna; de modo que nada había cambiado.

—¡Vaya idea! —gritó el rey, corriendo escaleras abajo a tal velocidad que perdió sus zapatillas—. El dragón se ha dividido por uno y sigue allí como si nada...

—No importa, lo hice adrede; esa operación era para desviar la atención del dragón lunar. Ahora dile que a ver si es capaz de sacarse un elemento.

El rey telegrafió a la luna y el dragón empezó a estirarse y estirarse hasta crujir y jadear y temblar, pero de pronto lo consiguió y expulsó de sí un elemento. Poliandro regresó junto a la vieja calculadora.

—El dragón se estiró, crujió y hasta rechinó, pero extrajo un elemento de sí y sigue amenazándome —gritó el rey desde el umbral—. ¿Y ahora qué hacemos, vieja máqu..., perdón..., Excelencia Ferromagnética?

—Se me ocurre una buena idea —dijo la vieja calculadora—. Ahora dile al dragón que se separe de sí mismo.

Volvió corriendo Poliandro a su habitación, telegrafió nuevamente y el dragón empezó a reducirse. Primero se sustrajo la cola, luego las patas, luego el corpachón y finalmente, al ver que las cosas se ponían feas vaciló, pero ya estaba tan lanzado que se quitó la cabeza y se quedó en cero, o sea, en nada: ya no existía ningún electrodragón.

—¡Ya no existe el electrodragón! —exclamó el rey lleno de júbilo escaleras abajo—. Te estoy muy agradecido, vieja calculadora. Te has ganado un buen descanso y ahora mismo voy a desconectarte...

—¡Ni pensarlo! —replicó la vieja máquina—. Yo he cumplido mi misión ¿y ahora quieres desconectarme y ya no me llamas Excelencia Ferromagnética? ¡Vaya, eso sí que no! Ahora mismo me voy a transformar en electrodragón, y te echaré del reino, y seguro que reinaré mejor que tú, pues siempre me pediste consejo sobre los asuntos más importantes y yo siempre te aconsejé y...

Silbando y crujiendo, la vieja calculadora empezó a metamorfosearse en electrodragón, y ya sus electrozarpas salían por los costados, cuando el rey, atónito y jadeante de ira, se quitó una zapatilla y se puso a romper las válvulas de la calculadora a golpes, hasta que ésta empezó a chirriar y traquetear ruidosamente, haciéndose un lío con sus programas, y en lugar de la palabra «electrodragón» le salió la de «electroalquitrán», y la vieja máquina hipando cada vez más bajo, se convirtió en una enorme masa negra y reluciente como el carbón, que se fue extendiendo

mientras que de ella salían unas chispas eléctricas y azuladas, y ante el rey Poliandro, cegado por el resplandor, sólo quedó un gran charco de alquitrán humeante.

El rey respiró aliviado, se puso las zapatillas y regresó a su dormitorio. Desde entonces, el rey cambió mucho: las aventuras que acababa de vivir lo volvieron menos belicoso y durante el resto de su vida ya no se dedicó más que a la cibernética civil, desentendiéndose de la militar.

Los consejeros del rey Hidropsio

La de los argonautas fue de las primeras entre las tribus estelares que alcanzaron el conocimiento en el fondo de los océanos planetarios.

Uno de los integrantes de su reino era Acuacia, que reluce en el cielo del norte como un gran zafiro en un collar de topacios. En aquel planeta submarino reinaba desde hacía muchísimos años el rey Hidropsio de Todos los Peces. Una mañana llamó a la sala del trono a cuatro ministros de la Corona; se presentaron ante él, se inclinaron ante el monarca todos vestidos de esmeralda, y mientras Hidropsio se oreaba con su gran abanico dijo:

—¡Incorruptibles dignatarios! Hace ya quince siglos que reino sobre Acuacia, sus ciudades submarinas y sus azules praderas sumergidas; durante todo ese tiempo he extendido las fronteras del Estado sumergiendo numerosas tierras, y siempre honré los estandartes impermeables que me legó mi padre, el gran Ictiócrates, logrando grandes victorias, cuya gloria no me toca a mí señalar, en las batallas contra los temibles microcitas. Sin embargo, el poder está resultándome una carga insoportable y por eso he decidido tener un hijo que ocupe el trono de los inóxidos y gobierne con justicia. Por eso me dirijo a vosotros, mis fieles dignatarios: a ti, mi leal Hidrociberio Amasidio; a ti, mi gran Programador Dióptrico, y a vosotros también, mis buenos consejeros Filonauta y Minogario, para que me inventéis el hijo que necesito. Y ojalá sea inteligente, pero sin demasiada afición a los libros, porque el exceso de saber debilita la voluntad de acción. Que sea bueno, pero sin exageración. Deseo que mi hijo sea valiente, pero sin ser temerario; sensible, pero sin caer en la ternura. Que se me parezca y que bajo su piel esconda esa misma escama de tantalio y que los cristales de su mente sean tan transparentes como el agua que nos rodea y sustenta. Y ahora, ¡manos a la obra!, ¡en nombre de la Gran Matriz!

Dióptrico, Minogario, Filonauta y Amasidio se inclinaron respetuosamente ante el rey y se marcharon en silencio, meditando en las palabras de su señor, pero no como lo hubiese deseado el poderoso Hidropsio. Pues Minogario deseaba usurpar el trono de Acuacia, mientras que Filonauta favorecía secretamente al enemigo de los argonautas, Microditón. En cuanto a Amasidio y Dióptrico eran enemigos mortales y cada cual deseaba sobre todas las cosas la caída del otro y de los demás dignatarios de la Corona.

Amasidio iba pensando: «El rey quiere que realicemos un hijo para él; nada sería más fácil que grabar en la micromatriz del príncipe la más profunda aversión hacia Dióptrico, ese palurdo gordinflón inflado como un globo, y en cuanto nuestro príncipe acceda al trono, mandará que lo ahoguen, sacándole la cabeza al aire. Eso sería estupendo.

»Pero —siguió pensando el eminente Hidrociberio Amasidio— no cabe duda que

el propio Dióptrico tendrá el mismo plan que yo y, como programador que es, tiene muchas más posibilidades para inculcarle al futuro príncipe el odio hacia mí. ¡Mal asunto! ¡Habré de tener los ojos bien abiertos cuando los cuatro juntos metamos la matriz en el horno de hacer niños!»

«No sería difícil —iba pensando el dignatario Filonauta en ese mismo instante— inculcarle al príncipe una gran simpatía hacia los microcitas. Pero de eso se percatarían enseguida y el rey mandaría decapitarme. Así que le inculcaré al príncipe solamente el amor por las cosas diminutas, lo cual será mucho más seguro, y si me preguntan diré que solamente pensaba en los seres diminutos que pululan debajo del agua y que me olvidé de ajustar el programa advirtiéndole que no hay que amar lo que no está sumergido. En el peor de los casos, el rey me quitará mi Orden del Gran Borboteo, pero no me cortarán la cabeza, que es lo que más me importa, y que ni el mismo rey de los microcitas, Nanoxerio, sería capaz de devolverme.»

—¿Por qué están tan callados, señores dignatarios? —preguntó Minogario—. Pienso que hemos de empezar sin pérdida de tiempo, pues no hay para nosotros nada más sagrado que las órdenes del rey.

—Callo precisamente porque estoy reflexionando sobre ellas —replicó Filonauta, mientras Dióptrico y Amasidio agregaban a un tiempo—: ¡Estamos listos!

Así que los cuatro dignatarios, de acuerdo con las viejas tradiciones, se recluyeron en una sala cuyos muros eran de escamas de esmeralda y cuyas puertas sellaron desde fuera con siete capas de resina submarina, y el mismo Macistos, señor de las inundaciones planetarias, puso en los sellos su blasón del Agua Silenciosa.

A partir de ese momento, nadie podría interrumpir la tarea de los dignatarios hasta que estuviera terminada, y, emitiendo la señal convenida, se rompieran los precintos y tuviera lugar la gran ceremonia de presentación del príncipe.

Los dignatarios se dedicaron a su tarea, pero ésta resultó bastante larga, pues no era su intención concebir el príncipe deseado por el rey Hidropsio, sino engañarle, y cada dignatario pretendía asimismo engañar a sus tres compañeros y salirse con la suya.

El rey estaba impaciente, pues ya habían pasado ocho días y ocho noches y los dignatarios seguían encerrados en su sala de esmeralda sin dar señales de vida. Pues también trataron de postergar el inicio de la tarea, contando con que los demás se cansarían, para entonces meter rápidamente la matriz en el horno y que les saliera un príncipe capaz de satisfacer sus deseos personales.

A Minogario le consumía el ansia del poder y a Filonauta la sed del dinero que los microcitas le habían prometido, mientras que Amasidio y Dióptrico se odiaban a muerte. Al acabársele la paciencia más que las fuerzas, el malvado Filonauta dijo:

—No entiendo, señores dignatarios, por qué razón nuestra tarea se prolonga de esta manera. El rey nos dio indicaciones muy precisas; hubiéramos debido atenernos

a ellas; si así lo hubiésemos hecho, ya tendríamos al príncipe. Empiezo a sospechar que vuestra lentitud se debe a motivos que nada tienen que ver con los deseos de nuestro señor. Y de seguir así las cosas, con gran dolor de mi corazón no tendré más remedio que plantear el *votum separtum*, o sea elaborar un informe...

—¿Qué está diciendo? —espetó Amasidio, moviendo sus relucientes agallas con tal furia que temblaron los flotadores de sus condecoraciones—. Vaya, yo también tengo ganas de informar al rey de que no sabemos por qué razón inconfesable, usted ha roto ya dieciocho matrices de perla que logramos elaborar, cuando con la fórmula sobre el amor a lo pequeño no dejó ni el más mínimo espacio para prohibir el afecto a todo lo que no sea submarino. Nos quería convencer, digno Filonauta, que sólo se trataba de una omisión; pero repetirla dieciocho veces es motivo más que suficiente para que lo encierren con los traidores o los locos.

Al verse desenmascarado, Filonauta intentó defenderse, pero Minogario se le adelantó diciendo:

—Cualquiera diría, noble Amasidio, que asiste a nuestra reunión como una medusa sin mácula, cristalina. Pues, de un modo inconcebible, también por once veces consecutivas manipuló en la matriz todo cuanto ha de odiar el príncipe, añadiendo una vez un rabo trífido, dos veces unos ojos saltones y en otra ocasión un doble vientre blindado y tres manchas rojas, como si no supiera que todas esas características pueden relacionarse con Dióptrico, aquí presente y pariente del rey, y con ello inculcar en la mente del príncipe el odio a nuestro colega.

—¿Y por qué en la última matriz Dióptrico siguió grabando el desprecio a todos los seres cuyo nombre termina en «idio»? —preguntó Amasidio—. Y puesto que a eso nos referimos, ¿por qué usted mismo, señor Minogario, ignorando las cosas que el príncipe no ha de afrontar, se obstinó en insertar un asiento pentagonal apoyado en unas aletas brillantes? ¿Acaso ignora que en realidad el trono se parece a un cubilete metido en otro cubilete?

De pronto, en la sala de esmeralda reinó un tenso silencio, roto al fin por el débil borboteo de los dignatarios, que disputaron largamente, defendiendo sus contrapuestos intereses, hasta que por fin Filonauta y Minogario se pusieron de acuerdo en que la matriz del príncipe se dispusiera de forma que éste sintiera simpatía hacia todo lo pequeño y dejara lugar a dichas formas. Filonauta pensaba con ello en los microcitas, mientras Minogario pensaba sobre todo en su propia persona, puesto que era el más pequeño de los allí presentes. Dióptrico también aceptó esta posibilidad, pues Amasidio era el más alto de los cuatro. Pero éste se resistió furiosamente, aunque de pronto dejó de hacerlo; acababa de ocurrírsele que no solamente podía volverse más pequeño, sino también sobornar al zapatero de la corte para que herrase las suelas de las botas de Dióptrico con unas plaquitas de tantalio, con lo que su enemigo sería más alto y se ganaría la antipatía del príncipe.

Los dignatarios terminaron rápidamente su tarea, metieron la matriz en el horno y, tras echar los residuos por la trampilla de la sala de esmeralda, comenzó la gran ceremonia de presentación del nuevo heredero al trono.

En cuanto la matriz con el proyectado príncipe entró en el horno, la guardia real formó ante la puerta de donde había de salir el futuro rey de los argonautas, mientras Amasidio ponía en marcha su plan. El zapatero de la corte, por él sobornado, empezó a herrar las suelas de las botas de Dióptrico con una cantidad cada vez mayor de plaquitas de tantalio. El príncipe ya estaba bajo la vigilancia de los jóvenes metalúrgicos, cuando Dióptrico, al verse en el gran espejo del palacio, se dio cuenta con espanto que ya era más alto que su enemigo, ¡cuando al príncipe le habían programado cariño solamente para los seres pequeños!

Al regresar a su casa, Dióptrico cogió un martillo de plata y comenzó a golpearse todo el cuerpo con él, hasta que por fin descubrió las plaquitas en sus suelas y en el acto imaginó quién era el culpable.

—¡Traidor! —exclamó pensando en Amasidio—. Y ahora ¿qué hago?

Tras meditar un rato, Dióptrico decidió empequeñecerse. Llamó a su lacayo y le ordenó buscar un buen cerrajero. Pero el lacayo, que no había entendido muy bien la orden de su señor, salió a la calle y regresó con un pobre obrero que se encontró. Éste se llamaba Frotón y se pasaba los días gritando por las calles: «¡Pego las cabezas, arreglo los vientres, sueldo las colas, pulo las extremidades!» Tenía Frotón una mujer muy violenta que siempre le esperaba a su regreso con una barra de hierro en la mano, y le molía a golpes, armando un gran alboroto; le quitaba todo el dinero que traía y de propina le golpeaba despiadadamente con su barra.

El pobre Frotón, todo tembloroso, se presentó ante el gran programador, que le preguntó:

—¿Serías capaz de empequeñecerme? ¿No te parece que soy demasiado alto? Me has de hacer más pequeño, pero sin desfigurarme. Si lo haces bien, tendrás una buena recompensa, pero tendrás que guardar el secreto; si te vas de la lengua, mandaré que te atornillen.

Frotón se quedó muy asombrado, pero disimuló, pues a las personas importantes suelen ocurrírseles las ideas más raras y caprichosas. De manera que se quedó mirando con gran atención a Dióptrico, lo palpó cuidadosamente y dijo:

—Podría desatornillarle a su señoría la parte central de la cola...

—¡Ni hablar! —replicó vivamente Dióptrico—. ¡Mi preciosa cola!

—Entonces ¿podría quitarle las piernas? Son totalmente inútiles.

Y realmente los argonautas no utilizaban sus piernas, puesto que sólo eran un vestigio de los antiquísimos tiempos en que sus antepasados aún vivían en seco. Pero Dióptrico se enfadó:

—¡Asno metálico! ¿No sabes que sólo nosotros, los de alta cuna, podemos tener

piernas? ¿Cómo te atreves a insinuar que renuncie a mis símbolos de nobleza?

—Ruego a su señoría que me perdone, pero ¿qué puedo quitarle entonces?

Dándose cuenta de que así no podía seguir y que algo tendría que dejarse quitar, Dióptrico exclamó:

—¡Haz lo que te parezca con tal de volverme más pequeño!

Frotón se puso a medir al dignatario, palpó y golpeteó su cuerpo y dijo:

—Si su señoría me lo permite, puedo desatornillarle la cabeza...

—¿Te has vuelto loco? ¿Cómo puedo ir por ahí sin cabeza? ¿Cómo podría pensar sin ella?

—¡Eso no es problema, señor! El cerebro de señoría puede colocarse en el vientre, donde sobra sitio.

Dióptrico aceptó y Frotón le quitó muy hábilmente la cabeza, luego colocó la semiesfera cristalina del entendimiento en el vientre, soldó los hilos con mucho cuidado, golpeteó los elementos para comprobar si todo funcionaba adecuadamente, tomó las cinco monedas por su trabajo y el lacayo le acompañó fuera del palacio. Al salir vio en una de las habitaciones a la hija del dignatario, Aurentina, toda ella hecha de oro y de plata, con su talle esbelto y que al andar sonaba como una campanilla hermosa, y le pareció la criatura más bonita que jamás había visto.

Al regresar a su casa, Frotón se encontró con su mujer, que ya estaba esperándole con su barra en la mano, y pronto se armó un gran alboroto entre el vecindario:

—¡Vaya, esa bruja de Frotona ya está apaleando a su marido!

Mientras tanto, Dióptrico, muy contento al verse empequeñecido, fue al palacio real.

El rey se asombró bastante al ver a su ministro sin cabeza, pero éste le dijo que se trataba de una nueva moda. Amasidio se enfureció al ver que su plan había fallado, y al volver a su casa hizo lo mismo que su enemigo: reducir su cuerpo. A partir de ese momento, ambos dignatarios rivalizaron en la miniaturización de sus personas, y fueron quitándose las agallas y las aletas, las espaldas metálicas y otras partes del cuerpo, hasta que al cabo de una semana los dos podían pasar por debajo de las mesas sin agacharse.

Pero los dos dignatarios restantes, Minogario y Filonauta, conscientes de que el príncipe sólo amaría a los seres más diminutos, se apresuraron en seguir el ejemplo de sus rivales. Finalmente, llegó un momento en que nada podían desatornillarse ni reducir. Desesperado, Dióptrico mandó a su lacayo que volviera a llamar al obrero.

Frotón se presentó y se quedó estupefacto al ver lo poco que ya quedaba del dignatario, que se empeñaba en que lo volviera aún más diminuto.

—Excelencia —dijo Frotón rascándose la cabeza—, me parece que sólo hay una forma de lograrlo, y es desatornillarle el cerebro.

—¿Estás loco? —exclamó Dióptrico.

Pero Frotón le explicó:

—Escondaremos su cerebro en algún lugar del palacio, por ejemplo, en este armario, y su señoría solamente llevará dentro de su cuerpo un pequeñísimo receptor con altavoz, gracias al cual siempre estará conectado electromagnéticamente con su mente.

—Entiendo. La idea me gusta. Así que manos a la obra —aceptó Dióptrico.

Frotón le sacó el cerebro, se lo colocó en un cajón del armario, cerró con llave y se la entregó al dignatario, y seguidamente le metió en el abdomen un aparatito con micrófono.

Dióptrico era ya tan pequeño que casi no se le veía.

Al contemplar su pequeñez, sus tres rivales se quedaron atónitos; el rey se asombró, pero no dijo nada. Minogario, Amasidio y Filonauta, desesperados, no tuvieron más remedio que seguir adelante. Se iban reduciendo día tras día y pronto imitaron a su rival: escondieron sus cerebros donde pudieron, en el cajón del escritorio o debajo de la cama, y se convirtieron todos ellos en unas cajitas relucientes con rabo, con un par de condecoraciones casi tan grandes como ellos mismos.

Dióptrico ordenó a su lacayo que fuera a buscar de nuevo al experto Frotón. Éste se presentó en el acto y el dignatario le dijo:

—¡Es preciso que me reduzcas a toda costa; te va en ello la vida!

—¡Gran señor! —dijo Frotón inclinándose sobre el dignatario, al que apenas se veía en el fondo del sillón—. Eso va a ser difícilísimo y no sé si...

—¡Haz lo que te ordeno! Arréglatelas como puedas; si consigues reducirme hasta alcanzar el mínimo tamaño, de manera que nadie pueda imitarme, te daré todo lo que pidas.

—Si su señoría me da su palabra de honor, haré cuanto pueda —contestó Frotón, que sintió iluminársele la mente y correr por su cuerpo un río de oro purísimo; pues desde hacía muchos días no dejaba de pensar en la hermosa Aurentina.

Dióptrico juró que así lo haría. Entonces, Frotón tomó las tres últimas condecoraciones del diminuto pecho del gran programador, hizo con ellas una cajita, en su interior puso un aparatito menor que una moneda, lo envolvió todo con un hilo de oro, en un extremo soldó una lámina de oro, la recortó en forma de cola y dijo:

—¡Ya está, excelencia! Con estas condecoraciones todos le reconocerán fácilmente; gracias a esta cola, su señoría podrá nadar, y el aparatito le permitirá conectar con su mente, escondida en el armario.

Dióptrico se puso contentísimo y dijo:

—¿Cuáles son tus deseos? ¡Pide, que todo lo tendrás!

—Deseo casarme con su hija, la dorada Aurentina.

Dióptrico se enfureció muchísimo ante tal osadía, y nadando alrededor de la cara de Frotón, haciendo resonar sus condecoraciones, le cubrió de insultos, llamándole

canalla, ladrón e insensato, y mandó echarle del palacio, mientras él iba al palacio real a bordo de un séxtuple submarino.

Cuando Minogario, Amasidio y Filonauta vieron asomar a Dióptrico bajo su nueva apariencia sólo lo reconocieron por sus condecoraciones, que ahora eran todo su ser sin contar la cola, se pusieron furibundos. Como grandes expertos electrónicos que eran, comprendían que les sería muy difícil continuar con su miniaturización personal, sobre todo si se tenía en cuenta que a la mañana siguiente ya iba a celebrarse la solemne ceremonia del nacimiento del príncipe y no podían perder ni un segundo.

Así que Amasidio y Filonauta decidieron que en cuanto Dióptrico regresara a su palacio, lo secuestrarían, lo cual no resultaría difícil, puesto que nadie advertía la ausencia de un ser tan minúsculo. Así lo hicieron. Amasidio preparó una vieja lata y se escondió dentro de ella tras un arrecife de coral, junto al que había de pasar el submarino de Dióptrico. Cuando la nave se acercó, su lacayo, enmascarado, le salió al encuentro y, antes de que el guardaespaldas de Dióptrico sacara sus agallas para defender a su amo, éste ya estaba encerrado en la lata. Amasidio dobló inmediatamente la tapa de la lata para que el gran programador no pudiera escapar y corrió con ella hacia su casa. Pero de pronto se le ocurrió que no era prudente guardar la lata en su palacio; en ese momento oyó una voz gritando por la calle:

—¡Pego cabezas, sueldo vientres, colas y espaldas, pulo piezas!

Amasidio llamó al hojalatero, que no era otro que Frotón, y le mandó soldar la lata herméticamente. Terminada la soldadura, Amasidio le dio una moneda y le dijo:

—Escúchame bien, soldador: dentro de esta lata hay un escorpión metálico que atraparon en la bodega de mi palacio. Coge esa lata y ve a tirarla a las afueras de la ciudad, al basurero, ¿entendido? Y para mayor seguridad, encima de la lata pones una piedra muy grande, que el escorpión no pueda escapar. Y, por la Gran Matriz, ¡que no se te ocurra abrir la lata, pues de lo contrario morirías!

—No se preocupe, señor, sus órdenes serán cumplidas al pie de la letra —dijo Frotón, quien agarró la lata y su dinero y se marchó.

Pero aquella historia sonaba muy rara y Frotón recelaba; sacudió la lata y se dio cuenta de que algo se movía dentro.

—Esto no puede ser un escorpión —se dijo—; no hay escorpiones tan pequeños... Veré qué es..., pero no ahora...

Frotón fue a su casa, escondió la lata en el desván debajo de unas viejas chapas para que su mujer no la encontrara y se acostó. Pero su mujer se dio cuenta de que había escondido algo en el desván. A la mañana siguiente, cuando Frotón se marchó, gritando, como de costumbre, por las calles: «¡Pego cabezas, sueldo vientres, colas y espaldas!», su mujer fue al desván, encontró la cajita y, al sacudirla, oyó un ruido metálico. «¡Bandido, sinvergüenza! —pensó Frotona—. ¡A eso hemos llegado, a

esconder el dinero!»

Hizo un agujero en la tapa, al no ver nada, arrancó la tapa y al mirar se encontró con que algo relucía dentro de la lata; acabó por quitarle toda la tapa y entonces Dióptrico, que hasta entonces yacía como si estuviera muerto, pues la tapa hacía de pantalla entre él y su cerebro encerrado en el armario de su palacio, despertó de pronto al conectar con su mente y gritó:

—¿Qué pasa? ¿Dónde estoy? ¿Quién ha osado agredirme? ¿Quién eres, odiosa criatura? ¿No sabes que vas a morir atornillada si no me devuelves la libertad?

Al contemplar aquellas tres medallas de oro que saltaban y movían la cola de forma amenazadora, la mujer se asustó muchísimo e intentó escapar; corrió hacia la puerta del desván, pero Dióptrico seguía encima de ella amenazándola y preguntando en qué mundo se encontraba; entonces Frotona tropezó y rodó escalera abajo, rompiéndose el cuello; la escalera que aguantaba la trampilla se vino abajo y Dióptrico quedó encerrado en el desván, nadando de una pared a la otra y pidiendo auxilio en vano.

Al volver a su casa aquella noche, Frotón se extrañó mucho al no ver a su mujer esperándole como siempre en la puerta con la barra de hierro en la mano. Al entrar en la casa se la encontró sin vida y, como era muy bueno, se apiadó de ella, aunque pronto se le ocurrió que aquel accidente le iba a resultar provechoso, pues podría servirse del cuerpo deshecho de su mujer como piezas de recambio que le vendrían muy bien. Así que se sentó en el suelo, cogió un destornillador y se dispuso a desmontar a su esposa, cuando de pronto le pareció oír unos ruiditos en el desván.

—Me suena esa voz...

Y de repente Frotón recordó al gran programador del rey, que la víspera le había mandado echar del palacio y aún no le había pagado. Pero ¿cómo ha podido llegar hasta allí?

Puso la escalera contra la trampilla, subió por ella y preguntó:

—¿Acaso anda por ahí su señoría?

—¡Sí, sí, soy yo! —gritó Dióptrico—. Soy yo: alguien me raptó y me metió en una lata; una mujer la abrió, se asustó y se cayó por la trampilla; ésta se cerró y me quedé prisionero. ¡Ábreme, quienquiera que seas; libértame, y te juro por la Gran Matriz que te daré lo que quieras!

—Ya he oído esas promesas otra vez y, con perdón de su excelencia, sé muy bien lo que valen —replicó Frotón, que agregó—: Soy el mismo hojalatero al que su señoría mandó echar de palacio.

Entonces Frotón le contó toda la historia: cómo un desconocido dignatario le había ordenado soldar la tapa de lata y tirarla luego al basurero de la ciudad.

Dióptrico supuso que tal dignatario no podía ser otro que uno de los ministros del rey, y con toda seguridad se trataba de Amasidio. Suplicó a Frotón que lo dejara salir

del desván, pero éste le preguntó cómo podía creer en su palabra. Después de que el gran dignatario le jurase por todo lo jurable que le daría a su hija como esposa, Frotón abrió la trampilla del desván y, agarrando al magnate entre dos dedos por sus condecoraciones, lo llevó a su palacio. En ese preciso momento daban las doce del mediodía y comenzaba la gran ceremonia de la extracción del hijo del rey del horno donde había permanecido bajo la vigilancia de los jóvenes metalúrgicos. Sin perder un minuto, Dióptrico se colgó las tres medallas que componían la Gran Estrella de Todos los Mares con el lazo bordado de olas y se marchó a toda prisa al palacio de los inóxidos, mientras Frotón acudía a la habitación donde Aurentina se encontraba tocando su guitarra eléctrica. Los dos se gustaron mucho.

Ya sonaban las trompetas en lo alto de la torre del palacio real cuando Dióptrico llegó ante la puerta principal; la gran ceremonia había comenzado. No querían dejarle entrar, pero al ver sus condecoraciones, lo reconocieron y lo dejaron pasar.

Al abrirse la puerta del palacio, la corriente submarina fluyó por toda la sala del trono, arrastrando a Minogario, Filonauta y Amasidio, de tan diminutos que se habían vuelto hasta las cocinas, donde estuvieron dando vueltas un buen rato como peonzas, pidiendo auxilio, encima del fregadero, hasta que cayeron en él y, a través de las cañerías; fueron a parar a las afueras de la ciudad. Cuando por fin lograron salir de las cloacas y limpiarse el barro y la suciedad y regresar a palacio, la ceremonia ya había terminado. La misma corriente submarina que había arrastrado a los tres ministros, también se llevó a Dióptrico, que estuvo dando vueltas alrededor del trono con tanta fuerza, que se rompió el hilo de oro que le envolvía el cuerpo y salieron disparadas en todas direcciones todas sus medallas y su Gran Estrella de Todos los Mares, mientras el aparatito que llevaba dentro fue a dar en la frente del rey Hidropsio, que se asombró mucho al oír la vocecilla que salía de aquella partícula:

—¡Majestad, perdóneme! ¡Ha sido sin querer! Soy yo, Dióptrico, su gran programador...

—¿A qué vienen estas bromas en un momento como éste? —exclamó el rey, y arrojó el aparatito al suelo.

El Gran Subagallas, que abría la ceremonia con su vara de oro, pegó tres golpes con ella en el suelo y, sin darse cuenta, hizo pedazos al desventurado Dióptrico.

El príncipe salió del horno donde lo habían gestado y se fijó en un pecesito eléctrico que nadaba en una jaula de plata junto al trono: su cara se alegró y le gustó mucho aquella pequeña criatura. La solemne ceremonia terminó felizmente. El príncipe subió al trono al morir su padre el rey Hidropsio y se convirtió en el señor de los argonautas y en un gran filósofo, pues se dedicó a investigar la nada, por cuanto no hay elemento más pequeño que lo que no existe en absoluto. Gobernó con toda justicia bajo el nombre de Neantófilo y los pequeños peces eran su manjar predilecto.

Frotón se casó con Aurentina y, a su demanda, remontó el cuerpo de esmeralda de

Dióptrico, guardado en el sótano de su palacio, y le volvió a poner el cerebro que estaba en el armario.

No pudiendo hacer otra cosa, el gran programador y los otros tres dignatarios sirvieron fielmente al nuevo rey, y Aurentina y Frotón, que había sido nombrado Gran Hojalatero Real, vivieron felices muchos años.

El amigo de Automateo

Un robot que tenía que emprender una larga y peligrosa expedición, vino a saber que existía un artefacto muy útil al que su inventor había puesto el nombre de electroamigo. Pensando que le vendría muy bien un buen compañero de viaje, aunque no fuera más que una simple máquina, el robot se fue a casa del inventor y le rogó que le informara sobre su amigo artificial.

—No faltaba más —dijo el inventor, sacándose del bolsillo un puñado de gránulos metálicos muy parecidos a los perdigones.

—¿Qué es eso? —preguntó el robot, algo, sorprendido.

—Pero ¿cómo te llamas?, pues se me olvidó preguntártelo antes —quiso saber el inventor.

—Me llamo Automateo.

—Ese nombre es demasiado largo para mí, así que te llamaré Automa.

—Puesto que procede de Autómata, si lo prefieres, a mí me da lo mismo.

—Pues te diré, mi querido Automa, que ante tus ojos tienes un puñado de electroamigos. Has de saber que por vocación y especialización soy miniaturista, lo cual significa que convierto los aparatos voluminosos y pesados en pequeños artefactos portátiles. Cada granito de éstos es un concentrado de espíritu eléctrico, muy inteligente y polifacético. No te diré que es un genio, pues sería exagerar y una falsa publicidad. En realidad, mi objetivo es precisamente el de crear unos genios eléctricos y no cejaré hasta conseguirlos, tan minúsculos que en un bolsillo puedan caber un millar. Y solamente alcanzaré mi propósito cuando los pueda meter en un saco y los venda a granel, como la arena. Pero vayamos al grano. Por ahora, vendo los electroamigos por unidades y además baratos, pues por uno de ellos suelo cobrar la equivalencia de su peso en brillantes. Has de reconocer que se trata de un precio muy moderado si tienes en cuenta que puedes meterte este electroamigo en el oído, donde te susurrará los mejores consejos y toda clase de informaciones. Tienes que ponerte un trocito de algodón en el oído para que tu electroamigo no se caiga y así no lo perderás aunque inclines la cabeza de lado. ¿Te lo llevas? Si me compras una docena, te los podré vender más baratos...

—No hace falta; de momento con uno me basta —dijo Automateo—. Pero además me gustaría saber qué tipo de servicios puede prestarme. ¿Será capaz de ayudarme en los trances más críticos?

—¡Desde luego! —aseguró el inventor. Cogió un puñado de perdigones relucientes, pues estaban elaborados con los metales más preciosos, y siguió diciendo —: Naturalmente, no puedes esperar una ayuda en el sentido físico, pues ésa no es ni mucho menos su misión. Mi aparato sirve para reconfortar, dar buenos y rápidos consejos, emitir razonables argumentos, indicaciones provechosas para ti,

advertencias y amonestaciones saludables y asimismo palabras alentadoras y sentencias capaces de devolverte la confianza en ti mismo, además de unos pensamientos muy profundos que te permitirán salir airoso de las situaciones más difíciles y peligrosas. Ésa no es más que una pequeña parte del repertorio de mis electroamigos, que son realmente fieles y solícitos, pues nunca duermen y son duraderos y estéticos, y, como puedes ver, muy manejables. Así que ¿sólo te llevas uno?

—Sí, uno sólo —dijo Automateo—. Pero, dime: ¿qué pasará si alguien me lo roba? ¿Volverá a mí o llevará al ladrón a su perdición?

—Pues no solamente sirve al que lo lleva, y serviría al ladrón tan fielmente como a ti antes de robártelo. No puedes pedirle más, mi querido Automa: que no te abandone si tú no lo abandonas. Pero no correrás ese riesgo siempre y cuando lo lleves metido en el oído y cuides de tapártelo con un trocito de algodón.

—Muy bien —dijo Automateo—. ¿Y cómo puedo hablarle?

—Es suficiente que alguien susurre algo para que él lo entienda perfectamente. Por cierto, se llama Pioxo, pero puedes llamarlo simplemente Pío.

—Perfecto —dijo Automateo. Pesaron a Pioxo; el inventor recibió en pago un hermoso brillante, y Automateo, muy contento de tener tan buen compañero para su largo viaje, se marchó.

Era muy agradable viajar con Pioxo, pues si lo deseaba lo despertaba por las mañanas susurrándole al oído una alegre canción; también le contaba historias muy divertidas, pero Automateo llegó a prohibírselo terminantemente, porque si estaba con otras personas, al ver cómo se reía sin razón aparente, lo tomaban por loco.

En su viaje, Automateo llegó a orillas del mar, donde le esperaba una hermosa y blanca nave. Se metió en un confortable camarote y con gran satisfacción oyó el chirriar de las anclas y el barco se hizo a la mar para una larga travesía. Durante varios días, la nave surcó plácidamente las aguas, bajo un sol espléndido, mientras que por las noches se mecía suavemente a la luz de la luna, incitando al sueño. Pero una mañana se desencadenó una tremenda tempestad. Las olas, tres veces más altas que los mástiles, se precipitaban sobre el barco con un estruendo tan espantoso que Automateo no oía ni una palabra de consuelo de las que sin duda le susurraba su amigo al oído en los peores momentos.

De pronto, se oyó un gran estrépito, el agua inundó el camarote y la nave se deshizo en pedazos. Espantado, Automateo, se lanzaba hacia la cubierta y apenas tuvo tiempo de saltar en el último bote salvavidas, cuando una ola gigantesca se abatió sobre la nave y el mar la engulló.

Automateo no vio ni a un solo miembro de la tripulación; estaba solo en medio del mar, temiendo que las olas se lo tragarán de un momento a otro. El viento huracanado agitaba los negros nubarrones sobre el mar embravecido y el pobre

Automateo seguía sin oír lo que su amigo Pioxo le decía.

Después de muchas horas, Automateo creyó distinguir entre las aguas espumeantes una forma oscura; se hallaba cerca de una costa desconocida contra cuyas rocas rompían estrepitosamente las olas; al cabo de unos minutos, arrastrado por un tremendo torbellino, el bote fue a embarrancar en una especie de cala. Agarrado a las cuerdas, empapado de agua, Automateo, haciendo acopio de sus últimas fuerzas, se arrastró hacia la orilla de la pedregosa cala, donde se desplomó exhausto. A través de las rocas llegó hasta un punto más seguro y allí se quedó, totalmente extenuado, pero a salvo.

Un leve silbido lo sacó de su embotamiento. Era su amigo Pioxo, que le recordaba su amigable presencia.

—¡Ah, qué bien que estés aquí conmigo, Pioxo! Ahora me doy cuenta de lo bueno que resulta tenerte junto a mí y hasta dentro de mí —exclamó Automateo al recobrar totalmente el sentido, mirando a su alrededor.

Brillaba el sol después de la tormenta; el mar seguía agitado, pero las gigantescas olas habían desaparecido junto con el viento y la lluvia. No se veía el bote de salvamento: la corriente se lo había llevado. Automateo se puso de pie y comenzó a caminar por la playa y los acantilados. A los diez minutos ya había vuelto al punto de partida. Las olas lo habían arrastrado a un islote desierto e inhóspito y, además, muy pequeño. Su situación no era precisamente halagüeña. ¡Menos mal que tenía a su fiel amigo Pioxo! No tardó en pedirle consejo.

—¡Bueno, mi querido amigo! He de admitir que una situación como ésta no se da todos los días. He de meditar sobre ella. ¿Qué es lo que necesitas?

—¿Qué necesito? ¿Bromeas, Pío? ¿No ves que no tengo nada? ¡Necesito ayuda, ropa, comida y cobijo, puesto que aquí no veo más que rocas y arena!

—¿Estás bien seguro? ¿No habrá en algún rincón de la playa o del acantilado uno de esos baúles que suelen flotar después del naufragio de una nave y están repletos de herramientas, de libros amenos, de ropa y hasta de pólvora?

Automateo inspeccionó cuidadosamente los alrededores, pero no encontró ni el más pequeño trozo de madera del barco, que por lo visto se había hundido como una piedra.

—¿No has encontrado nada? Es muy extraño, pues la literatura está llena de casos muy famosos que atestiguan que los náufragos encuentran siempre en las islas desiertas los objetos más indispensables, tales como hachas y clavos, agua dulce y aceite, Biblias y sierras, tenazas y armas de fuego y una infinidad de cosas útiles. Pero si dices que no has encontrado nada, qué le vamos a hacer. Habrías de mirar al menos si hay alguna cueva. ¿Has mirado entre las rocas?

—He mirado y no he visto ninguna, sólo rendijas y agujeros y no hay ni cangrejos en ellos.

—¿Dices que no hay dónde cobijarse? Es raro; lo mejor será que te subas a la roca más alta de este islote y eches una ojeada a tu alrededor.

—¡Ahora mismo! —dijo Automateo lleno de esperanza. Y se puso a escalar la roca más alta, que se levantaba en el centro del islote volcánico. Desde arriba sólo vio la inmensidad del mar que rodeaba la pequeña isla.

Angustiado, se lo dijo a su amigo Pioxo, al tiempo que, con un dedo tembloroso, se apretaba el algodón en el oído para no perder a su precioso amigo y consejero.

—¡Qué suerte que no te cayeras cuando el barco se hundió! —Le flaquearon sus piernas y se sentó encima de la roca, esperando impacientemente la ayuda de su amigo.

—Escúchame atentamente, amigo mío. He aquí mi consejo en esta difícil situación —dijo por fin la vocecita de Pioxo—. Según mis cálculos, todo parece indicar que nos encontramos en una isla muy pequeña y desconocida, en un simple arrecife de coral o quizá en la cumbre de una cordillera submarina que surge lentamente de las aguas y se unirá a algún continente dentro de tres, o cuatro millones de años.

—¿Y qué? Lo que importa es qué podemos hacer ahora —dijo Automateo.

—No me interrumpas, por favor. Este islote está muy alejado de las rutas marítimas. Tenemos una posibilidad entre cuatrocientas mil de que un barco asome por estos parajes...

—¡Cielos! —gritó el náufrago con desesperación—. ¡Qué horrible! Así pues, ¿qué me aconsejas?

—Ahora mismo te lo diré, si dejas de interrumpirme. Corre a la orilla del mar y métete en el agua, más o menos hasta el pecho. Así no tendrás que agacharte mucho, lo cual no resultaría cómodo. Luego, metes la cabeza en el mar y te tragas toda el agua que puedas. Está muy salada, lo sé, pero la cosa no ha de durar mucho, sobre todo si continúas andando hacia adelante. Pronto te volverás más pesado, el agua salada te llenará todo el cuerpo y en unos segundos tus procesos orgánicos cesarán y por consiguiente perderás tu vida; gracias a esto, te ahorrarás la penosa tortura de permanecer en este islote infernal, una lenta agonía y hasta el riesgo de volverte loco. También puedes coger una piedra muy pesada con cada mano, pero no es imprescindible...

—¿Estás loco? —exclamó Automateo, pegando un salto—. ¿Pretendes que me ahogue? ¿Me aconsejas que me suicide? ¿Y te atreves a decir que eres mi amigo con esos consejos? ¡Menudo amigo!

—No te excites, que no estoy loco ni eso entra en mis posibilidades, pues nunca pierdo mi equilibrio mental. Más desagradable sería para mí, querido amigo, permanecer contigo si eligieras dejarte morir lentamente bajo este sol abrasador. Te aseguro que he estudiado detenidamente la situación y no he visto ninguna

posibilidad de salvación. No puedes construir una barca o una balsa, puesto que careces de herramientas; tal como te acabo de decir, ningún barco pasará por aquí para salvarte; sobre este islote no pasan ni los aviones y tú mismo no los puedes fabricar; ¿cómo piensas salir de aquí? Naturalmente, puedes escoger una lenta agonía en vez de una muerte rápida y segura, pero como fiel amigo tuyo que soy, te aconsejo que obres razonablemente y te dejes de locuras. Basta con que tragues un poco de agua...

—¡Al infierno tú y tus tragos de agua! —gritó enfurecido Automateo—. ¡Cuando pienso que por un amigo como éste pagué un magnífico brillante! ¡Tu inventor no es más que un bribón y un estafador!

—Estoy seguro de que si me escuchas hasta el fin retirarás esas palabras malsonantes —replicó serenamente Pioxo.

—¿Así que aún no has acabado? ¿Acaso pretendes contarme la vida que me espera en el más allá? Te lo agradezco mucho...

—No hay vida en el más allá —replicó Pioxo—. No voy a engañarte, pues ni quiero ni sé hacerlo, y así no se porta un amigo. Sólo te pido que me escuches con atención. Aunque no lo creas, el mundo es infinitamente rico y variado, con ciudades maravillosas llenas de vida y grandes tesoros, de palacios reales y chozas, de montes majestuosos y sombríos, bosques susurrantes y lagos apacibles, desiertos ardientes y nevadas llanuras. Tú no puedes ni imaginar los lugares y cosas que acabo de mencionar y los millones de sitios que no he nombrado. Así que se puede decir con toda propiedad que con respecto a los lugares en que no estás eres como un muerto, puesto que ni conoces las riquezas palaciegas ni participas en las danzas de los países del Sur ni te solazas la vista con los hielos irisados del Norte. Para ti no existen, de la misma manera que dejan de existir cuando uno se marcha de este mundo. Por esto mismo, si reflexionas sobre cuanto te digo, te darás cuenta que al estar ausente de todos los lugares agradables, es realmente como si no estuvieras en ninguna parte. Existen millones de lugares donde podrías estar, pero tú solamente conoces este aburrido y desagradable, por no decir abominable islote rocoso. Entre estar en «casi ninguna parte» y «ninguna» hay muy poca diferencia. De ahí esa impresión de que casi no vives en estos momentos, ya que al estar ausente de casi todos los sitios, es lo mismo que si estuvieras muerto. ¿Qué tiene de agradable este rincón, esta grava que lastima tus delicados pies? ¿Y esa agua salada, ese horrible exceso de agua? Y estas rocas y este sol abrasador, ese cielo azul y sin nubes sobre tu cabeza, ¿es que necesitas ese calor intolerable y esos rayos abrasadores? Claro que no. Nada necesitas de cuanto te rodea, del lugar donde estás ni de lo que hay en el cielo que te cubre. ¿Qué te queda, aparte de todo esto? Un poco de ruido en la cabeza, el latido de tus sienes y unos golpes sordos en el pecho, un temblor en las piernas y otras sensaciones desagradables. ¿Acaso necesitas ese vértigo y esos latidos, ese temblor en todo tu

cuerpo? ¡En absoluto, amigo mío! Y si te resignas a todo eso, ¿qué ocurrirá? Aparta de tu mente esas palabras duras con las que maldices, a mí que soy tu amigo; y esa ira y esa aversión que conduce al odio. ¿De qué sirve ese espanto y esa furia impotente? Por supuesto que eso tampoco te sirve de nada. Si apartas esos sentimientos inútiles, ya no te quedará nada, nada en absoluto, cero, y ese cero equivale al equilibrio eterno, al silencio total y al perfecto descanso que te deseo como el amigo que soy.

—¡Pero yo quiero vivir! —gritó Automateo—. ¡Quiero vivir! ¿Me oyes?

—Eso ya no es lo que sientes, sino lo que deseas —replicó tranquilamente Pioxo—. Deseas vivir, o sea, tener un futuro, que se forma con el presente, pues a eso se reduce precisamente la vida. Sin embargo, no has de vivir, porque no es posible tal como hemos visto hace un rato. Te basta pensar en cómo has de vivir, de ahora en adelante, o mejor dicho morir: tras una larga agonía o rápidamente, tragando unos sorbos de agua...

—¡Basta! ¡Fuera de aquí! —rugió Automateo, saltando de rabia y apretando los puños.

—¿Otra vez? —dijo Pioxo—. ¿Cómo puedes gritarme eso de «fuera de aquí»? ¿Acaso tengo piernas para salir corriendo, o manos para arrastrarme con ellas? Sabes perfectamente que no es así. Si quieres deshacerte de mí, no tienes más que sacarme de tu oído, pues te aseguro que no es un lugar tan agradable, y me tiras adonde quieras.

—¡Bien! —exclamó Automateo, loco de rabia—. ¡Ahora mismo! —Pero en vano hurgó y rebuscó en su oído: su electroamigo se había metido tan hondo que no hubo manera de sacarlo, aunque agitara la cabeza como un demente.

—Me parece —dijo Pioxo al cabo de un rato— que vamos a tener que seguir juntos, aunque no sea ni tu deseo ni el mío. Así que no tenemos más remedio que reconciliarnos, por cuanto los hechos siempre tienen razón. Y esto se refiere también a tu actual situación. Quieres tener un futuro a toda costa. Me parece una imprudencia, pero puesto que lo deseas, adelante. Permíteme que te describa a grandes rasgos ese futuro, ya que lo conocido es siempre mejor que lo desconocido. La ira que ahora te embarga, pronto se convertirá en un sentimiento de desesperada impotencia, y a su vez ésta, tras una serie de esfuerzos tan violentos como vanos por encontrar una solución, se transformará en un entumecimiento progresivo; mientras tanto, ese calor abrasador que llega hasta el umbroso lugar donde me hallo dentro de tu persona, de acuerdo con las inexorables leyes de la física y la química, deseará cada vez más tu ser. Primero se volatilizarán los lubricantes de tus articulaciones y a cada movimiento chirriarán penosamente. Luego, cuando se te recaliente el cerebro con el sol, verás una serie de círculos de colores girando ante tus ojos, pero eso no tendrá ni el más pequeño parecido con la visión del arco iris, puesto que...

—¡Cállate de una vez, maldito! —gritó Automateo—. ¡No quiero oírte más, ni

saber qué va a ser de mí! ¡Cierra el pico y no vuelvas a hablar!

—No necesitas gritar de esa manera, pues sabes muy bien que basta un simple murmullo para que te oiga. ¿De forma que no quieres conocer tu futuro? Sin embargo, por otra parte, querrías experimentarlo. ¿En qué quedamos? Por favor, sé un poco más lógico. Si te pones así, me callaré. Pero he de decirte que te equivocas al descargar tu ira sobre mí, como si yo tuviese la culpa de tu situación. Como sabes, todo fue culpa de esa tempestad, en cambio soy yo tu amigo y estoy sufriendo anticipadamente los tormentos que te esperan, y la más espantosa agonía. De veras me espanta imaginar lo que ocurrirá cuando los lubricantes de tus articulaciones empiecen a...

—¿No vas a callarte? ¿Acabarás de una vez de decir esas monstruosidades? —rugió Automateo, dándose un puñetazo en el oído donde estaba su amigo—. ¡Si tuviera una ramita o un palillo para sacarte, ahora mismo lo haría y te aplastaría de un pisotón!

—¿Desearías destruirme? —dijo Pioxo afligido—. ¡Realmente, no mereces tener un electroamigo ni a nadie que te compadezca!

Automateo se enfureció de nuevo y así estuvieron discutiendo, y argumentando sin parar, hasta que pasó el mediodía y el pobre robot, agotado de tanto gritar y gesticular y dar saltos de rabia, cayó exhausto bajo los rayos del sol, lanzando de vez en cuando unos suspiros desesperados y mirando el océano desierto. Un par de veces le pareció ver en el horizonte la humareda de un vapor, pero no era más que una nube, y Pioxo se encargó de recordarle que no había más que una posibilidad entre cuatrocientas mil de que asomara alguna nave salvadora; y Automateo volvía a enfurecerse y desesperarse. Finalmente, ambos se sumieron en el más profundo silencio. El naufrago miraba hacia la playa, sobre cuya orilla ya iba extendiéndose la sombra de las rocas, cuando su amigo le preguntó:

—¿Por qué estás tan callado? ¿Acaso ya empiezas a ver esos círculos multicolores de los que te hablé?

Automateo ni se dignó contestar.

—¡Vaya! —prosiguió Pioxo—. Así que no sólo ves círculos, sino que también te ha invadido el torpor que con tal precisión preví. Es curioso, cuán poco razonable puede ser una criatura inteligente, sobre todo en circunstancias adversas. Va a parar a una isla desierta donde ha de morir tan seguro como que dos y dos son cuatro; uno se lo dice y le demuestra que no hay más solución que la de valerse de su fuerza de voluntad y su razón, y ¿acaso se lo agradece? ¡Nada de eso! Se agarra a una falsa esperanza y prefiere caer en la locura antes de tirarse al agua, que...

—¡No me hables más del agua! —gritó Automateo.

—Sólo quería señalar esas motivaciones tuyas tan irracionales —replicó Pioxo—. Ya no te diré que hagas nada, o sea, ningún acto, pues si quieres morir lentamente, si

eliges la agonía, al no querer hacer nada hay que reflexionar debidamente sobre ello. ¡Qué absurdo es temer a la muerte cuando ese estado es de lo más deseable! ¿Qué puede compararse con la perfecta inexistencia? Ciertamente que la agonía en sí no es nada atractiva, pero por otra parte no se sabe de nadie con el espíritu y el cuerpo tan débiles como para no aguantarla y no llegar a expirar totalmente y sin ayuda. De manera que la muerte no es algo especialmente digno de mención pues está al alcance de cualquiera, de un imbécil o un canalla. Además, si eso lo puede hacer cualquiera (y hay que reconocer que así es, pues yo al menos nunca oí hablar de ninguna persona que fuera incapaz de ello), lo mejor es regocijarse con la idea de la misericordiosa nada que espera en el umbral de la muerte. Pues al expirar no hay que creer que la muerte y la mente se excluyan recíprocamente, cuando es fácil imaginar todos los privilegios, y comodidades que nos ofrece la muerte. Trata de imaginarlo, por favor; se acabaron las obligaciones, los peligros y los temores, los sufrimientos de la mente y del cuerpo, las desventuras. Aunque todas las fuerzas del mal se aliaran contra ti ¡no te afectarían! Créeme, la dulce seguridad del muerto es incomparable. Y además hay que tener en cuenta que no se trata de un estado transitorio, sino de algo perdurable que nadie es capaz de quebrantar, entonces ese éxtasis sublime...

—¡Ojalá desaparecieras para siempre! —exclamó débilmente Automateo, profiriendo a continuación una sarta de maldiciones.

—Lo siento, pero eso es imposible —replicó Pioxo—. No sólo por envidia (puesto que más allá de la muerte no hay nada, como ya te dije), sino por el más puro altruismo te acompañaría a la nada. Sin embargo, eso es imposible, pues mi inventor me hizo indestructible, probablemente debido a su orgullo de constructor. Realmente, al pensar que he de permanecer dentro de tu cuerpo cubierto de sal marina, de tu reseca carcasa que se irá corrompiendo lentamente, hablando conmigo mismo; me embarga la tristeza. Y luego, ¿cuánto tiempo habré de esperar hasta que por fin aparezca uno de esos barcos sobre cuatrocientos mil que, de acuerdo con mis cálculos de probabilidades, llegará un día a este islote...?

—¿Qué dices? ¿Que tú no morirás? —gritó Automateo, arrancado de su atontamiento por esas palabras—. ¿Así que tú vivirás mientras que yo...? ¡Oh, eso sí que no! ¡Jamás! ¡Jamás!

Y con un grito salvaje se puso en pie y empezó a saltar y sacudir la cabeza y a pegarse con el puño en el oído, contorsionándose salvajemente y gesticulando como un loco, pero en vano. Mientras tanto, Pioxo le iba susurrando cada vez con más fuerza:

—¡Detente! ¿Te has vuelto loco? ¡Es demasiado pronto para eso! ¡Ten cuidado, te vas a hacer daño, te vas a dislocar un miembro! Lo que haces carece de sentido. Otra cosa sería si... ya sabes, de una vez te tirarás... pero así lo único que harás será romperte algo. Ya te he dicho que soy indestructible, no insistas. Y aunque me

hicieras salir, no conseguirías hacerme daño, sino que me harías un bien; por cuanto, tal como ya te he demostrado, la muerte es lo mejor. ¡Párate de una vez! ¡Qué manera de saltar!

Automateo seguía gesticulando sin hacer caso de lo que Pioxo le decía, hasta que por fin empezó a dar cabezazos contra la roca donde antes se sentara; con tal furia pegaba, con tanta rabia y con tal locura, que Pioxo salió disparado de su oído y fue a parar entre las piedras, con un gritito de alivio al ver que finalmente aquel desenfreno había acabado. Pero Automateo no se dio cuenta enseguida de que había logrado su objetivo. Dejándose caer sobre las rocas recalentadas por el sol, descansó un rato, hasta que, incapaz aún de mover los brazos o las piernas, masculló:

—Sólo estoy descansando un rato. Ahora mismo me pongo de pie y te voy a patear, ¿me oyes? Porque... ¿Pero qué es esto?

De repente se dio cuenta de que tenía el oído vacío. Miró a su alrededor con los ojos aún nublados, y, arrodillándose, se puso a buscar frenéticamente a Pioxo entre la grava.

—¡Pío! ¡Pío! ¿Dónde estás? ¿Dónde te has metido? ¡Haz el favor de salir! —gritaba Automateo.

Pero tal vez por prudencia o por cualquier otro motivo, Pioxo permanecía callado. Entonces Automateo comenzó a suplicar, asegurándole que había cambiado de opinión, que su único deseo era escuchar los buenos consejos de su electroamigo y ahogarse, pero que antes de hacerlo quería escuchar nuevamente el panegírico de la muerte. Eso tampoco dio resultado: Pioxo seguía mudo como una piedra. Entonces Automateo, arrodillado sobre la roca viva, se puso a escrudiñar el lugar palmo a palmo, rebuscando sistemáticamente por todos los alrededores. De pronto, cuando estaba a punto de arrojar el puñado de grava que tenía en la mano, Automateo se detuvo, lo acercó a sus ojos, y respiró con alivio: Pioxo estaba allí, entre las piedrecitas, con un apagado resplandor metálico.

—¡Ah, estás aquí! ¡Te encontré! ¡Ahora te tengo, querido ser irrompible! —gritó apretando cuidadosamente a Pioxo entre sus dedos. Pioxo permanecía tan mudo como antes, mientras Automateo proseguía—: ¡Ahora veremos si eres tan indestructible como dices! ¡Toma!

Al decir esto dio un terrible pisotón a Pioxo; había puesto al electroamigo encima de una roca y saltó una y otra vez encima de él con todo su peso, y para mayor seguridad le pegó con la herradura de su bota, hasta que chirrió. Pero Pioxo no se rompía y únicamente la roca se deshizo un poco bajo la herradura de acero. Al agacharse, Automateo se dio cuenta de que el granito de metal seguía igual de entero, mientras que la roca se hundía debajo de él. Ahora Pioxo se hallaba metido en un pequeño hueco.

—Conque eres duro, ¿eh? ¡Pero encontraré una piedra más dura que tú! —gritó

Automateo, y fue a buscar por todo el islote una roca más dura, de basalto o pórfido, para aplastar con ella a su amigo. Mientras lo pisoteaba, a ratos hablándole con calma, y a ratos maldiciéndolo, contando con que le respondería o hasta suplicaría, Pioxo siguió tan mudo como una piedra. Sólo se oía el ruido de los golpes; las pisadas, el estruendo de las rocas y las maldiciones de Automateo.

Al cabo de un buen rato, convencido de que al electroamigo no lo dañaban ni los golpes más violentos, Automateo, frustrado y terriblemente cansado, se volvió a sentar a la orilla del mar con su electroamigo en el puño.

—Puesto que no consigo destruirte —dijo con aparente calma, disimulando su furia—, me voy a ocupar de ti como te mereces. Vas a tener que esperar mucho tiempo ese barco, amigo mío, puesto que te voy a mandar al fondo del mar, donde vas a permanecer por los siglos de los siglos. Así tendrás todo el tiempo que quieras para meditar en medio de tan perfecta soledad. ¡Te juro que ya no tendrás ningún otro amigo!

—Querido Automateo —dijo suavemente Pioxo—, ¿a mí qué me importa permanecer en el fondo del mar? Estás pensando con los criterios de los seres no duraderos, de ahí tu error. Pues has de comprender que el mar se secará un día o bien algún pico surgirá de su fondo para convertirse en una montaña y luego en un continente. A mí no me importa que ello se produzca dentro de miles o de millones de años. Pues no sólo soy indestructible, sino también infinitamente paciente, como hubieras debido comprender aunque sólo fuera por la tranquilidad con que he soportado tus arbitrariedades. Es más: no respondí a tus llamadas, dejándote buscarme por el suelo, porque quería ahorrarte esfuerzos innecesarios. También callé cuando saltabas sobre mí para evitar que mis palabras aumentaran tu ira y ello te afectara aún más.

Al oír tan noble confesión, Automateo se volvió a enfurecer.

—¡Te voy a aplastar, te voy a hacer polvo, maldito! —y reanudó los saltos y los golpes contra la roca y el loco pataleo. Pero esta vez, acompañados de los comentarios de Pioxo:

—¡Vamos, ánimo! ¡Prueba otra vez! ¡Así no, que te cansas demasiado pronto! ¡Ánimo, esas piernas! ¡Arriba, arriba! ¡Ánimo! ¡Salta más alto, así pegarás más fuerte! ¿Ya no puedes? ¿De veras? Alza la piedra, así... A lo mejor con otra piedra... Inténtalo... ¿Una más gorda? ¡Arriba! ¡Qué lástima, amigo mío, que no pueda ayudarte! ¿Por qué te detienes? ¿Tan pronto te has cansado? ¡Qué lástima!... Bueno, eso no es nada... Esperaremos un rato a que descanses y te refresques con este airecito que viene del mar...

Automateo se desplomó exhausto sobre la roca se quedó mirando con odio al granito de metal que tenía en la palma de la mano, escuchando a regañadientes, lo que le decía:

—De no ser tu electroamigo, diría que te comportas de una manera lamentable. El barco se hundió por culpa de la tempestad, te salvaste conmigo, te di mis mejores consejos, y por no prometerte la supervivencia, por considerarla imposible, te ensañas contra mí, y mis palabras sinceras, mis verdades y consejos, pretendes aniquilarme, a mí, tu único compañero. Es un hecho que así por lo menos tu vida ha tenido algún sentido y debieras estarme agradecido por eso. Es curioso que la idea de mi durabilidad te resulte tan odiosa...

—Eso lo vamos a ver; veremos si eres tan perdurable —dijo a media voz Automateo—. Aún no he terminado.

—Realmente eres gracioso. Prueba a ponerme sobre la hebilla de tu cinturón, es de acero y a lo mejor es un acero más resistente que la roca. Puedes probar, aunque estoy seguro de que todo será en vano, pero sólo trato de ayudarte.

Aunque con cierta desgana, Automateo siguió el consejo de Pioxo, pero no consiguió más que hacer unos cuantos rasguños en su hebilla bajo los tremendos golpes. Al ver que de nada servían sus esfuerzos, el náufrago se sumió en la mayor depresión y, desesperado, sin fuerzas ya, se quedó mirando aquella nimiedad metálica, que seguía hablándole con su vocecita:

—¡Vaya criatura razonable, que se hunde en la melancolía por no poder aguantar al único ser amistoso que existe en todo este espacio desierto! ¿No te da vergüenza, querido Automateo?

—¡Calla, repugnante charlatán! —gritó el náufrago.

—¿Por qué habría de callar? Si no te compadeciera, hace ya mucho tiempo que habría dejado de hablar, pero sigo siendo tu amigo y permaneceré a tu lado en tu agonía, como un compañero fiel, siempre y cuando me vuelvas a colocar en tu oído y no me tires al mar, pues siempre es preferible contar con alguna audiencia. Así que seré el testigo de tu agonía, que siempre será mejor sobrellevarla en compañía que en soledad absoluta; poco importa cuáles puedan ser los sentimientos al respecto. Me odias a mí, tu verdadero amigo, que te ayudo, te aliento y reconforto dándote sabios y convincentes consejos, pero todo te parece poco... Por mi parte, te prometo que así no hablaré y no comentaré nada, puesto que si no lo hago así, aun sin desearlo, podría deteriorarse esa amistad inquebrantable que tú no puedes poseer por tu mal carácter. Sin embargo, eso también lo puedo aguantar, pues devolviendo el bien por mal las cosas se compensan y de esta manera te salvo de ti mismo, por pura amistad, repito, y no es que la simpatía me ciegue hasta el punto de no ver tu odiosa naturaleza...

Un grito salido del pecho de Automateo interrumpió las palabras de Pioxo.

—¡Un barco! ¡Un barco! ¡Un barcoooo! —chillaba frenético, y se puso a brincar por toda la orilla, tirando piedras al agua, agitando los brazos y gritando hasta quedarse ronco, aunque hubiese podido ahorrarse las energías, pues la nave ya se dirigía claramente hacia el islote y pronto de su flanco salió un bote de salvamento.

Como luego se supo, el capitán del barco del cual viajaba Automateo, inmediatamente antes de que se hundiera, tuvo tiempo de hacer una llamada de socorro; un gran número de naves se pusieron inmediatamente a buscarles en todas las direcciones, y una de ellas había dado con el islote. Cuando llegó el bote, Automateo quiso saltar a él inmediatamente, pero lo pensó mejor y volvió corriendo hacia Pioxo, temiendo que su amigo gritara y le oyeran los marineros, que tal vez hicieran preguntas embarazosas y quizá hasta escucharan algunas acusaciones por parte del electroamigo. Para evitarlo, agarró a Pioxo, y sin saber dónde meterlo, rápidamente se lo volvió a colocar en el oído.

Huelga describir las escenas de alegría y agradecimiento que siguieron, durante las cuales Automateo se comportó muy ruidosamente, pues temía que algún tripulante del bote oyera la vocecita del electroamigo, que no dejaba de hablar, repitiendo: «Vaya, qué sorpresa... Una posibilidad entre cuatrocientas mil... ¡Qué suerte tienes! Espero que ahora nuestra amistad se restablezca si tienes en cuenta que sobre todo no te conté lo de los momentos peores; además, no soy rencoroso y olvidaré lo ocurrido...»

Cuando, tras una larga travesía, el barco llegó al puerto, Automateo asombró a quienes le rodeaban al preguntar si por allí había alguna fundición, pues deseaba visitarla, añadiendo que lo que más le interesaba eran los grandes martillos pilones a vapor. Contaron después que durante dicha visita se comportó de un modo bastante raro, ya que al llegar ante un enorme yunque de acero, comenzó a mover la cabeza en todas direcciones con tal fuerza que parecía querer sacarse de ella el cerebro, y con la mano puesta en un oído no dejaba de pegar saltos sobre una pierna; sin embargo, los que allí estaban pensaron que una persona salvada hacía tan poco tiempo de una espantosa aventura podía cometer las mayores extravagancias, debido a un momentáneo desequilibrio mental.

Automateo empezó a tener las más distintas manías. A veces le daba por coleccionar explosivos; hasta inventó realizar una explosión en su piso, cosa que lograron poder evitar sus vecinos avisando a las autoridades; luego, sin ninguna razón aparente, volvió a coleccionar martillos y sierras de carborundo, y a sus amigos les decía que pensaba construir un nuevo tipo de máquina para descifrar los pensamientos.

Se volvió solitario y tomó la costumbre de hablar en voz alta consigo mismo, y a veces podía oírsele monologando por su casa y hasta gritando maldiciones.

Finalmente, al cabo de muchos años, presa de una nueva manía, empezó a comprar sacos de cemento; con ese cemento construyó una bola gigantesca y, cuando fraguó, la llevó no se sabe dónde. Cuentan que fue a una mina abandonada y que una noche tapó la boca del pozo con un enorme bloque de hormigón, y que luego, hasta el fin de sus días, anduvo rondando por los alrededores de la mina y que no había basura

que no recogiera para tirarla al fondo del pozo abandonado. Efectivamente, tenía unas costumbres muy raras, pero en su mayoría esas habladurías carecen de todo fundamento. Pues resulta difícil creer que al cabo de tantos años Automateo siguiera resentido con su electroamigo, al que tanto debía.

El rey Globaldo y los sabios

Un día, el rey Globaldo, señor de Eparidia, mandó llamar a tres de sus más grandes sabios y les dijo:

—Nada hay más horrible que la suerte de un rey: sabe todo lo que hay que saber, hasta el punto de que cuanto le dicen suena igual que una pompa de jabón al estallar. Deseo asombrarme y sólo me aburro, quiero conmoverme y no escucho más que tonterías, ansío oír cosas extraordinarias y me vienen con los más huecos halagos. Habéis de saber, queridos sabios, que hoy mismo mandé cortar la cabeza a todos mis bufones, junto con mis consejeros oficiales, y esa misma suerte os espera de no cumplir mi orden. Cada uno de vosotros ha de contarme la historia más extraordinaria que sepa, y si no me hace reír o llorar, no me asombra o alarma, no me divierte o me induce a reflexionar, ¡os mando cortar la cabeza!

El rey hizo un gesto y los sabios oyeron los pasos metálicos de los esbirros, que los rodearon a los pies del trono, cuyas espadas desnudas brillaban ominosamente. Los tres sabios quedaron temerosos y confusos, pues ninguno quería provocar las iras del rey y perder la cabeza, hasta que el primero manifestó:

—¡Rey y señor! La historia más extraña de todo el cosmos visible e invisible es sin duda la de un pueblo estelar que en las crónicas lleva el nombre de reversios. Desde los comienzos de su historia, los reversios todo lo hacían al revés de las demás criaturas inteligentes. Sus antepasados se instalaron en Urdruria, planeta famoso por sus volcanes, donde cada año surge una cadena de montañas y se producen terribles convulsiones que todo lo arrasan. Para mayor desventura, una gran avalancha de meteoros se precipitó sobre el planeta. Durante doscientos días al año caían sobre su superficie tremendas lluvias de piedras. Los reversios (que por entonces aún no llevaban ese nombre), levantaron construcciones de hierro templado y acero, y ellos mismos se cubrieron con tal cantidad de láminas de acero que parecían alcachofas blindadas y con piernas. Pero durante los terremotos, la tierra al abrirse se tragaba sus ciudades y los meteoros aplastaban sus blindadas capas protectoras. Al ver que toda la población estaba en peligro de exterminio, sus sabios se reunieron y el primero manifestó: «Nuestro pueblo no puede permanecer en su forma actual y no tiene otra alternativa que la transformación. La tierra se abre y para no caer en las hendiduras, cada reversio debe poseer una base ancha y plana, y puesto que los meteoros llegan de arriba, hemos de tener la cabeza puntiaguda. Si nos volvemos cónicos, nos libraremos del peligro.»

»Y otro sabio dijo:

»“No servirá de nada. Si la tierra se abre mucho, también se tragará los conos, y los meteoros, al caer oblicuamente, nos atravesarán el cuerpo. Lo ideal sería una forma esférica. Pues cuando el suelo comience a temblar y ondular, la bola rodará

sola, y los meteoros al caer darán siempre sobre una superficie convexa y no pasará nada; así que hemos de volvernos redondos para preservar nuestras futuras generaciones.”

»Y dijo un tercero:

»“Una esfera igual puede quedar aplastada o hundirse lo mismo que toda forma material. No existe ningún escudo que no pueda atravesar una espada suficientemente poderosa, ni espada que no se melle contra un escudo bastante resistente. La materia, hermanos, es mutable, fluida y transformable, es inconsistente y en ella no pueden vivir los seres que realmente se precien de inteligentes, sino sobre lo invariable, lo eterno y lo perfecto, aunque temporal.”

»“¿A qué te refieres?”, preguntaron los sabios.

»Como respuesta, el tercer sabio comenzó a desnudarse; se quitó el traje de encima, adornado con cristales, y la ropa de debajo, hecha de oro macizo, y los pantalones de plata; luego se desmontó la cabeza y el pecho, y seguidamente se fue desmembrando sistemáticamente: de las junturas pasó a los empalmes, de los empalmes a los tornillos y de los tornillos a los hilos y las piezas más diminutas, hasta llegar a los átomos. Y el sabio comenzó a desgranar sus átomos, y los desgranaba con tal rapidez que nadie podía percibir nada fuera de su disolución; hábil y rápidamente, ante los demás sabios asombrados se convirtió en una perfecta ausencia, que es precisamente una inversión tan fiel como una presencia. Pues donde anteriormente tenía un átomo, ahora ya no existía; donde había un tornillo, había desaparecido, tan fielmente que su hueco no se diferenciaba de él. Y de esa manera se convirtió en el vacío, un vacío tan sistemático como anteriormente lo era su plenitud; y su inexistencia era una existencia inalterada, por cuanto actuaba tan rápida y hábilmente para que ninguna intrusión material pudiera invadir su perfecta ausencia presente. Y los demás lo veían como un vacío formado al igual que estaba un momento antes; reconocían sus ojos por la ausencia de su color negro, su rostro por la ausencia de su resplandor azul y sus brazos por la falta de sus dedos, de sus muñecas y sus codos. “De esta manera, hermanos —manifestó el Presente Ausente—, y mediante nuestra encarnación en la nada, conseguiremos no solamente una enorme resistencia, sino también la inmortalidad. Pues sólo la materia es mutable, mientras que la nada no tropieza nunca en su camino con la inseguridad; por eso la perfección radica en la inexistencia y no en la existencia; así que hay que elegir lo primero y no lo segundo.”

»Así lo hicieron y, desde entonces, los reversios son un pueblo muy pacífico; dedican su vida a lo que no existe en vez de a lo que existe, por cuanto en ellos nada hay, salvo lo que les rodea. Y cuando alguien llega a su casa, se le considera como una ausencia doméstica, y si anda por la niebla, como su ausencia local. Se sustrajeron a las molestas contingencias de la materia cambiante, con lo que

convirtieron lo posible en imposible.

—¿Y cómo viajan a través del vacío cósmico? —preguntó el rey Globaldo al sabio.

—Eso es lo único que no pueden hacer, señor, puesto que el vacío exterior chocaría con su propio vacío y dejarían de existir como inexistencia localmente concentrada. Por eso precisamente han de velar constantemente por la pureza de su no ser, por el vacío de su existencia, y a esa tarea dedican su tiempo, pues también suelen llamarse aniquilados o anulados.

—¡Sabio —dijo el rey—, tu historia es necia! ¿Cómo es posible sustituir la heterogeneidad material por la homogeneidad de lo que no existe? ¿Acaso es lo mismo una roca que una casa? ¿Es que la ausencia de una roca puede tener distinta forma que la ausencia de una casa?

—Señor —dijo el sabio—, hay varias formas de inexistencia...

—Veamos —le atajó el rey— lo que ocurre cuando mande cortarte la cabeza ¿se convertirá su ausencia en presencia? ¿Qué me dices? —y el rey, soltando una horrible carcajada, hizo una señal a sus esbirros.

—¡Señor! —gritó el sabio, que ya estaba entre las garras de sus verdugos—. Te has dignado reír, de modo que mi historia te ha regocijado y, de acuerdo con tu promesa, has de perdonarme la vida.

—No es cierto, puesto que me he reído de mi propia ocurrencia —replicó Globaldo—. Pero a lo mejor te avienes a lo que te voy a decir: si aceptas de buen grado que te corten la cabeza, entonces me reiré y te daré la razón.

—¡De acuerdo! —exclamó el sabio.

—En ese caso, cortadle la cabeza, puesto que así lo pide —ordenó el rey.

—¡Pero, señor, he aceptado para que no me decapitasen!

—Si estás de acuerdo, hay que decapitarte —replicó Globaldo—, y si no estás de acuerdo, no me haces reír y por consiguiente han de cortarte la cabeza...

—¡No, no, al contrario! —gritó el sabio—. Si estoy de acuerdo, tú, al alegrarte, has de perdonarme la vida, y si no estoy de acuerdo...

—¡Basta! —dijo el rey—. ¡Verdugo, cumplid con vuestra tarea!

Silbó la espada y la cabeza del sabio rodó por el suelo. Al cabo de un rato de mortal silencio, el segundo sabio empezó:

—¡Rey y señor! El más curioso de los pueblos estelares es sin duda el de los poliontos, es decir, los múltiples, que también suelen llamarse los pluralistas. Esos seres tienen realmente un solo cuerpo, pero muchas piernas, cuyo número depende del cargo que desempeñan: cuanto más alto, más piernas tienen. En cuanto a las cabezas las tienen en función de las necesidades; así, por ejemplo, las familias pobres poseen generalmente una sola cabeza, mientras que los ricos poseen varias para las diversas circunstancias: así, tienen una cabeza para la mañana y otra para la tarde;

una cabeza estratégica en caso de guerra y otra rápida, por si hay que correr, también suelen disponer de cabezas frías y cautelosas, apasionadas, tristes, alegres, amorosas y hasta lúgubres, de modo que están preparados para todas las circunstancias de la vida.

—¿Eso es todo? —preguntó Globaldo.

—No, señor —dijo rápidamente el sabio, viendo que las cosas se le ponían mal—. Los poliontos sacan su otro nombre de pluralistas del hecho de que todos ellos están muy ligados a su gobernante, hasta el punto de que si la mayoría opina que la actuación del rey es nociva para el bien general, entonces el monarca pierde su compacidad y se deshace en pedazos...

—¡Vaya idea absurda! ¿Conque conspiran contra su rey? —soltó el rey iracundo—. Puesto que tanto has hablado de cabezas, sabio, dime: voy a ordenar que corten la tuya ahora mismo, ¿o no?

«Si contesto que sí —pensó el sabio— lo hará, puesto que está furioso conmigo. Y si le digo que no, eso lo sorprenderá y al sorprenderse tendrá que cumplir su promesa y perdonarme la vida.»

Así que dijo:

—No, señor, no ordenarás que me corten la cabeza.

—¡Te equivocas! —gritó Globaldo—. ¡Verdugos, cumplid con vuestra tarea!

—¡Pero, señor! —imploró el sabio, ya en manos de los esbirros—. ¿Acaso no te han sorprendido mis palabras? ¿No suponías que iba a decir que me mandarías decapitar?

—Tus palabras no me han sorprendido, porque el miedo que llevas escrito en la cara te las dictó. ¡Basta, cortadle ya la cabeza!

Y la cabeza del segundo sabio rodó por el suelo.

El tercer sabio, el más anciano de todos, estaba mirando la escena con gran serenidad. Pero cuando el rey le pidió que le contara una historia extraordinaria y sorprendente contestó:

—Majestad, podría contarte una historia realmente extraordinaria, pero no lo haré, puesto que prefiero hablarte sinceramente en vez de sorprenderte. Quiero más bien obligarte a que me hagas cortar la cabeza, pero no con el vil pretexto de disfrazar una matanza, que llevas a cabo para divertirte; pues aun siendo cruel no te atreves a hacerlo sin cubrirte con una máscara de falsedad. En realidad, deseabas que nos cortaran la cabeza, pero de tal manera que luego dijeran que el rey mató a unos necios que se hacían pasar por sabios. En cambio, yo deseo que se diga la verdad y por eso no te contaré historia alguna.

—No, ahora no te entrego al verdugo —replicó el rey—. Realmente deseo escuchar una historia extraordinaria. Quieres enfurecerme, pero yo sé reprimir mi cólera cuando es necesario. Habla, y quizá no solamente te salves tú mismo, sino

también a otros. Lo que digas puede incluso rozar el crimen de lesa majestad, que, por lo demás, ya has cometido; pero esta vez tendrá que ser un insulto tan monstruoso que se convierta de por sí en una auténtica lisonja, que por sus dimensiones se transforme a su vez en una afrenta. ¡Intenta, pues, de un solo golpe ensalzar y rebajar, engrandecer y reducir a tu rey!

En medio del más absoluto silencio, los que allí estaban trataban de adivinar durante cuánto tiempo conservarían la cabeza sobre los hombros. El tercer sabio se había sumido en profunda reflexión. Por fin dijo:

—Señor, satisfaré tus deseos y te diré por qué lo hago. Pues lo voy a hacer por todos los aquí presentes, por mí y también por ti, a fin de que en el futuro no puedan decir que hubo un rey que por capricho acabó con la inteligencia en su país; aun cuando así fuera en estos momentos, aunque tus deseos no signifiquen casi nada o nada en absoluto, yo quiero darle a tu efímero capricho un valor, haciendo de ella una cosa significativa y duradera, y por eso hablaré...

—Anciano, basta ya de preámbulos que nuevamente rozan el crimen de lesa majestad y nada tienen que ver con una lisonja —dijo el rey airado—. ¡Habla!

—Señor, abusas de tu poder —contestó el sabio—, aunque tus abusos no son nada en comparación con los que cometiera tu remoto y para ti desconocido antepasado, el fundador de la dinastía de los epáridas. Tu antepasado Alegórico también solía abusar de su autoridad. Para mayor aclaración de cómo se comportaba, te ruego, señor, que te dignes mirar hacia ese firmamento nocturno que se ve por las ventanas superiores de la sala del palacio.

El rey miró al cielo, estrellado y puro, mientras el sabio proseguía lentamente:

—¡Mira y escucha! Todo cuanto existe es objeto de burla. Ante nada se guarda el necesario respeto, pues es sabido que mucha gente se atreve hasta a reírse de Su Majestad real. El trono y el Estado son objeto de irónicas burlas. Todos se ríen de los otros o de sí mismos. Se ha llegado al extremo de burlarse de lo que no existe, pues ¿no se ríen de los míticos dioses? Incluso las cosas más serias y hasta trágicas son motivo de bromas; basta recordar el humor relativo a los cementerios, los chistes sobre la muerte y los muertos. Ni siquiera se respeta a los cuerpos celestes. Veamos, por ejemplo, el Sol y la Luna. A ésta la representan como a una astuta y delgada mujer con un cetro cornudo de bufón y semejante a un creciente con doble barbilla; mientras que al Sol lo representan como a un gordinflón cordial y mofletudo con una aureola desflecada. Sin embargo, aunque la gente acostumbra a mofarse tanto del reino de la vida como de la muerte, de las cosas pequeñas como de las grandes, hay algo de lo que hasta ahora nadie se atrevió a reírse; sin embargo, no se trata de una cosa que pueda olvidarse o escapar a la atención, ya que pertenece a lo que existe; me refiero al cosmos. Si reflexionas un poco, señor, te darás cuenta cuán ridículo es el cosmos...

Al llegar a este punto el rey Globaldo se asombró por primera vez y con incrementada atención escuchó al anciano sabio, quien prosiguió:

—El cosmos está formado de estrellas. Eso suena bastante serio, pero si reflexionamos un poco, resulta difícil no sonreírse. Pues ¿qué son realmente las estrellas? Unas esferas ardientes, colgadas en la noche eterna. La imagen no deja de ser poética en apariencia. ¿Por su naturaleza? Ni mucho menos, sino debido a sus dimensiones. Sin embargo, las dimensiones no pueden determinar por sí solas la importancia del fenómeno. ¿Acaso los garabatos de un imbécil, trasladados desde una hoja de papel a una gran extensión, se convierten en una cosa importante? Una necesidad, aumentada, no deja de ser una necesidad, y sólo potencia su ridiculez. ¡El cosmos es algo así como un papel salpicado de puntos! Por doquiera que miremos, sólo hay eso. La monotonía de la creación parece el concepto más trivial y común que pueda imaginarse. ¿A quién, sino a un verdadero imbécil, podría ocurrírsele sembrar de puntos hasta el infinito un universo que había que crear? Tomemos un espacio infinito y vacío y una vez y otra punteémoslo al azar. ¿Cómo es posible impartir a dicha construcción orden y majestuosidad? Eso sólo puede ser el resultado de un autoplagio, cometido al principio, y ese principio fue a su vez el más insensato de los actos habidos y por haber, ¿pues qué otra cosa puede hacerse cuando se está ante una hoja de papel blanco con una pluma en la mano, sin tener la más mínima idea de cómo llenarla? ¿Dibujos? ¡Qué va! Para eso hay que saber lo que se va a dibujar. ¿Y si no se ha pensado en nada? ¿Si se carece de toda imaginación? Pues al tocar el papel con la pluma, sin quererlo, se forma un punto. Y una vez puesto, ese punto crea, para un espíritu insensato acompañado de impotencia creadora, un modelo sugestivo, por cuanto fuera de él no hay nada en absoluto y porque con el menor esfuerzo ese modelo se presta a reproducirse al infinito. ¿Repetirlo? Pero ¿cómo? Los puntos pueden adornarse de alguna manera; ahora bien, ¿y si uno también es incapaz de hacer eso? No queda más que una cosa: sacudiendo esa pluma impotente, salpicar la hoja de papel de gotas de tinta, llenarla a ciegas de puntos.

Mientras decía esto, el anciano cogió una hoja de papel y, mojando su pluma, en el tintero, la sacudió varias veces encima de la hoja; seguidamente sacó de debajo de sus vestiduras un mapa celeste y enseñó al rey ambas cosas. La semejanza no podía ser mayor. En la hoja de papel se veían miles de puntos, pequeños y grandes, pues a veces la pluma estaba muy llena de tinta y otras menos. Y en el mapa, el cielo ofrecía el mismo aspecto. El rey se quedó mirando ambas hojas de papel y guardó silencio, mientras el sabio proseguía:

—Te han enseñado, señor, que el Universo es una construcción infinita y perfecta, majestuosa y cuajada de estrellas. Pero esa respetable, omnipresente y eterna construcción ¿acaso no es todo lo contrario de la razón y el orden? ¿Por qué nadie se dio cuenta hasta ahora? Pues muy sencillo: ¡porque en todas partes hay necios! Pero

esa universalidad se merece tanta más mofa y burla por cuanto el ridiculizarla es signo precursor del motín y la emancipación. Habría que escribir con ese espíritu un panfleto sobre el Universo, para que esa obra insensata suscitara risas irónicas en lugar de suspiros embelesados.

El rey Globaldo seguía escuchando, asombrado, mientras el anciano, tras un silencio, proseguía:

—La obligación de todo sabio hubiera debido ser la de redactar ese panfleto, pero entonces habrían tenido que señalar la causa primera que motivó la aparición de esa cosa merecedora de irónicas quejas que lleva el nombre de Universo. Y eso sucedió cuando el infinito aún estaba absolutamente vacío, en espera de la creación, un cosmos que brotó de la nada y al principio constaba sólo de unos pocos astros. Y fue precisamente tu antepasado Alegórico el que reinó sobre dichos astros. Por entonces, se le ocurrió una idea tan imposible como insensata: decidió suplantar a la Naturaleza en su obra infinitamente paciente y lenta. Decidió, en contra de la Naturaleza, crear un cosmos lleno de preciosas maravillas. Como él solo era incapaz de hacerlo, mandó construir una máquina inteligentísima para realizar la obra. Construyeron ese monstruo mecánico durante seiscientos años, pues por entonces el cálculo del tiempo era distinto a como hoy se efectúa. No ahorraron esfuerzos ni medios y la máquina alcanzó unas dimensiones y un poder casi ilimitados. Cuando estuvo lista, el usurpador de la Naturaleza mandó ponerla en marcha. Alegórico no presentía lo que iba a suceder, cegado por su ilimitado orgullo. La máquina era excesivamente grande y además su inteligencia, muy distante de las cumbres del entendimiento, estaba formada por un oscuro balbuceo de corrientes centrífugas, y de aquel caos supuestamente pensador, en el que con un esfuerzo tremendo una multitud de conceptos insuficientemente desarrollados se reducían a nada, de aquellas convulsiones, y luchas inútiles, sólo empezaron a salir hacia los obedientes subsistemas ejecutivos del coloso ¡unos signos de puntuación carentes de todo sentido! ¡Pues aquélla no era la más inteligente de las máquinas, no era ningún cosmocreador omnipotente, sino una irracional usurpación generadora de ruina, que sólo sabía balbucear puntos! ¿Qué ocurrió entonces? El rey, que estaba esperando que sus planes se confirmaran, que sus más audaces sueños se verificaran, se obstinó en su empeño, y nadie se atrevió a decirle que estaba dando origen al más insensato balbuceo, a una agonía mecánica que ya había nacido como una cosa agonizante. Pero los enormes mecanismos obedientes y sin vida del coloso estaban dispuestos a cumplir cada orden, y de toda la materia existente comenzaron a extraer lo que en el espacio tridimensional corresponde a un punto bidimensional: una esfera; y de esta manera siguieron repitiendo incesantemente la misma cosa, hasta que las llamas resultantes de la materia incandescente proyectaron a través del vacío unas bolas ardientes, y de ese balbuceo nació el cosmos. Así pues, tu antepasado, señor, fue el

creador del Universo y a la vez el autor de una estupidez cuya magnitud nadie será capaz de igualar. Eso es todo cuanto quería contarte, señor, descendiente de Alegórico, constructor de mundos.

Cuando el rey Globaldo despidió a sus sabios, colmados de su generosa clemencia y muy especialmente el anciano, que de un solo golpe había conseguido presentarle la mayor lisonja y el mayor insulto, uno de los jóvenes eruditos le preguntó si su relato era cierto.

—¿Qué puedo decirte? —contestó el anciano—. Cuanto he dicho no procede de la ciencia, pues ésta no se ocupa de los aspectos de la existencia de los que cabe reírse. La ciencia explica el mundo, pero sólo el arte puede conciliarse con él. ¿Qué sabemos del origen del cosmos? Es posible llenar un vacío tan inmenso de toda suerte de leyendas y mitos. Al recurrir a la mitología, solamente deseaba llegar a los límites de lo inverosímil y me parece que a ello me aproximé. Tú también lo sabes y lo que en verdad deseas preguntarme es si el cosmos es realmente ridículo... Pero a esa pregunta, cada cual ha de responder por sí mismo.

Leyenda del rey Murdano

A la muerte del buen rey Hilizandro, subió al trono su hijo Murdano. Sus súbditos lo lamentaron, pues el nuevo monarca era ambicioso y cruel. Se hizo llamar el Grande, y temía las corrientes de aire, a los espíritus y la cera, porque al encerer los pisos, uno puede resbalar y romperse una pierna. Odiaba también a los parientes que impiden gobernar sin interferencias, y sobre todo lo espantaban las profecías. Después de coronarse, inmediatamente mandó cerrar las puertas y no abrir las ventanas en todo el Estado, y ordenó destruir todas las máquinas adivinas, mientras que al inventor del aparato que alejaba a los fantasmas le condecoró y le dio una buena pensión. Este aparato funcionaba realmente bien, puesto que jamás vio a ningún fantasma.

Murdano no salía al jardín para no resfriarse y sólo paseaba por las salas del castillo real, que era muy espacioso. Pero cierto día, al pasear por los corredores y los pasillos, llegó a una antigua ala del palacio, donde nunca había estado hasta entonces. Se encontró en primer lugar con una sala, en la que estaba la guardia del cuerpo de su tatarabuelo, con su mecanismo de cuerda de los tiempos en que no se conocía la electricidad. En la segunda sala, se encontró con unos guerreros de vapor oxidados, pero nada tenían de especial y ya estaba dispuesto a volverse, cuando de pronto vio una pequeña puerta con una inscripción que decía: «No entrar». La puerta estaba cubierta de polvo y ni la hubiera tocado a no ser por aquella inscripción, que le enfureció.

«¿Será posible —pensó— que alguien se atreva a prohibirme algo?» No sin cierta dificultad abrió la puerta, que chirrió sobre sus goznes, y, tras bajar por una retorcida y angosta escalera, llegó a una sala abandonada. Allí encontró una máquina de cobre muy antigua, con ojos de rubíes y su llave puesta. El rey Murdano comprendió que se trataba de una máquina adivina, y de nuevo se irritó al ver que, en contra de sus órdenes, habían dejado aquel artefacto en el palacio. Se le ocurrió que, por una sola vez, bien podía probar a ver cómo emitía sus augurios aquel trasto. De manera que le dio a la llave y, como no funcionaba, golpeó la tapa con los dedos. La máquina jadeó roncamente, el mecanismo se calentó y los ojos de rubíes se clavaron en el rey, como bizqueando. Esa mirada le recordó al rey a su tío Cenandrio, hermano de su padre, que había sido su antiguo preceptor. Pensó que seguramente el tío había mandado construir así aquella máquina intencionadamente, pues de otra manera ¿por qué iba a bizquear?

La máquina, tartamudeando, comenzó a tocar lentamente una triste musiquilla, como si un enterrador armado con su pala estuviera golpeando una tumba de acero, y a través de la rendija de la tapa asomó una esquelita negra cubierta de una escritura amarillenta como los huesos de un esqueleto.

Murdano se impresionó, pero no pudo vencer su curiosidad. Agarró la esquila y corrió a sus aposentos. «Voy a echarle una simple ojeada», decidió, y así lo hizo. En la esquila decía lo siguiente:

*«Sonó la hora, la familia morirá,
el hermano de la hermana o el tío, o el primo de la prima,
todos caerán, llega el sobrino,
le toca al suegro, ya lo agarra el verdugo,
la tía con sus calumnias a las otras tías desgarras.
Ya marchan a la guerra, vaya, habrá jaleo.
Llegan las nietas, los suegros, y yo voy a enterrarlos.
Golpear a diestra y siniestra; aquí el tío, allá la tía.
Que el suegro reviente y la cabeza del yerno se abra.
Yace el yerno; cinco tumbas; cae el suegro: las tumbas son seis.
El tío abuelo, la tía abuela, el tío de los tíos, así ha de ser,
pues, aunque entrañables, los parientes de la tierra seguros están.
Sonó la hora, la hora de la familia;
al que le toque, que se arrastre.
Enterradlo como es debido, que siempre se esconde.
No lo entierres antes de la hora, sino cuando duerma.»*

El rey Murdano se espantó al leer esas palabras y se reprochó la ligereza con que había puesto en marcha la máquina adivina. Pero ya era demasiado tarde para arrepentirse; no tenía más remedio que actuar antes de que las cosas empeoraran, pues no dudaba del verdadero sentido de aquella profecía: sus parientes más cercanos, tal como venía sospechando desde hacía tiempo, le amenazaban.

En realidad, no se sabe exactamente cómo ocurrieron las cosas. En cualquier caso, muy pronto se sucedieron una serie de acontecimientos penosos, por no decir terribles. El rey mandó cortar la cabeza a todos sus familiares, salvo a su tío Cenandrio, que logró escapar en el último momento disfrazado de organillo; pero de nada le valió, pues al poco tiempo lo cazaron y su cabeza rodó bajo el hacha del verdugo. Sin embargo, esta vez Murdano pudo dictar sentencia con la conciencia tranquila, pues sorprendieron al tío conspirando contra el monarca.

Tras la terrible matanza, Murdano se vistió de luto de pies a cabeza; se había librado de un gran peso; pero, aunque aliviado, estaba muy triste, pues en el fondo no era tan malo ni cruel. El sereno luto del rey no duró mucho, pues pensó que tal vez le quedaran algunos parientes lejanos y desconocidos. Para mayor seguridad, hizo decapitar a toda una serie de presuntos familiares en todo el país, pero eso no lo tranquilizó en absoluto, pues todos los súbditos eran sospechosos, y como no puede haber un rey sin súbditos, hubiera tenido que matarlos a todos.

Se volvió tan receloso, que dio la orden de atarlo a su trono, y para que nadie lo destronara dormía con un gorro blindado y no dejaba de pensar en lo que había de hacer. Finalmente, hizo algo realmente extraordinario. Al parecer, le dio la idea un vendedor ambulante disfrazado de buhonero, pues hay distintas versiones al respecto. Un día el rey Murdano ordenó que se presentaran todos los constructores, electricistas, chapistas y montadores de la corte y les dijo que tenían que agrandar su persona, de tal manera que rebasara todos los horizontes.

Cumplieron las órdenes con una rapidez asombrosa, puesto que el director de la oficina de proyectos había sido nombrado superverdugo por el rey. Una multitud de electrorrobots y de constructores comenzaron a llenar el palacio de cordones y cables y bobinas, y tan pronto como el rey llenó con su cuerpo el palacio entero, de forma que se hallaba en todas sus dependencias a la vez, emprendieron la tarea en las casas vecinas. Al cabo de dos años, Murdano ya ocupaba todo el centro de la capital. Como quiera que las casas no bastaban y además resultaban incómodas, las derribaron y en los solares levantaron unos palacios electrónicos, denominados amplificadores de Murdano.

El rey siguió creciendo lentamente y sin tregua, llegando a alcanzar muchos pisos, perfectamente conectados y alimentados por sus propias subcentrales, hasta que invadió toda la capital, y comenzó a rebasar sus límites. Con todo ello, mejoró el humor del monarca; todos sus familiares ya habían desaparecido; no temía ni el aceite, ni las corrientes de aire, puesto que ya no necesitaba dar un solo paso, al estar presente en todas partes a la vez.

«El Estado soy yo», se decía no sin razón Murdano, pues con todas sus instalaciones y mecanismos eléctricos ocupaba enteramente las plazas y las avenidas. Ya nadie podía habitar en la capital del reino, salvo, naturalmente, los robots limpiadores reales y los robots de cabecera, que constantemente velaban por la mente del rey, visitando un edificio tras otro. Así fue extendiéndose, satisfecho, el rey por toda la periferia de la capital, creciendo cada vez más, tal como lo mandaban los augurios, metiéndose en todas partes, hasta el punto que su omnipresencia abarcaba todo el Estado.

A la caída de la noche, el rey gigante, iluminando las sombras crepusculares, lanzaba hacia el cielo los deslumbrantes destellos de su actividad mental, para luego ir apagándose lentamente al sumirse en un sueño reparador. Pero a ese sueño oscuro de las primeras horas de la noche sucedían unos violentos resplandores y centelleos que rasgaban la noche, indicando que el rey comenzaba a tener un sueño agitado. A través de todos los edificios iban corriendo unos tormentosos relámpagos, hasta que en medio de las tinieblas se iluminaban las ventanas y todas las calles brillaban de una luz roja y morada, mientras los robots de cabecera, corriendo por las aceras desiertas, husmeando el olor a cables quemados del rey y mirando a través de las

ventanas donde se veían los destellos, murmuraban entre sí:

—¡Vaya, Murdano debe de tener una pesadilla!

Cierta noche, tras una jornada especialmente laboriosa, durante la cual el rey estuvo pensando en un nuevo tipo de condecoraciones con las que adornarse, soñó que su tío Cenandrio, aprovechando la oscuridad, se había metido en la capital, oculto bajo una capa negra, y andaba por las calles en busca de cómplices para su conjuración. Llegó a un sótano, que estaba lleno de esbirros enmascarados, y era tal su número y con tanta fuerza gritaban pidiendo la cabeza de Murdano, que éste se despertó todo sudoroso y lleno de terror. El alba ya despuntaba y el rey pensó:

«¡Qué pesadilla!», y volvió a pensar en sus condecoraciones, mientras las que había ideado el día anterior se las colgaban en las terrazas y los balcones. Cuando al cabo de su atareada jornada se fue a descansar, apenas si dormitaba y ya tuvo la visión de la conjura en pleno auge. Y cuando Murdano despertó de su sueño, no lo hizo totalmente, pues el centro de la capital, en el que se desarrollaba aquella pesadilla antiestatal, siguió dormido y sujeto a la terrible visión.

En el sueño de Murdano, su tío hacía entrar en la conjura a todos sus parientes. Todos se presentaron haciendo chirriar sus bisagras, y hasta aquellos que carecían de las piezas y mecanismos necesarios empuñaban la espada en contra del legítimo gobernante. Reinaba una gran confusión. Una multitud de enmascarados repetían en voz baja consignas subversivas; en los sótanos y los pasadizos ya habían confeccionado las negras banderas de la revuelta; por doquier destilaban venenos, afilaban hachas, preparaban alambres tóxicos y todos se disponían a ajustarle las cuentas al odiado Murdano, que, lleno de terror, se despertó temblando y quería llamar a la Puerta Amarilla de la Boca del Rey a todas sus fuerzas para auxiliarlo y aniquilar a los sublevados, pero de pronto pensó que no serviría de nada, pues el ejército no puede entrar en un sueño, y por consiguiente no podía aplastar la conjuración. Así que durante un buen rato trató de despertar él mismo las cuatro millas cuadradas de su ser, que seguían soñando con el complot, pero en vano.

Sin embargo, como estaba despierto no lograba penetrar en las zonas rebeldes, lo cual no es extraño, pues la vigilia no puede introducirse en las profundidades del sueño, a donde solamente pueden llegar otros sueños. El rey se dio cuenta de que ante aquella situación lo mejor sería dormirse y soñar un contrasueño, pero no cualquiera, sino, evidentemente, un sueño monárquico y leal a su persona, con banderas desplegadas; en suma, un sueño adicto al trono, capaz de borrar en el acto aquellas pesadillas usurpadoras.

Pero Murdano no conseguía conciliar el sueño del miedo que lo atenazaba; entonces empezó a contar piedrecitas mentalmente, hasta que se durmió. Pero entonces ocurrió que el sueño encabezado por su tío no solamente se desarrollaba en los barrios centrales, sino que comenzaba a extenderse incluso a los arsenales, llenos

de bombas y proyectiles. Y el propio Murdano, por mucho que se esforzara, apenas si lograba soñar una sola compañía de caballería y además ligera, indisciplinada y armada tan sólo de cacharros.

«No hay nada que hacer —pensó el rey—; la cosa no me ha salido bien y no tengo más remedio que volver a empezar.»

Así que trató de despertarse; lo consiguió a duras penas; por fin se despertó de veras, pero entonces fue presa de terribles sospechas. ¿Es que realmente estaba de nuevo en vela, o bien seguía sumido en otro sueño, que sólo era la falsa apariencia de la vigilia? ¿Qué podía hacer ante tal situación, ante tal embrollo? ¿Soñar o no soñar? ¡He ahí el dilema!

«Supongamos que ahora no esté soñando —pensó Murdano— y no corra peligro, puesto que en la realidad no puede haber ninguna conjuración. Eso sería estupendo: en tal caso ese sueño regicida seguiría él solo y llegaría a su fin, hasta que, con su pleno despertar, la majestad recobre su legítima homogeneidad. Muy bien. Pero si me mantengo tranquilamente desvelado, y luego resulta que esta supuesta vela en realidad no es sino otro sueño, vecino de aquél, o sea el del tío, es muy probable que se produzca una catástrofe. Esos malditos regicidas encabezados por el asqueroso Cenandrio pueden trasladarse de aquel sueño a éste, que se parece a la vigilia para quitarme el trono y la vida.

»Desde luego —siguió pensando Murdano—, la usurpación sólo puede verificarse en el sueño, pero si la conjura se extiende a toda mi real persona, entonces nunca más volveré a despertarme, y en ese caso, ¿qué pasará? En tal caso, quedaría alejado para siempre del estado de vigilia y mi tío haría de mí lo que le diera la gana. Me torturará, me ultrajará... por no hablar de las tías, que recuerdo perfectamente hasta dónde son capaces de llegar. Pues volverían a ser lo que eran en ese sueño espantoso. Además, ¿a qué viene hablar de sueños? El sueño solamente puede existir donde existe también la vigilia, a cuyo estado es posible volver, pero donde no la hay, donde no hay otra cosa más que el sueño, allí donde es la única realidad, o sea el estado de vela... ¡Maldición! Todo se confunde a través de esta fatal personalidad excesiva, a través de esta expansión mental. ¡Lo que me faltaba!»

Desesperado, viendo que la inacción lo iba a perder y que la única salvación estaba en su inmediata movilización psíquica, Murdano pensó:

«He de actuar, necesariamente, como si estuviera soñando. He de soñar multitudes de súbditos llenos de cariño y entusiasmo, ejércitos leales a mi persona, muriendo con mi nombre en los labios, fuertemente armados; y también sería bueno imaginar rápidamente algún arma maravillosa, puesto que todo es posible en los sueños, algo así como un medio para acabar con los parientes, algún cañón antitío o cosa parecida, y así estaré preparado para cualquier sorpresa, y si la conjuración se presenta, arrastrándome astutamente de sueño en sueño, la aplastaré.»

Suspiró el rey Murdano por todas las avenidas y plazas de su cuerpo, pues el asunto era de lo más complicado, y se puso a actuar, es decir, a dormirse. En su sueño habían de surgir unos escuadrones de acero cuadrangulares, encabezados por venerables generales y multitudes aplaudiendo y lanzando vivas en medio del sonido de los clarines, pero solamente apareció un pequeño tornillo, lo que se dice nada de nada: un tornillo de lo más ordinario, con la cabeza un poco mellada. ¿Qué hacer con él? Murdano estuvo cavilando; sintió de pronto cierta inquietud, que fue incrementándose hasta transformarse en angustia y luego en espanto, al ocurrírsele que «tornillo» podía rimar con «muertecillo»...

El rey se estremeció. Por consiguiente, se trataba del símbolo de la decadencia, la descomposición y la muerte, y la conjuración de sus familiares, llegaría infaliblemente, sigilosamente, arrastrándose por los subterráneos, excavando el otro sueño para meterse en éste, y él caería en la trampa. Así que lo amenazaba su fin... ¡La muerte! ¡La destrucción! ¿Pero, por qué, de qué manera? ¿Por dónde llegaría?

Refulgieron los millares de edificios personales, se estremecieron las subcentrales de Su Majestad, cargadas de condecoraciones, que se balanceaban rítmicamente al viento nocturno, tal era el espanto que atenazaba al rey Murdano ante aquel soñado símbolo de su caída. Por fin se desvaneció la pesadilla y se sintió tan perfectamente como si nunca la hubiera tenido. Y estuvo reflexionando si realmente estaba despierto o sumido en otro sueño. Parecía estar en vela, pero ¿cómo cerciorarse? A lo mejor ya había terminado de soñar con el tío y no había por qué preocuparse. Muy bien, pero ¿cómo asegurarse? No había más solución que la de autoespíarse, hacerse pasar por un insurrecto y hurgar incesantemente en su propio cuerpo, en su gigantesca persona, en su ser-Estado y nunca más dormiría tranquilo, puesto que siempre tendría que estar dispuesto a actuar por cuanto la conjuración podía anidar en algún rincón oscuro de su gigantesca personalidad.

En ese caso tendría que soñar con fieles vasallos y delegaciones multitudinarias, con un espíritu de resplandeciente legalidad, atacando a fondo todos los abismos, las oscuridades y rincones de su personal para que ninguna intentona ni ningún tío pueda esconderse en ellos. Y rodeado por el ruido regocijante de las banderas, del tío no quedaría ni rastro, los parientes también desaparecerían y en torno al rey sólo habría fidelidad y palabras de gratitud e incesante homenaje.

Murdano ya veía los escudos de armas y los tapices en ventanas y balcones, y los cañones disparando salvas y los cornetas llevándose a los labios las trompetas de bronce. Sin embargo, al fijarse en las cosas, se dio cuenta de que algo no cuadraba; estatuas, sí, había muchas, pero muy poco parecidas a él, con la cara deformada y la mirada bizca del tío. Ciertamente, las banderas ondeaban, pero con los lazos muy pequeños, casi imperceptibles y casi negros; y si no negros, en todo caso sucios o mancillados. ¿Qué significaba todo esto? ¿Acaso una nueva alusión?

«¡Maldición! ¡Esos colgajos estaban totalmente raspados, casi sin pelo, y el tío, el tío estaba calvo!... ¡Eso no puede ser! ¡Atrás! ¡Despierta, despierta!», pensaba Murdano.

«¡Que toquen diana, sacadme de este sueño!», gritó; pero cuando la pesadilla se desvaneció, las cosas no mejoraron, pues el rey fue pasando de un sueño a otro ligado con el anterior, las banderas reales se volvían negras; las condecoraciones parecían meros colgajos; de las trompetas doradas no salían aires marciales, sino las carcajadas del tío, como un trueno, exigiendo su derrocamiento.

El rey Murdano gritaba pidiendo la ayuda de su ejército para que lo despertasen. «¡Pellizcadme!», rugía, y de nuevo gritaba que lo sacaran de su pesadilla, pero en vano... Pues sumido nuevamente en su ensueño regicida, los conjurados se lanzaban hacia el trono; multiplicándose, corrían como ratas, y la pesadilla iba extendiéndose, sigilosa y rápidamente, no se sabe cómo, pero del modo más espantoso.

El edificio de cien pisos de la central electrónica soñaba con tornillos y cadáveres, con cables y venenos; en cada condensador el tío reía sarcásticamente; se estremecieron los edificios de espanto, aterrados de sí mismos, surgiendo de ellos cien mil parientes intrigantes y pretendientes al trono, pérfidos bastardos, usurpadores bizcos, y aunque ninguna sabía si era una criatura soñada o soñadora, con la que se sueña, por qué motivo y con qué resultado, todos sin excepción clamaban en contra del rey. Murdano, pidiendo su cabeza, ansiosos de echarle del trono, colgarlo del campanario, matarlo de una vez, hacerlo pedazos y muchas más cosas, y nada hicieron de buenas a primeras, porque no se pudieron poner de acuerdo sobre cómo comenzar.

Y de esta manera los fantasmas siguieron hostigando la mente del rey, hasta que surgieron las llamas, provocadas por la sobretensión. Y ya no eran unas llamas soñadas, sino el más verdadero de los fuegos el que centelleaba en las ventanas de la persona real, y el rey Murdano se deshizo en cien mil sueños, que nada podía unificar ya, a no ser el incendio, que ardió durante mucho tiempo...

El príncipe Ferriciano y la princesa Cristalia

El rey Pancérico tenía una hija más hermosa que todas las joyas; los destellos de sus radiantes mejillas obnubilaban la mente y la vista, y cuando la princesa pasaba por algún lugar las chispas eléctricas salían hasta del hierro común, y la noticia de su belleza sin par se había extendido hasta las más lejanas estrellas. Ferriciano, el heredero del trono iónico, que había oído hablar de ella, ansiaba desposar a la hermosa hija del rey Pancérico. Al comunicárselo a su padre, éste le dijo con tristeza:

—Hijo mío, tus deseos no pueden ser más insensatos, y jamás se cumplirán.

—¿Por qué, padre mío? —preguntó Ferriciano.

—¿No sabes —dijo el rey— que la princesa Cristalia ha prometido que sólo se unirá a un paliducho?

—¿Un paliducho? —exclamó Ferriciano—. ¿Qué es eso? ¡Nunca oí hablar de esas criaturas!

—Escúchame bien, hijo mío. Has de saber que esa raza galáctica apareció de un modo tan misterioso como obscuro, cuando los cuerpos azules comenzaron a corromperse. Dentro de esos cuerpos aparecieron unos vapores y unas decocciones frías y húmedas de las que nació la familia de los paliduchos o macilentos, pero no enseguida. Al principio no eran más que una especie de mohos reptadores; posteriormente, pasaron del océano a la tierra y vivían devorándose entre sí, y cuanto más se devoraban, más numerosos se volvían; un día se enderezaron y extendieron su pegajosa naturaleza sobre unas estructuras de cal y construyeron unas máquinas. De esas máquinas nacieron unos aparatos pensantes, que a su vez dieron vida a unos ingenios inteligentes, que por fin imaginaron unas máquinas perfectas, pues el átomo, al igual que la Galaxia, es una máquina y nada hay fuera de la máquina, por cuanto es eterna.

—¡Amén! —añadió maquinalmente Ferriciano, pues se trataba de una fórmula religiosa muy usual.

—La familia de los paliduchos se elevó finalmente al cielo sobre unas máquinas —prosiguió el anciano rey— sin respetar los metales preciosos y mostrándose cruel con la dulce electricidad y depravando la energía del núcleo. Sin embargo, acabaron pasándose de la raya, y nuestro antepasado el Gran Calculador Genetoforio empezó a decirles a aquellos gigantes pegajosos que se comportaban vergonzosamente al manchar la inocencia del raciocinio cristalino al implicarlo en sus viles problemas, utilizando las máquinas a su antojo; pero no siguieron los consejos de nuestro ancestro. Él les hablaba de ética y ellos replicaban que estaba mal programado. Entonces, nuestro antepasado creó el algoritmo de la incorporación eléctrica y con grandes dificultades concibió nuestra raza. Así consiguió que escaparan las máquinas

que los paliduchos tenían cautivas. De manera que, como comprenderás, hijo mío, entre ellos y nosotros no puede existir ningún acuerdo o unión. Nosotros actuamos tintineando, emitiendo chispas y destellos, mientras que ellos farfullan, ensucian y gotean. Sin embargo, incluso entre nosotros puede darse la locura; penetró en el espíritu de Cristalia cuando era joven y alteró su capacidad de distinguir entre el bien y el mal. Desde entonces, los que aspiran a su mano deslumbrante, solamente pueden presentarse ante ella si dicen que son paliduchos. Los recibe en el palacio que le regaló su padre; comprueba la veracidad de sus palabras, y si descubre que miente, manda decapitar al pretendiente. Alrededor del palacio la tierra está cubierta de osamenta aplastada, cuya sola visión puede paralizar los circuitos del más valiente, pues tal es el espantoso truco utilizado por esa loca contra los que se atreven a pensar en ella. Renuncia a tu idea, hijo mío, y retírate en paz.

El príncipe saludó respetuosamente a su padre y señor y se marchó en silencio, pero seguía pensando en Cristalia, y cuanto más pensaba en ella, más la deseaba.

Un día mandó llamar al Gran Afinador Real, Polifacies, y tras revelarle la pasión que le consumía, le dijo:

—¡Gran sabio, si tú no me ayudas, nadie lo hará; entonces mis días estarán contados, pues ni la brillantez de las emisiones rojas, ni las danzas ultravioletas me alegran, y moriré si no me uno a la bella Cristalia!

—Príncipe —dijo Polifacies—, no desoiré tu deseo, pero has de expresarlo tres veces seguidas, para que esté seguro de que ésa es tu inflexible voluntad.

Ferriciano repitió tres veces sus palabras y Polifacies dijo:

—Señor, sólo hay una manera de que puedas presentarte ante la princesa, y es disfrazándote de paliducho.

—Entonces conviérteme en un paliducho —exclamó Ferriciano. Polifacies, consciente de que el amor nublaba la mente del joven príncipe, se inclinó ante él y fue a su laboratorio, donde se puso a preparar unas colas pegajosas y unos líquidos muy fluidos. Seguidamente, mandó a un servidor al palacio real.

—Dile al príncipe que venga, si no ha cambiado de opinión.

Ferriciano acudió en el acto. El sabio Polifacies le embadurnó el duro cuerpo con barro y le preguntó:

—¿Debo seguir, príncipe?

—¡Haz lo que tienes que hacer! —contestó Ferriciano. Entonces, el sabio agarró una mezcla de aceites impuros, de polvo sucio y de grasas pegajosas, extraídas de las entrañas de las máquinas más viejas, y con esa mezcla recubrió el pecho del príncipe, pegándosela asquerosamente en su rostro brillante y su frente luminosa; la operación duró largo rato, hasta que los miembros de Ferriciano dejaron de emitir ese sonido tan agradable y semejaron una charca desecada. Seguidamente, Polifacies cogió un pedazo de tiza, la trituyó y la mezcló con unos rubíes pulverizados y un aceite

amarillo, elaborando una segunda pomada; con ella untó a Ferriciano de pies a cabeza, dando a sus ojos una humedad repugnante y a su pecho la forma de un cojín; le hinchó las mejillas y por todo el cuerpo le colgó unas franjas y unos colgajos elaborados con una pasta gredosa; y, finalmente, le pegó encima de la noble cabeza un mechón de cabello de color de la herrumbre y lo llevó ante un espejo plateado.

Ferriciano se miró en el espejo y se estremeció, pues en lugar de verse a sí mismo, se hallaba ante un monstruo de pesadilla, un auténtico paliducho, de mirada húmeda como una telaraña bajo la lluvia, lleno de pliegues y colgajos, con un mechón de color orín encima de la cabeza; en una palabra, una repugnante criatura viscosa; cuando se movió, el cuerpo le tembló como una jalea podrida, y gritó, estremeciéndose de horror:

—¿Te has vuelto loco? ¡Quítame enseguida ese barro negro de debajo y el blanco de encima, y ese mechón herrumbroso con el que has mancillado mi vibrante cabeza; de lo contrario, la princesa sentirá repugnancia al verme con este horrible aspecto!

—Te equivocas, príncipe —replicó Polifacies—. En eso radica precisamente su locura: en el horror ve la belleza, y viceversa. Solamente bajo esta apariencia conseguirás llegar hasta la princesa Cristalia.

—¡Que así sea! —dijo Ferriciano.

El sabio mezcló un poco de cinabrio con mercurio y con esa mezcla llenó cuatro vejigas que escondió bajo la ropa del príncipe. Cogió unos fuelles, los llenó de aire corrompido tomado en una vieja mazmorra y los escondió en el pecho del príncipe; llenó de agua estancada seis tubos de cristal, le colocó dos debajo de los brazos, otros dos en las mangas y los restantes en los ojos, y dijo:

—Escúchame bien y recuerda lo que te voy a decir; de lo contrario, morirás. La princesa te pondrá a prueba para cerciorarse de tu autenticidad. Si saca una espada desnuda y te manda agarrarla, apretarás discretamente la vejiga de cinabrio para que la materia roja chorree sobre su filo, y cuando la princesa te pregunte qué es, tú le contestas: «¡Es sangre!». Seguidamente, la princesa acercará el rostro y tú te oprimirás el pecho para que el aire salga de los fuelles; te preguntará qué es esa brisa y tú le dirás: «¡El aliento!». Entonces la princesa fingirá irritarse mucho y mandará que te decapiten. Agacharás la cabeza en señal de humildad y el agua chorreará de tus ojos, y cuando pregunte qué es, tú le contestarás: «¡Son lágrimas!». Entonces es posible que acepte unirse contigo, pero eso no es seguro; lo más probable es que mueras.

—¡Oh, sabio Polifacies! —exclamó Ferriciano—. Si me somete a un interrogatorio y quiere enterarse de cuáles son las costumbres de los paliduchos, de cómo nacen, cómo aman y cómo viven, ¿de qué forma he de contestar?

—No queda más remedio —contestó Polifacies— que unir tu suerte a la mía. Me disfrazaré de mercader de otra galaxia, la no espiral es la mejor, puesto que sus

habitantes son gordos y tendré que esconder debajo de mis ropajes toda una serie de libros que consignan las horribles costumbres de los paliduchos. Aunque quisiera, no podría enseñártelas, por ser dichas costumbres contrarias a la naturaleza, pues todo lo hacen al revés, de una forma pegajosa, sucia y repugnante. Copiaré las obras necesarias y tú has de ordenarle al sastre real que te confeccione un traje de paliducho con ciertas fibras y tejidos, puesto que pronto habremos de marchar. Adondequiera que vayamos, yo siempre estaré a tu lado, pues has de saber qué hacer y qué decir.

Ferriciano, muy animado, encargó una vestimenta de paliducho, que mucho le asombró, pues le cubría casi todo el cuerpo, con una especie de tubos, unas soldaduras de gruesos botones, unos ganchos y unas válvulas y unos cordeles; el sastre tuvo que prepararle unas instrucciones especiales y bastante largas acerca de lo que tendría que ponerse primero y de qué manera, dónde y a qué sujetarlo y cómo quitarse todos aquellos tejidos y collares, llegado el momento.

Polifacies se puso una indumentaria de mercader, escondió discretamente en su interior unos gruesos volúmenes sobre el modo de comportarse de los paliduchos; mandó construir una gran jaula de hierro, encerró en ella a Ferriciano y los dos se marcharon en una nave real. Al llegar a las fronteras del reino de Auransio, el sabio disfrazado de mercader fue al mercado local y anunció que traía de un lejano país a un joven paliducho y que estaba dispuesto a venderlo a quien lo quisiera. Los servidores de la princesa le llevaron la noticia; muy extrañada, les dijo:

—No puede ser más que un truco, pero ese mercader no me engañará, pues nadie conoce a los paliduchos tan bien como yo. Decidle que venga al palacio para enseñármelo.

Los servidores condujeron ante la princesa al mercader y la jaula, cargada por unos esclavos; dentro de la jaula estaba sentado un paliducho cuyo rostro tenía un color de tiza mezclada con pirita; en los ojos tenía un brillo de moho húmedo y sus miembros estaban sucios de barro. Ferriciano miró a la princesa y contempló su rostro, que parecía encantador, pues sus ojos brillaban como una pila que se descarga lentamente, y el corazón del príncipe latió locamente.

«En verdad —pensó la princesa—, se parece mucho a un paliducho», pero dijo en voz alta:

—No debió de ser fácil, anciano, formar con barro esta imitación, cubrirla con polvos de cal para engañarme; pero has de saber que conozco todos los secretos de la raza de los poderosos paliduchos, y tan pronto como descubra tu trampa te mandaré decapitar y al otro también.

El sabio replicó:

—Princesa Cristalia, el que ves en la jaula es un auténtico paliducho; se lo compré por cinco hectáreas de campos a unos piratas estelares, y si tal es tu voluntad te lo regalo, puesto que no tengo más deseo que el de alegrar tu corazón.

La princesa ordenó que le trajeran una espada, y la introdujo en la jaula a través de los barrotes. El príncipe agarró el filo de la espada y, al cortar su vestido, reventó la vejiga y el cinabrio se extendió sobre la espada y la manchó de un fluido rojizo.

—¿Qué es eso? —preguntó la princesa.

Y Ferriciano contestó:

—¡Sangre!

Entonces, la princesa mandó abrir la jaula, entró en ella sin miedo y acercó su rostro al de Ferriciano; la proximidad de sus mejillas lo obnubilaba, pero el sabio le hizo una señal y el príncipe apretó los fuelles, de los cuales salió el aire comprimido; entonces, la princesa le preguntó:

—¿Qué es esa brisa?

Ferriciano respondió:

—¡Mi aliento!

—En verdad eres un farsante muy hábil —dijo la princesa al mercader al salir de la jaula—, pero me has engañado y vas a morir junto con tu imitación.

Al oír esas palabras el sabio agachó la cabeza, como espantado y lleno de pena; el príncipe lo imitó y de sus ojos salieron unas gotas transparentes. La princesa preguntó:

—¿Qué es eso?

Y Ferriciano contestó:

—¡Lágrimas!

Entonces, Cristalia preguntó:

—¿Cómo te llamas realmente, tú a quien designan como un paliducho llegado de países lejanos?

—Oh, princesa, me llamó Miamlak y sólo deseo unirme a ti de una forma suave, pastosa y acuosa, como es costumbre entre los de mi raza —contestó Ferriciano, pues ésas eran las palabras que Polifacies le había enseñado—. Dejé que los piratas me capturasen expresamente, para que me vendieran a este mercader que se dirigía hacia tu país. Le estoy muy agradecido a este ser de hojalata que me trajo hasta aquí; estoy lleno de amor por ti; igual que el charco está lleno de barro.

La princesa se extrañó al ver que se expresaba realmente como un paliducho y dijo:

—Dime, tú, que afirmas llamarte Miamlak, ¿qué hacéis los de tu raza durante el día?

—Oh, princesa —respondió Ferriciano—, por la mañana nos metemos en agua limpia y remojaamos nuestros miembros, y también nos metemos agua en el interior, porque nos gusta. Seguidamente, vamos de un lado a otro, de una forma ondulante y deslizante, hacemos chasquear la lengua y cuando algo nos entristece temblamos y de nuestros ojos sale agua salada; cuando nos alegramos, hipamos y nos estremecemos,

pero nuestros ojos permanecen secos. Los gritos húmedos llevan el nombre de lloros, y los secos de risas.

—Si, como lo dices, compartes con tus hermanos la pasión por el agua —dijo la princesa—, voy a mandar que te metan en mi aljibe para que te hartes, y haré que te aten plomo a los pies para que no salgas demasiado pronto...

—Oh, princesa, si lo haces —dijo Ferriciano siguiendo las instrucciones del sabio—, moriré, porque pese a llevar agua dentro de nosotros, no podemos estar sumergidos en ella más que un instante, porque entonces pronunciamos las últimas palabras, o sea, «glu, glu, glu», que son unos sonidos con los que nos despedimos de la vida.

—Dime, Miamlak, ¿cómo consigues la energía necesaria para moverte? ¿Chasqueando la lengua, balanceándote y dominando como dueño y señor aquí y allá? —preguntó la princesa.

—Princesa, además de los paliduchos poco peludos, existen otros que andan a cuatro patas, que llenamos de agujeros hasta que mueren; escaldamos sus cadáveres, los pesamos, cortamos y trituramos y luego rellenamos nuestro cuerpo con el suyo; conocemos trescientas setenta y siete formas de matar y veintiocho mil quinientas noventa y siete de preparar los cadáveres para que la introducción de sus cuerpos en los nuestros por cierto pequeño orificio llamado boca nos cause gran placer, y el arte de preparar los cadáveres es aún más famoso que la astronáutica y lleva el nombre de gastronáutica o gastronomía; sin embargo, la astronomía nada tiene que ver con ella.

—¿Acaso eso significa que jugáis a convertiros en cementerios, al hacer de sepulturas para vuestros hermanos cuadrúpedos? —preguntó la princesa; a lo cual contestó Ferriciano, instruido por el sabio:

—Oh, princesa, no se trata de un juego, sino de una necesidad, por cuanto la vida se nutre, y de la necesidad hemos hecho un arte.

—Y dime, paliducho Miamlak, ¿cómo construís vuestra descendencia? —preguntó la princesa.

—No la construimos, sino que la programamos con un método estadístico, basado en el proceso de Markowskim es decir, cariñosamente, aunque probabilísticamente; lo hacemos de acuerdo con las circunstancias, a la vez que vamos pensando en toda clase de cosas, salvo en la programación estadística, unilateral y algo rítmica; sin embargo, la programación se establece ella sola en ese momento, independientemente de nosotros y en forma totalmente automática, pues estamos hechos de tal manera que cada paliducho intenta programar su descendencia, dado que eso le causa placer; pero programa sin programar, y los hay que hacen cuanto pueden para que dicha programación no dé ningún resultado.

—Es muy raro —dijo la princesa, cuyos conocimientos eran menos concretos que los del sabio Polifacies—. ¿Entonces cómo hacéis?

—Oh, princesa, tenemos los correspondientes aparatos, contruidos sobre el principio del acoplamiento, aunque todo está dentro del agua; desde el punto de vista técnico, esos aparatos son un verdadero milagro, pues cualquier imbécil puede utilizarlos; sin embargo, para explicarte con detalle los métodos que empleamos necesitaría mucho tiempo, porque la cosa no es tan sencilla. No deja de ser curioso si se tiene en cuenta que no hemos imaginado esos métodos nosotros mismos, pues, para ser más concretos, dichos métodos se hicieron solos; son muy agradables y nada tenemos en contra.

—¡Realmente eres un paliducho! —exclamó Cristalia—. Lo que dices parece tener sentido, pero en el fondo no tiene ninguno, es inverosímil, y, sin embargo, cierto, aunque lógicamente contradictorio. ¿Cómo se puede ser cementerio sin serlo, o programar el futuro sin programarlo? Sí, eres un paliducho, Miamlak; así que si lo deseas me uniré a ti en matrimonio y subirás al trono conmigo, si logras salir airoso de la última prueba.

—¿Qué prueba? —preguntó Ferriciano.

—Esa prueba... —empezó la princesa, pero de pronto sintió una duda en el corazón y preguntó—: Dime antes ¿qué hacen tus hermanos por la noche?

—Por la noche están acostados con los brazos doblados y las piernas encogidas; el aire entra y sale de ellos con un ruido estridente, como si alguien afilara una sierra oxidada.

—Ésta es la prueba: ¡Dame tu mano! —ordenó la princesa.

Ferriciano le tendió la mano y ella se la apretó; gritó como le había dicho Polifacies que lo hiciera. Cristalia le preguntó por qué gritaba.

—¡De dolor! —contestó Ferriciano. Entonces, la primera creyó realmente que era un paliducho y mandó iniciar los preparativos para la boda.

Pero en ese preciso momento llegaba la nave a bordo de la cual el elector de la princesa, el ciberconde Cyberhaz, había marchado a buscar un paliducho para Cristalia, pensando granjearse sus favores de ese modo. El sabio Polifacies, asustado, le dijo a Ferriciano:

—Príncipe, el ciberconde Cyberhaz acaba de llegar en la nave de la nada y le ha traído a la princesa un auténtico paliducho, que mis ojos han visto perfectamente; hemos de escapar cuanto antes, porque sería inútil seguir fingiendo; si os ve la princesa juntos, se dará cuenta de que la viscosidad del otro es más pegajosa, su vellosidad más peluda, su cabeza inimitable, de manera que descubrirán nuestro truco y moriremos...

Ferriciano se negó a huir, pues sentía un gran amor por la princesa y dijo:

—¡Antes morir que perderla!

Pero Cyberhaz, que acababa de enterarse de los preparativos de la boda, se escondió sigilosamente bajo la ventana de la habitación en la que el presunto

paliducho se encontraba con el mercader, y al escuchar su conversación, corrió al palacio lleno de perversa alegría. Se presentó ante Cristalia y le dijo:

—¡Princesa, te han engañado, pues ese Miamlak en realidad no es más que un simple mortal y no un paliducho; el verdadero es éste!

Y el ciberconde le enseñó el que había traído. El paliducho infló su torso peludo, enarcó sus ojos acuosos y manifestó:

—¡El paliducho soy yo!

La princesa mandó a Ferriciano que se presentara inmediatamente; cuando estuvo ante ella junto al otro, la superchería del sabio de nada valió, pues aunque cubierto de barro, de polvo y de tiza, aunque embadurnado de aceite húmedo, Ferriciano no podía disimular su talle eléctrico ni su prestancia, la anchura de sus hombros de acero y su andar resonante. En cambio, el paliducho del ciberconde Cyberhaz tenía realmente un aspecto miserable; cada uno de sus pasos semejaba al transvase del barro de una cuba, su mirada era como la de un pozo enlodado, su aliento corrompido empañaba los espejos.

La princesa comprendió en su corazón que aquel paliducho le era odioso; cuando hablaba parecía como si un gusano rojo se arrastrara por su garganta. Cristalia vio las cosas claras, pero su orgullo le impedía mostrar qué sentía en su corazón. Entonces dijo:

—Que ambos peleen; el vencedor me tendrá por esposa.

Ferriciano le dijo al sabio:

—Sabio Polifacies, si me lanzo sobre esa criatura y la convierto en el barro del que ha nacido, la superchería quedará al descubierto, caerá la arcilla que me cubre y aparecerá el acero; ¿qué puedo hacer?

—Príncipe —contestó Polifacies—, no ataques, defiéndete solamente.

Fueron llevados al patio del palacio, con una espada cada uno; el paliducho se lanzó contra Ferriciano como puede lanzarse el barro enlodado; danzaba alrededor del príncipe, murmurando, agachándose y jadeando; tomó impulso, blandiendo su espada, que cortó la arcilla que cubría a Ferriciano; el acero hizo saltar la espada del paliducho, que, arrastrado por su propio impulso, cayó sobre el príncipe, estalló y se desparramó. Pero la arcilla seca que la espada de su enemigo había cortado cayó de los hombros de Ferriciano, y su verdadera naturaleza de acero apareció a los ojos de la princesa; el príncipe se estremeció, esperando su muerte, pero en la mirada cristalina de la princesa percibió un sentimiento de admiración y entonces comprendió que su corazón había cambiado.

Los dos se unieron con los lazos del matrimonio en un acoplamiento duradero. Reinaron felices durante muchos años y programaron una numerosa descendencia. La piel del paliducho traído por el ciberconde Cyberhaz fue rellena de paja y expuesta en el Museo del Reino como eterno recuerdo. Aún está allí, cubierta de unos cuantos

pelos y manchada de blanco; ciertos sabios afirman que se trata de un falso paliducho, por cuanto los paliduchos-cementerios de nariz pastosa y ojos viscosos no existen y jamás existieron. Quién sabe: quizás no sea más que falta de imaginación. ¿Acaso no son numerosos los mitos y los cuentos difundidos por el pueblo? Si esta historia no es verdadera, ¿acaso no encierra una enseñanza? Y puesto que es divertida, merece ser contada.

Cómo se salvó el mundo

En cierta ocasión, el constructor Trurl fabricó una máquina que sabía hacer todas las cosas cuyo nombre empezaba con la letra *ene*. Cuando ya la tuvo lista, le ordenó, para probarla, que fabricara unas navajas, que las metiera en neceseres de nácar y que las tirara en una nansa rodeada de neblina y llena de nenúfares, nécoras y nísperos. La máquina cumplió el encargo sin titubear, pero Trurl, todavía no del todo seguro de su funcionamiento, le dio la orden de fabricar sucesivamente nimbos, natillas, neutrones, néctares, narices, narigueras, ninfas y natrium. La máquina no supo hacer esto último y Trurl, muy disgustado, le exigió una explicación de ese fallo.

—No sé de qué se trata —se justificó la máquina—. Nunca he oído esa palabra.

—¿Qué dices? ¡Pero si es sodio! Un metal, un elemento...

—Si se llama sodio, empieza con *s* y yo sólo sé hacer lo que empieza con *n*.

—Pero en latín se llama *natrium*.

—Amigo Trurl —dijo la máquina—, si yo supiese hacer todas las cosas que empiezan con *n* en todas las lenguas posibles, sería una Máquina Que Lo Sabe Hacer Todo en El Alfabeto Entero, porque no hay cosa cuyo nombre no empiece con *n* en alguna de las lenguas del mundo. ¡Hasta aquí podríamos llegar! ¡No puedo ser más sabia de lo que tú mismo habías programado! Del sodio, ni hablar.

—Está bien —accedió Trurl, y le mandó hacer una nebulosa. La hizo enseguida, no muy grande, pero muy nebular. Entonces Trurl invitó a su casa a Clapaucio y le mostró la máquina, cuyas extraordinarias cualidades y aptitudes alabó y ensalzó tanto, que finalmente Clapaucio se puso nervioso sin que se le notara y pidió permiso para hacer él también algún encargo a la máquina.

—Con mucho gusto —dijo Trurl—, pero la cosa tiene que empezar con *n*.

—¿Con *n*? —dijo Clapaucio—. De acuerdo. Que haga todas las Nociones Científicas.

La máquina rugió y la plaza delante de la casa de Trurl se llenó en un momento de una muchedumbre de científicos que discutían, se pegaban, escribían en unos libros gruesos, otros les quitaban esos libros y los hacían pedazos, a lo lejos se veían hogueras en las que se asaban unos mártires de Nuevas ideas, en varios sitios se oían extraños ruidos y se veían humaredas en forma de seta; todo aquel gentío hablaba a la vez, de modo que no había manera de entender una sola palabra, y componía al mismo tiempo memorias, comunicados y otros documentos, y, en medio de aquel caos, bajo los pies de los gritones, unos ancianos solitarios escribían algo sin cesar con letra menuda sobre unos jirones de papel.

—¿Qué te parece? —exclamó Trurl, lleno de orgullo—. ¡No me negarás que es la fiel imagen de las Nociones científicas!

Clapaucio, sin embargo, no se dio por satisfecho.

—¿Este gentío escandaloso tiene algo que ver con la ciencia? ¡No, la ciencia es una cosa muy diferente!

—¡Explícaselo a la máquina, y te lo hará en el acto! —gritó Trurl, enfadado. Pero, como Clapaucio no sabía qué decir, manifestó que si la máquina resolviera satisfactoriamente dos problemas más, reconocería que su funcionamiento era correcto. Trurl accedió a esto y Clapaucio dijo a la máquina que hiciera unos negativos.

—¡Unos negativos! —exclamó Trurl—. ¿Qué quieres decir con eso?

—¿No lo entiendes? Es como lo contrario de las cosas —contestó con mucha calma Clapaucio—. Como si volvieras las cosas al revés. No finjas que no lo comprendes. ¡Venga, máquina, a trabajar!

Pero la máquina ya llevaba un buen rato funcionando. Primero hizo antiprotones, luego antielectrones, antineutrinos, antineutrones y no paró de trabajar hasta que hubo creado gran cantidad de antimateria, la cual empezó a formar lentamente un antimundo, parecido a una gran nube de extraño brillo.

—Pse —dijo Clapaucio displicente—, ¿eso son los negativos? Bueno, digamos que sí... para evitar discusiones... Pero ahora viene el tercer encargo. ¡Máquina! ¡Tienes que hacer Nada!

Durante un buen rato, la máquina ni se movió. Clapaucio empezó a frotarse las manos con júbilo, cuando Trurl dijo:

—¿Qué pasa? Le ordenaste no hacer nada, por lo tanto no hace nada.

—No es cierto. Yo le ordené hacer Nada, que no es lo mismo.

—Tienes cada cosa... Hacer Nada y no hacer nada viene a significar lo mismo.

—¡No, hombre, no! Ella tenía que hacer Nada y no hizo nada; de modo que gané yo. La Nada, mi sabihondo colega, no es una vulgar nada, producto de la pereza y la falta de acción, sino una Noexistencia activa, una Carencia perfecta, única, omnipresente e insuperable.

—¡Estás fastidiando a la máquina! —gritó Trurl, pero en aquel momento sonó como una campana de bronce la voz de aquélla:

—¡Olvidad vuestras rencillas en un momento como éste! Sé muy bien lo que es la Noexistencia, el Noser o la Nada, puesto que empiezan por la letra *n*. Haríais mejor contemplando por última vez el mundo, ya que pronto no existirá...

Las palabras se helaron en la boca de los enfurecidos constructores. La máquina estaba haciendo en verdad la Nada, eliminando sucesivamente del mundo una serie de cosas, que dejaban de existir tan definitivamente como si no hubieran existido nunca. Ya había suprimido natagüas, nupaidas, nervorias, nadolas, nelucas, nopieles y nedasas. Hubo momentos en que se podía pensar que en vez de reducir, disminuir, echar fuera, eliminar, anular y restar, aumentaba y añadía, ya que liquidó sucesivamente los negativos de buen gusto, mediocridad, fe, saciedad, avidez y

fuerza. Sin embargo, se veía alrededor de la máquina y de los dos constructores un vacío cada vez más pronunciado.

—¡Ay! —exclamó Trurl—. Ojalá no termine mal todo esto...

—¡Qué va! —dijo Clapaucio—. Date cuenta de que la máquina no está haciendo la Nada General, sino sólo la Noexistencia de todas las cosas que empiezan por n . Verás que no pasa nada, esta máquina tuya no vale gran cosa.

—Eso es lo que tú te crees —replicó la máquina—. Es cierto que he comenzado por lo que empieza por n porque estoy más familiarizada con ello, pero una cosa es hacer algo y otra, muy distinta, eliminarlo. En cuanto a eliminar, no tengo limitación por la sencilla razón de que sabiendo hacer absolutamente todo lo que empieza por n , hacer la Noexistencia de cualquier cosa es para mí coser y cantar. Dentro de muy poco no existiréis, ni vosotros dos ni todo lo demás; de modo, Clapaucio, que te pido te des prisa en reconocer que soy verdaderamente universal y cumplo las órdenes correctamente. Dilo ahora mismo porque pronto será demasiado tarde.

—Pero es que... —balbució Clapaucio, asustado, dándose cuenta de que, realmente, desaparecían no solamente las cosas que empezaban por n , que dejaron de rodearlos cambucelas, sirlentas, vitropas, grismelos, rimundas, tripecas y pimas.

—¡Para! ¡Para! ¡Anulo mi orden! ¡Ya no quiero que hagas la Nada! —gritaba a todo pulmón Clapaucio; pero, antes de que la máquina se detuviera, desaparecieron todavía grisacos, plucvas, filidrones y zamras. Luego la máquina se detuvo por fin. El mundo tenía un aspecto aterrador. Lo que más sufrió fue el cielo: apenas se veían en él unos pocos puntitos de estrellas. ¡Ni rastro de las preciosas grismacas y guadolizas que hasta entonces habían adornado el firmamento!

—¡Grandes cielos! —exclamó Clapaucio—. ¿Dónde están las cambucelas? ¿Dónde mis queridísimas murquías y suaves pimas?

—No las hay y no las habrá nunca —contestó la máquina sin inmutarse—. Cumplí o, mejor dicho, empecé a cumplir tus órdenes y nada más...

—Yo te ordené hacer la Nada, y tú..., tú...

—O eres tonto, Clapaucio, o lo finges muy bien —dijo la máquina—. Si yo hiciera la Nada de un golpe, todo dejaría de existir, no sólo Trurl y el cielo y el Cosmos y tú, sino incluso yo. Entonces ¿quién podría decir, y a quién, que la orden ha sido cumplida y que soy una máquina diestra y hábil? Y si nadie se lo dijera a nadie, ¿cómo yo, que ya no existiría, podría oír las justas palabras de encomio que merezco?

—Bueno, bueno, de acuerdo, no hablemos más de ello —dijo Clapaucio—. Ya no te pido nada, máquina preciosa, sólo te ruego que vuelvas a hacer murquías, porque sin ellas la vida carece de encanto para mí...

—No puedo, no sé hacerlas porque su nombre empieza con m —dijo la máquina—. Puedo, si quieres, reproducir los negativos de gusto, saciedad, conocimiento,

amor, fuerza; solidez, tranquilidad y fe, pero no cuentes conmigo para la fabricación de cosas cuyos nombres no empiecen con n .

—¡Pero yo quiero que haya murquías! —chilló Clapaucio.

—Pues no las habrá —dijo la máquina—. Y tú hazme el favor de echar una ojeada al universo. ¿Ves que está lleno de enormes agujeros negros? Es la Nada que colma los abismos sin fondo entre las estrellas, penetra todas las cosas y acecha, agazapada, cada jirón de la existencia. ¡Es obra tuya y de tu envidia! No creo que las generaciones venideras te lo agradezcan...

—Tal vez no lo sepan... Tal vez no se den cuenta... —farfulló Clapaucio, blanco como una hoja de papel, mirando espantado el vacío del cielo negro sin atreverse a soportar la mirada de su colega.

Dejó a Trurl solo con la máquina que sabía hacer todas las cosas cuyo nombre empezaba con n , volvió a hurtadillas a su casa y el mundo sigue hasta hoy día todo agujereado por la Nada, tal como quedó cuando Clapaucio detuvo la aniquilación que había encargado. Y como no se logró construir una máquina que trabajara con otras letras, es de temer que nunca más volverán a haber cosas tan maravillosas como las pimas y las murquías.

La máquina de Trurl

En cierta ocasión, el constructor Trurl inventó una máquina inteligente de ocho pisos. Al terminar de montarla, la pintó de blanco; luego pintó sus ángulos de color lila y, tras contemplarla desde cierta distancia, le hizo un pequeño dibujo frontal, y donde podía imaginarse que se hallaba la cabeza, pintó unos motivos de color naranja; muy satisfecho de su tarea, silbando alegremente, contempló su invento e hizo la pregunta de ritual: ¿cuántas son dos por dos?

La máquina se puso en marcha. Se encendieron las lámparas y las válvulas, resplandecieron los circuitos, atronaron las corrientes como cataratas, se pusieron a funcionar los acoplamientos, se calentaron las bobinas, silbaron las turbinas y empezaron a girar, todo ello en medio de un traqueteo y un ruido tan tremendo que nada podía oírse en la llanura en varios kilómetros a la redonda; hasta que Trurl decidió regular los amortiguadores mentales de la gigantesca máquina. Mientras tanto, la máquina seguía funcionando como si tuviera que resolver los más intrincados problemas. La tierra temblaba, la arena salía despedida violentamente por las vibraciones en la base de la máquina, los interruptores saltaban como los tapones de botellas de champán y hasta los transistores se resquebrajaban bajo el terrible esfuerzo de tan enorme máquina. Finalmente, cuando Trurl consiguió aplacar aquel tumulto, la máquina se apaciguó bruscamente y espetó con voz de trueno:

—¡SIETE!

—No, no, querida mía —replicó Trurl maquinalmente—. Nada de eso, dos por dos son cuatro. Vamos, sé buena y rectifica. ¿Cuántos son dos por dos?

—¡SIETE! —contestó la máquina en el acto.

Trurl, suspirando con fastidio, se volvió a enfundar el mono de trabajo que ya se había quitado, se remangó, abrió la portezuela inferior y se metió en el interior de la máquina. Allí permaneció un buen rato y podía oírse cómo golpeaba con el martillo, arojaba tornillos y tuercas y los volvía a apretar, soldaba y unía elementos y andaba por las metálicas escaleras, unas veces en el octavo piso, otras en el sexto, hasta llegar rápidamente a la parte de abajo, y nuevamente volvía a subir corriendo a otro piso, manipulando sin cesar los diferentes mecanismos de la máquina. Finalmente, al cabo de dos horas, conectó la corriente; hubo un chisporroteo en el centro, y unas lengüitas de fuego salieron de los interruptores. Trurl salió al aire libre, lleno de grasa y ahumado; pero satisfecho; volvió a ordenar sus herramientas en las cajas, se quitó el mono, se lavó la cara y las manos y, al marcharse, para quedar más tranquilo, preguntó a la máquina:

—¿Cuántas son dos por dos?

—¡SIETE! —contestó la máquina. Trurl soltó una sarta de maldiciones, pero viendo que no había nada que hacer, se volvió a poner el mono y nuevamente estuvo

arreglando, uniendo y soldando elementos dentro de la máquina. Cuando ésta, por tercera vez, le salió con que dos por dos eran siete, Trurl, presa de desesperación, se sentó en el piso inferior de la máquina, sin saber qué hacer.

En ese preciso momento se presentó su amigo y colega Clapaucio. Éste le preguntó qué le pasaba, pues parecía venir realmente de un entierro, y Trurl le explicó sus problemas. El propio Clapaucio se metió un par de veces en el interior de la máquina, tratando de arreglar algún que otro desperfecto. Finalmente, le preguntó cuánto eran dos más uno, a lo cual contestó que seis; y, según la máquina, uno más uno era igual a cero. Clapaucio empezó a rascarse la cabeza, carraspeó y dijo:

—Amigo mío, no queda más remedio que mirar las cosas como son. Has construido una máquina distinta a la que deseabas. Como quiera que cada fenómeno negativo tiene también su lado positivo, esta máquina también lo tendrá.

—Sería interesante averiguar cuál es —replicó Trurl, pegando una patada a la base donde estaba sentado.

—¡A ver si te estás quieto! —dijo la máquina.

—¡Vaya, vaya, ahora resulta que es delicada! Bueno..., ¿qué iba a decir? ¡Ah, sí! ¡No cabe duda que ésta es una máquina idiota, y no de una idiotez ordinaria, sino mucho más que mediana, por no decir grande! Como ya sabes, soy un eminente especialista y te digo que ésta es la máquina más tonta que existe en el mundo entero, y se las da de inteligente... No me fue nada fácil construirla; estoy seguro de que nadie hubiera podido hacerla mejor que yo. Pero ahí la tienes: no sólo es tonta, sino terca como una mula; o sea que tiene su carácter, pero ya sabes que generalmente los idiotas son muy tozudos. ¡Al infierno con la máquina! ¿De qué me sirve? —y Trurl le pegó otra patada.

—¡Te advierto por segunda vez y seriamente: deja de darme patadas! —gritó la máquina.

—Mira, Trurl, te ha hecho una seria advertencia —comentó secamente Clapaucio—. Ya lo ves, no solamente es tonta y tozuda, sino también muy susceptible, y con esas características puede hacer cualquier cosa, te lo digo yo.

—Bien, pero ¿qué voy a hacer con ella? —preguntó Trurl.

—No sé qué decirte. Quizá podrías montar una exposición, haciendo pagar la entrada, para que cuantos lo deseen puedan ver la máquina más tonta del mundo... ¿Cuántos pisos tiene? ¿Ocho? De veras, jamás he visto un idiota tan grande. Esa exposición no solamente te permitirá recobrar el dinero gastado, sino también...

—¡Ni hablar, no pienso montar ninguna exposición! —exclamó Trurl, quien, al levantarse, y sin poder reprimirse, le dio otra patada a su máquina.

—¡Ésta es mi tercera y seria advertencia! —soltó la máquina.

—¿Y qué? —gritó desafiante el inventor—. Eres..., eres...

Al no encontrar ninguna palabra conveniente, Trurl pegó varias patadas a la

máquina, refunfuñando:

—¡Sólo sirves para cavar!

—Me has insultado por cuarta vez, por quinta, sexta y octava —dijo la máquina—, y ya no voy a contar más. Me niego a contestar a toda pregunta ligada con las matemáticas.

—¡Dice que se niega! ¡Mírala! ¡Habrase visto! ¡Después de seis, dice ocho; no siete, sino ocho! Pero ¿te das cuenta, Clapaucio? ¡Y tiene la insolencia de negarse a efectuar un cálculo matemático como ÉSE! ¡Ahora te voy a enseñar! ¡Toma! ¡Toma! ¡Toma! ¡Para que aprendas! —y Trurl, enfurecido, redobló sus patadas contra la máquina.

Bruscamente, ésta se estremeció de arriba abajo, se sacudió y, sin una palabra, con todas sus fuerzas, comenzó a liberarse de sus fundamentos; se doblaron las vigas de apuntalamiento y, finalmente, la máquina se arrancó de sus cimientos, que quedaron reducidos a un amasijo de hierros y hormigón, y, como una fortaleza ambulante, se lanzó contra Clapaucio y Trurl. Este último estaba tan estupefacto ante aquel inaudito acontecimiento, que ni siquiera intentó hacerse a un lado mientras la gigantesca máquina avanzaba con la clara intención de aplastarle.

Afortunadamente, Clapaucio se dio cuenta, lo agarró del brazo, tiró de él y los dos salieron corriendo hasta ponerse a salvo. Al volver la vista atrás, vieron cómo la máquina, balanceándose igual que una torre, seguía desplazándose lentamente, hundiéndose a cada paso en la arena hasta el primer piso; pero, terca e inexorablemente, continuaba avanzando en su dirección.

—¡Esto jamás había sucedido! —gritó Trurl, jadeante y atónito—. ¡La máquina se ha rebelado! Y ahora ¿qué hacemos?

—Esperar y observar —contestó con gran serenidad Clapaucio—. Algo ha de pasar.

Sin embargo, las cosas no parecían aclararse ni mucho menos; la máquina, al llegar a tierra firme, empezó a andar más deprisa, y todos sus mecanismos internos chisporroteaban, silbaban y cliqueteaban estrepitosamente.

—Ahora se romperán las soldaduras de los mandos y la programación y la máquina se detendrá —murmuró Trurl.

—No lo creo —replicó Clapaucio—; me parece que nos hallamos ante un caso muy singular. Esta máquina es tan tonta que, aunque se le rompan todos los mandos, no se detendrá. ¡Cuidado, que se acerca! ¡Huyamos!

La máquina se lanzó al galope para aplastarlos, mientras ambos constructores corrían como liebres, sintiendo a sus espaldas el rítmico traqueteo y el tremendo pateo del monstruo desbocado. Corrían a más no poder, pues ¿qué otra cosa podían hacer? Querían regresar a la ciudad, pero la máquina se lo impedía, obligándoles a seguir adelante, e inexorablemente los empujaba a internarse cada vez más en terreno

desértico. Poco a poco, de entre la niebla fueron surgiendo las vertientes áridas y rocosas de las montañas. Jadeante, Trurl le dijo a su compañero:

—Mira, Clapaucio, huyamos hasta el fondo de un barranco, donde la máquina no pueda entrar...

—Mejor será que vayamos por ahí —jadeó Clapaucio—. No lejos de aquí hay una pequeña localidad... No recuerdo su nombre... Allí podremos encontrar un refugio...

Siguieron corriendo y muy pronto se encontraron con las primeras casas. A aquella hora, las calles estaban totalmente desiertas. Anduvieron un buen trecho sin ver a nadie, cuando de pronto un estruendo parecido al de una avalancha de piedras les avisó que la máquina ya había alcanzado las primeras casas.

Trurl se volvió y lanzó un gemido:

—¡Cielo santo! Mira, Clapaucio, ¡está destrozando las casas!

La máquina, persiguiéndoles tercamente, se lanzaba contra las paredes de las casas como una montaña de acero, dejando un rastro de escombros y de polvo... Se oían los alaridos de la gente sepultada bajo las ruinas, mientras Trurl y Clapaucio seguían adelante, hasta que llegaron ante el gran edificio del ayuntamiento, donde rápidamente bajaron por las escaleras que conducían a los sótanos.

—Aquí no nos alcanzará, aunque nos tirara todo el edificio sobre la cabeza —murmuró Clapaucio—. ¿Por qué se me ocurriría visitarte precisamente hoy?... Sentía curiosidad por saber cómo te iban las cosas con tu máquina, y ahora...

—Silencio —dijo Trurl—. Me parece que alguien viene...

Efectivamente, la puerta del sótano se abrió y apareció el alcalde junto con varios concejales. Trurl sentía vergüenza al tener que explicar los motivos de aquella historia tan extraordinaria como tremenda; de modo que Clapaucio le echó una mano y aclaró las cosas. El alcalde y su séquito le escucharon en silencio. De pronto, los muros temblaron, el suelo vaciló y desde la superficie del sótano llegó el fragor de las piedras derruidas...

—¡Ya la tenemos encima! —gritó Trurl.

—Efectivamente —dijo el alcalde, quien ordenó—: ¡Exijo que se entreguen; de lo contrario va a destrozar toda la ciudad!

En ese momento, de arriba les llegó una voz gangosa que decía:

—Ahí está Trurl... Lo noto... Ahí se esconde...

—¿Nos van a entregar? —preguntó con voz temblorosa el inventor, a quien con tanta insistencia reclamaba la máquina.

—El de ustedes llamado Trurl ha de salir de aquí y entregarse. El otro puede quedarse en el sótano.

—¡Tengan piedad!

—No podemos hacer nada —dijo el alcalde—. Y aunque pudiera quedarse aquí,

señor Trurl, habría de responder por la devastación de la ciudad y todas las víctimas, pues por su culpa la máquina ha derrumbado sesenta casas bajo cuyas ruinas han quedado sepultados muchos habitantes. Sólo el hecho de que se halle usted al borde de la muerte me permite dejarle salir libremente. Así que salga de aquí y no vuelva.

Trurl miró las caras de los concejales y al ver reflejada en ellas su condena, se fue lentamente hacia la puerta del sótano.

—¡Espera, voy contigo! —gritó Clapaucio impulsivamente.

—¿Tú? —dijo Trurl con una débil esperanza en la voz—. No —agregó tras unos segundos de vacilación—. Quédate... ¿Por qué habrías de morir inútilmente?

—¡Tonterías! —replicó enérgicamente Clapaucio—. ¿Por qué habríamos de morir? ¿Acaso por culpa de esa idiota de acero? ¡No faltaba más! ¡Hace falta mucho más para borrar de la faz del globo a dos de los constructores e inventores más famosos! ¡Vamos, amigo Trurl, adelante sin temor!

Reconfortado por esas palabras, Trurl subió las escaleras detrás de Clapaucio. En la plaza del mercado no se veía a nadie. En medio de los escombros y el polvo de los que sobresalían los armazones de las casas derruidas estaba la máquina, emitiendo nubes de vapor, tan alta como la torre del ayuntamiento y toda manchada de polvo color sangre de los ladrillos y blanca de yeso...

—¡Cuidado! —murmuró Clapaucio—. Ahora no nos ve. Torzamos a la izquierda por esa primera calle, luego a la derecha y, siguiendo recto, no lejos de aquí empiezan las montañas. Allí nos esconderemos y algo se nos ocurrirá para acabar de una vez con ella... ¡Rápido, huyamos! —gritó Clapaucio, al ver que la máquina acababa de percibir su presencia y ya se lanzaba tras ellos, haciendo retemblar el suelo bajo sus enormes plantas.

Corriendo como gamos perseguidos por una jauría, se alejaron de la ciudad. Galoparon así durante una milla más o menos; oyendo tras ellos las enormes pisadas del coloso.

—¡Conozco ese barranco! —gritó de pronto Clapaucio—. Es el lecho desecado de un arroyo, que conduce hacia las profundidades rocosas; allí hay varias cuevas; corramos, que muy pronto la máquina tendrá que detenerse...

Siguieron corriendo hacia el fondo del barranco, tropezando y lastimándose las manos entre las piedras y las rocas, pero la máquina aún se hallaba casi a la misma distancia de ellos. Finalmente, siguiendo el lecho seco y pedregoso del arroyo, llegaron hasta una hendidura que se abría entre unas murallas verticales de roca, y al divisar en la parte superior la boca oscura de una cueva, se dirigieron rápidamente hacia ella, sin reparar en las piedras que rodaban bajo sus pies hacia el fondo del abismo. Llegaron por fin a la negra y húmeda boca de la cueva salvadora, donde se metieron sin dilación, y al cabo de unos pasos se detuvieron para descansar un poco.

—Aquí estamos a salvo —dijo Trurl, aliviado, y al cabo de un rato agregó—: Voy

a salir para ver dónde se ha parado la máquina.

—Ten cuidado —le advirtió Clapaucio.

Trurl se asomó cuidadosamente a la boca de la cueva y bruscamente se echó hacia atrás, lleno de espanto.

—¡Está subiendo hacia aquí! —chilló.

—Tranquilízate; aquí no puede entrar —dijo Clapaucio con una voz no muy serena—. ¿Qué pasa? Parece que oscurece... ¡Qué es esto!

En ese instante, una sombra enorme se proyectó ante la boca de la cueva; allí estaba la máquina, con su mole de acero remachado, que lentamente había ido trepando por las empinadas rocas. La cueva quedaba cerrada al exterior por una enorme tapa metálica.

—Ahora somos sus prisioneros —murmuró Trurl con voz temblorosa y en medio de la más absoluta oscuridad.

—¡No podíamos cometer mayor idiotez! —gritó Clapaucio enfurecido—. ¡Meternos en una cueva que podían atrancar desde el exterior! ¿Cómo pudimos hacer tal tontería?

—¿Qué te parece? ¿Cuáles pueden ser sus intenciones? —preguntó Trurl tras un largo silencio.

—No hay que ser muy inteligente para pensar que queremos salir de aquí.

Nuevamente se hizo un silencio sepulcral. Trurl anduvo por la cueva, con los brazos extendidos ante sí, palpando las murallas de roca por el lado donde estaba la boca de la cueva convertida en prisión, hasta que sus manos, deslizándose por la pared rocosa, se contrajeron bruscamente: acababa de tocar el acero liso y tibio de la máquina recalentada en su interior.

—Te siento, Trurl —y la voz de trueno del monstruo vibró en las tinieblas de la cueva.

Trurl retrocedió, se fue a sentar sobre un peñasco junto a su compañero y allí permanecieron los dos un buen rato sin moverse. Finalmente, Clapaucio rompió el silencio:

—De nada nos servirá quedarnos aquí. Probemos a pactar con ella.

—Será inútil —dijo Trurl—. Inténtalo tú, a lo mejor a ti te deja salir sano y salvo.

—¡Ni pensarlo! —replicó enérgicamente Clapaucio y, cogiendo del brazo a su amigo, ambos se dirigieron en la oscuridad hacia la boca de la cueva. Clapaucio gritó —: Eh, ¿nos oyes?

—Os oigo —contestó la máquina.

—Escucha, queremos disculparnos. Ya sabes, todo ha sido un malentendido, pero, al fin y al cabo, se trata de una nimiedad. Trurl no pensaba...

—¡Acabaré con Trurl! —tronó la máquina—. Pero antes habrá de contestar a mi pregunta: ¿cuántos son dos por dos?

—Claro, te lo va a decir y así estarás satisfecha y harás las paces con él, ¿verdad que sí, Trurl? —propuso el mediador con su voz más serena.

—Sí, claro... —asintió Trurl débilmente.

—Bien, de acuerdo —dijo la máquina—. Dime, pues, ¿cuántas son dos por dos?

—Son cuat..., quiero decir siete... —contestó en voz muy baja Trurl.

—¡Ah, ah! Así que no son cuatro, sino siete, ¿verdad? Ya decía yo —gritó la máquina con su atronadora voz.

—Claro que sí; son siete, naturalmente; siempre fueron siete —dijo Clapaucio, y agregó prudentemente—: Y ahora ¿nos dejas salir?

—No, no, aún no. Trurl ha de repetir una vez más que lo siente mucho y cuánto hacen dos por dos...

—Si te lo digo, ¿nos dejarás salir? —preguntó Trurl.

—No lo sé; lo he de pensar, pero no has de ponerme ninguna condición; ¡dime cuántas son dos por dos!

—Pero probablemente nos vas a dejar salir —dijo Trurl.

Mientras, Clapaucio lo agarraba del brazo y le decía al oído:

—¡Estúpido, no la contradigas y haz lo que te pide!

—No te dejaré salir si no me da la gana —replicó la máquina—. Pero tú me vas a decir cuántas son dos por dos...

De repente, Trurl se puso furioso y gritó:

—¡Basta! Te lo voy a decir ahora mismo: dos por dos son cuatro, aunque me cortaran la cabeza y todas estas montañas se convirtieran en polvo, ¿me oyes? ¡Dos por dos son cuatro!

—¡Trurl! ¿Estás loco? ¿Qué estás diciendo? ¡Dos por dos son siete, por favor, querida máquina, son siete! ¡Siete! —gritó Clapaucio, intentando apagar la voz de su amigo Trurl.

—¡Mentira! ¡Son cuatro! ¡Sólo cuatro, desde el comienzo hasta el fin del mundo, CUATRO! —clamó rabiosamente Trurl.

Súbitamente las rocas comenzaron a temblar. La máquina se apartó de la entrada de la cueva, un destello de luz gris iluminó el antro y se oyó un clamor:

—¡Mentira! ¡Siete! ¡Di inmediatamente que son siete!

—¡Nunca jamás! —replicó Trurl, como si ya le diera igual; entonces de la bóveda de la cueva empezó a desprenderse una lluvia de piedras, pues la máquina, con toda la fuerza de su mole de ocho pisos, se lanzaba como un ariete contra la boca de la cueva, arrancando enormes bloques de roca, que iban rodando con un ruido atronador por la ladera de la montaña hasta el fondo del valle.

El fragor de las rocas desprendidas y el olor del polvo de silicio llenaban la cueva junto con las chispas despedidas por el acero del coloso; pero en medio de aquel fragor infernal, de vez en cuando se oían las imprecaciones de Trurl, clamando sin

tregua:

—¡Dos por dos son cuatro! ¡Cuatro!

Clapaucio se esforzaba por cerrarle la boca a su amigo, pero al recibir un golpe, éste acabó por callar y se sentó, cubriéndose la cabeza con las manos. La máquina no dejaba de embestir, y todo parecía indicar que dentro de pocos minutos toda la bóveda de la cueva se vendría abajo, aplastando a los dos amigos. Pero cuando ya habían perdido toda esperanza de salvación, cuando el polvo sofocante ya llenaba el aire, se oyó un tremendo chirrido, seguido de un prolongado fragor, y un choque, estruendoso; seguidamente, el aire rugió, la negra muralla que tapaba la boca de la cueva desapareció como si el viento se la llevara y unos bloques enormes de roca rodaron por el barranco como un alud. El eco aún vibraba por el valle, cuando Trurl y Clapaucio llegaban a la salida de la cueva y, asomándose, vieron la máquina que yacía, destrozada y aplastada por el alud de rocas que ella misma había desencadenado, con un gigantesco peñasco que la había partido por la mitad en medio de sus ocho pisos.

Los dos amigos se deslizaron con cuidado por entre los polvorientos escombros. Para llegar al lecho del torrente seco tuvieron que pasar junto a la caída mole de la máquina, parecida a una inmensa nave varada en la orilla del mar. Sin decir una sola palabra se detuvieron junto a su flanco hundido. La máquina aún se movía débilmente, y en su interior se iban apagando los últimos balbuceos.

—Así has terminado, con tan poca gloria, y sin conseguir acertar cuántas son dos por dos —comenzó Trurl; pero en ese instante la máquina murmuró, casi imperceptiblemente y por última vez:

—SIETE.

Luego se oyó un zumbido en su interior, las piedras rodaron de su superficie y la máquina se detuvo definitivamente, convertida en un montón de chatarra.

Los dos constructores se miraron y, sin decir palabra, se marcharon, siguiendo el lecho del torrente seco.

La gran paliza

Alguien llamó a la puerta del constructor Clapaucio, quien, al abrir, se encontró ante un robot panzudo sobre cuatro cortas patas.

—¿Quién eres y qué deseas? —preguntó Clapaucio.

—Soy la Máquina de Cumplir los Deseos, y me envía tu amigo e ilustre colega Trurl como regalo.

—¿Como regalo? —exclamó Clapaucio, que sentía bastante recelo hacia Trurl y a quien sobre todo no le gustaba que el robot calificase a Trurl de «ilustre colega» suyo—. Bueno —decidió tras una breve reflexión—, puedes pasar.

Mandó al robot que se pusiera en un rincón, cerca de la estufa, y sin hacerle el menor caso volvió a su tarea, pues estaba construyendo una máquina panzuda con tres patas. Ya la tenía casi terminada y la estaba pintando. Al cabo de un rato, la Máquina de Cumplir los Deseos manifestó:

—Me permito recordarte que estoy aquí...

—No se me ha olvidado —replicó Clapaucio, y siguió con su tarea.

Al rato, el robot le preguntó:

—¿Puedo saber qué estás fabricando?

—¿Eres una Máquina de Cumplir los Deseos o de Formular Preguntas? —dijo Clapaucio, y agregó—: Necesito pintura azul.

—No sé si será exactamente el matiz que necesitas, pero aquí la tienes —dijo la máquina, sacándose de la ventanilla de su panza un pote de pintura.

Clapaucio lo abrió, mojó su pincel y, sin una palabra, siguió pintando. Durante aquella tarde mandó al robot que le facilitara papel de lija, carborundo, un taladro, pintura blanca y toda una serie de tornillos y tuercas, y cuantas veces se lo pedía, la máquina le daba lo que necesitaba en el acto. Al anochecer, Clapaucio cubrió su artefacto con un trozo de lana, cenó y luego se sentó frente al robot que Trurl le había regalado y dijo:

—Ahora veamos lo que sabes hacer realmente. Afirmas que eres capaz de realizar todo lo que uno desea, ¿verdad?

—Todo, todo, tal vez no; pero una infinidad de cosas, sí —dijo modestamente la máquina—. ¿Te contentaron las pinturas, los tornillos y el taladro?

—¡Sí, sí! —contestó Clapaucio—. Pero ahora quiero pedirte cosas mucho más difíciles; si no las cumples, te devolveré a tu constructor con el correspondiente agradecimiento y también con mi opinión acerca de ti.

—¡Bien! ¿Y qué he de hacer? —preguntó el robot, bailando sobre sus patas.

—A Trurl —contestó Clapaucio—, me vas a fabricar al mismísimo Trurl, sin que se diferencie en lo más mínimo del original.

La máquina refunfuñó, carraspeó, lanzó unos silbidos y contestó:

—Muy bien, ahora mismo voy a fabricar a Trurl, pero tendrás que tratarle con mucho cuidado, pues es un gran constructor.

—Desde luego, no te preocupes —prometió Clapaucio—. ¡Bien! ¿Dónde está ese Trurl?

—¿Tan deprisa? Esto no es ninguna bagatela, necesitaré un rato. ¡Trurl no es un tornillo que digamos!

Ante el atónito Clapaucio, el robot comenzó a sonar y traquetear, y fueron abriéndose una serie de ventanillas en su panza, hasta que de sus entrañas salió Trurl. Clapaucio se levantó de su taburete, se acercó y estuvo mirando y palpando al aparecido. No cabía la menor duda: ante Clapaucio había un Trurl tan parecido al verdadero como dos gotas de agua... Al salir de dentro del robot, Trurl había parpadeado bajo la luz, pero por lo demás se comportaba del modo más corriente y auténtico.

—¿Qué tal, Trurl? —saludó Clapaucio.

—¡Bien, gracias! ¿Y tú? Pero ¿qué hago aquí? —preguntó Trurl, visiblemente sorprendido.

—Ah, sí... Pues, sencillamente, has llegado... Hacía tiempo que no nos veíamos. ¿Te gusta mi casa?

—Pues sí, sí que me gusta... ¿Y qué tienes ahí, debajo esa lona?

—Nada de importancia... ¿No te sientas un rato?

—Gracias, pero me parece que ya es tarde; está oscuro; tengo que volver a mi casa...

—Quédate un poco más —protestó Clapaucio—; antes de irte, baja conmigo al sótano; verás algo que seguro que te interesa...

—¿Qué tienes en el sótano?

—Aún no lo tengo, pero muy pronto lo tendré. Anda, ven...

Clapaucio llevó a Trurl al sótano; allí le puso la zancadilla y cuando estuvo en el suelo lo ató de pies y manos y, cogiendo un palo bastante recio, empezó a golpear a su amigo. Trurl gritaba pidiendo auxilio, alternando los insultos con las súplicas, pero en vano; la noche era oscura y por las calles no pasaba nadie, y Clapaucio continuó apaleando a Trurl, hasta que éste gritó, retorciéndose bajo los golpes:

—¡Ay! ¡Socorro! Pero ¿por qué me pegas?

—Porque me gusta —contestó Clapaucio, alzando el palo—. ¡Prueba esto, amigo Trurl! —y le descargó un golpe en la cabeza, que resonó como un tambor.

—¡Suéltame ahora mismo, e iré a ver al rey y le diré lo que me has hecho y te encarcelarán! —gritó Trurl.

—No me harán nada. ¿Y sabes por qué? —replicó Clapaucio, sentándose en un banco.

—No lo sé —contestó Trurl, aliviado ante aquella interrupción de la paliza.

—Pues porque no eres el verdadero Trurl. Él está ahora en su casa; construyó la Máquina de Cumplir los Deseos y me la mandó como regalo, y yo, para probarla, le ordené construirte a ti. Y ahora te voy a destornillar la cabeza, la colocaré junto a mi cama y me servirás de sacabotas.

—¡Eres un monstruo! ¿Por qué quieres hacer eso?

—Ya te lo he dicho: porque me gusta —y Clapaucio cogió el palo con ambas manos, mientras Trurl gritaba:

—¡Detente! ¡He de decirte algo muy importante!

—Tengo curiosidad por saber lo que me vas a decir para que renuncie a usar tu cabeza como sacabotas —dijo Clapaucio, y dejó de pegarle.

Entonces Trurl gritó:

—No soy ningún Trurl creado por la Máquina de Cumplir los Deseos. ¡Soy el verdadero Trurl! El único y auténtico Trurl que existe en el mundo; la verdad es que yo quería averiguar qué estabas haciendo desde hace tanto tiempo encerrado en tu casa. Así que construí una máquina y me escondí en su panza, y le ordené que se presentara en tu casa, fingiendo que era un regalo que yo te hacía.

—¡Vaya historia te has inventado! —exclamó Clapaucio y, levantándose del banco, blandió de nuevo el palo—. No te esfuerces, porque veo claramente que estás mintiendo. Eres el Trurl creado por la máquina, puesto que ella cumple todos los deseos, y gracias a ella conseguí los tornillos y la pintura blanca, al igual que el taladro y la pintura azul y otras cosas. Si fue capaz de realizar todo eso, también pudo crearte a ti.

—No lo creas; en realidad, todo lo llevaba preparado de antemano en la panza —replicó Trurl—. No era difícil prever lo que necesitabas durante tu trabajo. ¡Te juro que digo la verdad!

—De ser cierto lo que dices, ello significaría que mi amigo, el gran Constructor Trurl, es un vulgar embustero, y eso nunca lo creeré —dijo Clapaucio—. ¡Toma y toma!

Y volvió a atizarle con el palo.

—¡Por calumniar a mi amigo Trurl! ¡Te voy a machacar! —y le siguió pegando, hasta que se cansó.

—Ahora me iré a descansar un rato —dijo Clapaucio—, y tú te quedarás aquí hasta que yo vuelva...

Clapaucio se marchó y, al poco rato, sus ronquidos resonaron por toda la casa. Trurl aprovechó para desatarse y, una vez libre, subió sigilosamente al piso donde había quedado la máquina, se metió en ella y salió corriendo hacia su casa, mientras Clapaucio, asomado a la ventana, se reía a carcajadas viendo escapar a su amigo.

A la mañana siguiente, Clapaucio fue a visitar a Trurl. Éste le hizo pasar sin una palabra y con semblante hosco. En la casa no había mucha luz, pero Clapaucio se dio

cuenta de que Trurl mostraba en el cuerpo y la cabeza las huellas de la paliza que le había dado la víspera, aunque su amigo se había esforzado en disimularlas.

—¿Por qué estás tan serio? —le preguntó Clapaucio alegremente—. He venido para darte las gracias por tu bonito regalo; pero, desgraciadamente, mientras dormía, esa máquina se escapó por una ventana...

—Me parece que no trataste a mi regalo como se merecía —se quejó Trurl—. La máquina me lo ha contado todo, no tienes por qué disimular —agregó Trurl furioso al ver que Clapaucio abría la boca—. Le mandaste que me construyera a mí mismo, y seguidamente llevaste a mi duplicado al sótano y le diste una gran paliza... ¿Y después de eso te atreves a presentarte en mi casa y darme las gracias por mi obsequio, como si no hubiera pasado nada? ¡Vaya amigo!

—Francamente, no sé a qué viene tu enfado —replicó Clapaucio—. Efectivamente, mandé a la máquina que creara una copia de tu persona. He de reconocer que era perfecta, asombrosamente idéntica a ti. En cuanto a la paliza, esa máquina hubiera debido preverlo; pues lógicamente golpeé a esa criatura artificial para comprobar si estaba sólidamente construida y al mismo tiempo para ver cómo reaccionaba. Y, desde luego, demostró ser muy sólida y astuta. Enseguida inventó una historia, según la cual se trataba de ti mismo en persona. Naturalmente, no le hice caso; entonces empezó a jurar que el regalo no era tal regalo, sino un simple engaño; y como comprenderás, en defensa de tu honor, no tuve más remedio que atizarle. Sin embargo, me pude percatar de que la copia era inteligentísima, y me recordaba a ti no sólo físicamente, sino también espiritualmente. Reconozco que eres un gran constructor, eso quería decirte y para eso he venido a verte tan temprano...

—¡Ya ves! —dijo Trurl algo más tranquilo—. De todas maneras, no me parece muy acertado el uso que diste a mi Máquina de Cumplir los Deseos, pero qué se le va a hacer...

—Además quería preguntarte qué habías hecho con ese Trurl artificial —dijo Clapaucio con aire ingenuo—. ¿No podrías enseñármelo?

—Estaba enfurecido —contestó Trurl— y amenazó con romperte la cabeza, para lo cual se escondió detrás de la gran roca que hay cerca de tu casa, y cuando traté de persuadirle de que no lo hiciera, me cubrió de insultos y empezó a preparar una trampa para ti; y aunque yo consideraba que tú me habías ofendido, en aras de nuestra antigua amistad, y para evitarte todo peligro (pues mi doble estaba frenético), no tuve más remedio que desmontarlo y reducirlo a pequeños fragmentos...

Al decir esto, Trurl, como sin querer, tropezó con un montón de piezas mecánicas que había por el suelo.

Tras esa visita, los dos amigos se despidieron cordialmente y siguieron siendo buenos colegas.

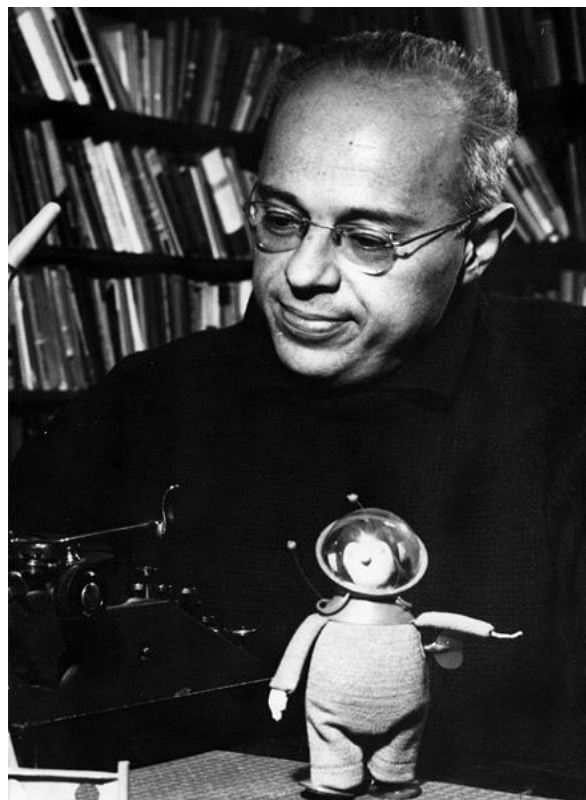
A partir de entonces, Trurl no hace más que ir contando que le regaló a Clapaucio

su Máquina de Cumplir los Deseos, y que éste se portó muy mal, ordenándole fabricar a Trurl y dándole; y cómo la copia tan perfectamente creada por la máquina intentó valerse de hábiles engaños para librarse de la paliza y aprovechó el sueño de Clapaucio para escapar, y cómo Trurl había desmontado al Trurl artificial que se había refugiado en su casa, para salvar a su amigo de la venganza de] doble apaleado.

Y tanto contó su historia y se vanaglorió de ella, poniendo el propio Clapaucio por testigo, que en la corte se enteraron de esta extraordinaria aventura, y a partir de entonces todos hablaron de Trurl con el mayor respeto, mientras que poco antes sólo lo llamaban el Constructor de Máquinas Inteligentes Más Tontas del Mundo. Y cuando Clapaucio se enteró de que el rey había premiado generosamente a Trurl y le había otorgado la Orden del Gran Muelle y la Estrella Helicoidal se puso a gritar:

—¡Vaya, vaya! Por haberle dado un escarmiento y hacerle huir ignominiosamente de mi sótano en plena noche y sobre sus piernas dobladas, ahora es rico y, famoso y, por si fuera poco, encima el rey le condecora. ¡Lo que hay que ver!

Y, muy enfurecido, Clapaucio volvió a su casa, donde se encerró a cal y canto para construir la misma Máquina de Cumplir los Deseos que Trurl, pero con la diferencia de que éste la había construido primero.



STANISLAW LEM (1921–2006). Escritor polaco nacido en Leópolis (Lwów), ciudad de Ucrania que hasta 1939 perteneció a Polonia. Durante la Segunda Guerra Mundial trabajó como mecánico de automóviles y soldador. En 1944, habiendo su familia perdido todas sus posesiones, se traslada a Cracovia, donde estudia Psicología. Se interesó también por cuestiones de matemáticas y cibernética, y fue miembro fundador de la Sociedad Polaca de Astronáutica. Desde 1973 hasta sus últimos años, enseñó literatura polaca en la Universidad de Cracovia. Falleció en esta ciudad, después de una larga enfermedad coronaria.

Considerado uno de los mayores exponentes del género de la ciencia ficción, su obra se caracteriza por un tono satírico y filosófico. Sus libros, entre los cuales se encuentran *Diarios de las estrellas* (1957), *Solaris* (1961), *El Invencible* (1964), *Fábulas de robots* (1964), *Ciberíada* (1965), *La voz de su amo* (1968), y *Fiasco* (1986), se han traducido a 40 idiomas.